Rutger
Bregman

Dignos de ser humanos

Una nueva perspectiva histórica de la humanidad

ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Rutger Bregman

Dignos de ser humanos

Una nueva perspectiva histórica de la humanidad

Traducción de Gonzalo Fernández Gómez



Título de la edición original:
De meeste mensen deugen. Een nieuwe geschiedenis van de mens
De Correspondent
Ámsterdam, 2019

Edición revisada por el autor en 2021

Esta traducción ha sido posible gracias al apoyo económico de la Dutch Foundation for Literature

Nederlands letterenfonds
dutch foundation
for literature

Ilustración: © Eva Mutter

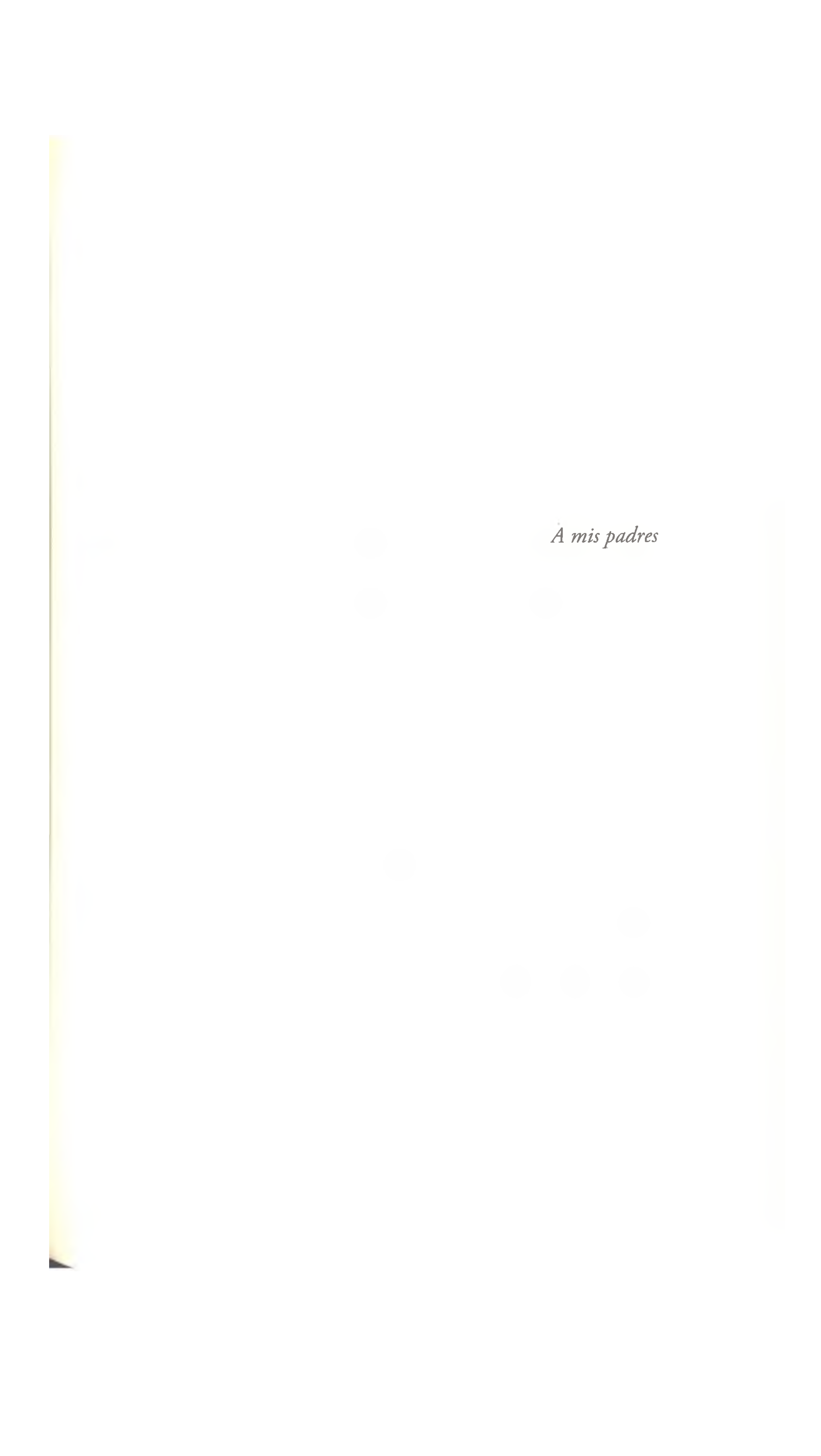
Primera edición: septiembre 2021

Diseño de la colección: lookatcia.com

ISBN: 978-84-339-6473-1
Depósito Legal: B. 10371-2021

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons



A mis padres

El hombre será mejor cuando le muestren cómo es en realidad.

ANTÓN CHÉJOV (1860-1904)

PRÓLOGO

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, la cúpula del Ejército británico se encontraba en estado de máxima alerta. Una terrible amenaza se cernía sobre Londres. Según un tal Winston Churchill, la capital inglesa era «una enorme y valiosa vaca bien cebada atada como un señuelo para atraer a los depredadores».[1]

El líder de los depredadores en cuestión respondía al nombre de Adolf Hitler. Si el pueblo sucumbía al terror de sus bombarderos, Gran Bretaña estaría abocada a su fin. «El tráfico se detendrá, la gente perderá sus casas y buscará ayuda a la desesperada, la ciudad será un pandemonio», temía un general británico.[2] Millones de ciudadanos se derrumbarían mentalmente. El Ejército no daría abasto a controlar a las masas histéricas y no tendría tiempo para combatir al enemigo. Según las estimaciones que manejaba Churchill, al menos tres o cuatro millones de londinenses huirían de la ciudad.

Quien quisiera conocer la magnitud de la catástrofe que se avecinaba no tenía más que consultar un libro: *Psychologie des foules* (Psicología de las masas). El autor francés Gustave Le Bon era uno de los intelectuales más influyentes de su tiempo. Hitler había leído su libro de principio a fin, igual que Mussolini, Stalin, Churchill y Roosevelt.

Le Bon explicaba con todo detalle cómo reacciona la gente en una situación de emergencia. De forma casi inmediata, escribía, el hombre desciende «varios peldaños en la escalera de la civilización».[3] El pánico y la violencia se extienden por todas partes sin ningún control y el ser humano muestra su auténtica naturaleza.

El 19 de octubre de 1939, Hitler se reunió con sus generales para exponerles el plan de ataque. «Llegado el momento oportuno, la *Luftwaffe* podrá y deberá intervenir sin misericordia para destruir la voluntad de resistencia del pueblo británico.»[4]

En Gran Bretaña temían que ya fuera demasiado tarde. Aún consideraron la posibilidad de crear una red de refugios subterráneos en Londres, pero al final descartaron el plan. Temían que la población, paralizada por el miedo, no volviera a salir nunca más a la superficie. En el último momento levantaron una serie de hospitales psiquiátricos de emergencia a las afueras de la ciudad para acoger a las primeras víctimas.

Y entonces empezó la ofensiva.

El 7 de septiembre de 1940, 348 bombarderos alemanes cruzaron el canal. Hacía buen día. Muchos londinenses estaban disfrutando del buen tiempo cuando, a las 16:43, empezaron a sonar las alarmas antiaéreas. Todo el mundo alzó la mirada al cielo

Aquel día de septiembre pasaría a la historia como el Sábado Negro, y el periodo subsiguiente se conocería como «el *blitz*», del alemán *Blitzkrieg* (guerra relámpago). En un periodo de nueve meses, solo en Londres cayeron más de ochenta mil bombas. Barrios enteros desaparecieron del mapa. Un millón de edificios sufrieron graves daños o quedaron en ruinas, y hubo que lamentar más de cuarenta mil víctimas mortales.

¿Cómo reaccionaron los británicos? ¿Qué ocurrió cuando millones de ciudadanos quedaron expuestos durante muchos meses a una continua lluvia de bombas? ¿Qué cotas alcanzó la histeria? ¿En qué clase de bestias salvajes se convirtió la gente?

Empecemos por el informe de un psiquiatra canadiense.

En octubre de 1940, el doctor John MacCurdy visitó un barrio humilde del sudeste de Londres muy afectado por los bombardeos. Cada cien metros había un cráter o un edificio en ruinas. Si en algún lugar iba a encontrar ciudadanos en estado de pánico, tenía que ser allí.

Sin embargo, esto fue lo que encontró el psiquiatra poco después de que, por enésima vez, sonara la alarma antiaérea:

> Los niños seguían jugando en las aceras, la gente que había salido a hacer sus recados seguía regateando con los comerciantes, un agente de policía dirigía el tráfico con cara de aburrimiento y los ciclistas seguían su camino, desafiando a la muerte y contraviniendo las normas de tráfico. Que yo viera, nadie se molestó siquiera en mirar al cielo.[5]

Quien se sumerge en las crónicas del *blitz* encuentra una tras otra descripción de la prodigiosa calma que se adueñó de la ciudad. Un periodista americano entrevistó a un matrimonio británico en su cocina. Mientras sus ventanas vibraban a causa de las bombas, ellos disfrutaban tranquilamente de una taza de té. ¿No tenían miedo?, les preguntó el periodista. «Ah, no. Y aunque tuviéramos miedo, ¿de qué nos serviría?»[6]

Todo parecía indicar que Hitler no había tenido en cuenta el carácter británico. La flema. El humor seco. Los comerciantes ponían letreros en la fachada de tiendas reducidas a escombros por las bombas: ESTAMOS MÁS ABIERTOS QUE DE COSTUMBRE. El propietario de un pub demostró su ingenio

con una estrategia comercial basada en el estado de devastación de su local: *OUR WINDOWS ARE GONE, BUT OUR SPIRITS ARE EXCELLENT. COME IN AND TRY THEM.*[7]*

Los británicos se tomaron las bombas de la *Luftwaffe* de la misma forma que el retraso de un tren, como un inconveniente que puede ser motivo de irritación, pero con el que se puede vivir. Los trenes, por cierto, siguieron funcionando con normalidad durante el *blitz,* y los daños a la economía fueron anecdóticos. La producción de armamento de Gran Bretaña se vio más afectada por el lunes de Pascua de 1941, que era festivo para todo el mundo, que por el *blitz.*[8]

Al cabo de unas semanas, los londinenses hablaban de los bombardeos como se habla del tiempo. «Hoy ha estado el día muy *blitzy,* ¿verdad?»[9] Un escritor americano observó que «los ingleses se aburren antes que nadie» y, a partir de un momento determinado, era raro ver a alguien buscando refugio cuando sonaban las alarmas.[10]

¿Y qué fue de los devastadores efectos mentales que tendrían las bombas en la población? ¿Dónde estaban los millones de víctimas traumatizadas que según los expertos desbordarían los hospitales? Ni rastro de ellas. Obviamente, había mucho dolor y mucha rabia. Y, por supuesto, se respiraba una atmósfera de profundo duelo por los familiares y amigos perdidos. Pero los hospitales psiquiátricos permanecieron vacíos. Es más, la salud mental de los británicos mejoró considerablemente. Descendió el consumo de alcohol y se cometieron menos suicidios que en tiempo de paz. Después de la guerra, muchos británicos añoraban incluso los días del *blitz,* cuando todo el mundo era

* La gracia consistía en el doble significado de la palabra *spirits,* que en una acepción alude al estado de ánimo de una persona y en otra quiere decir «bebidas espirituosas». El buen hombre, por tanto, anunciaba que, aunque los cristales de su local estaban rotos, tanto su estado de ánimo como sus licores eran excelentes, e invitaba a entrar a probarlos. *(N. del T.).*

solidario y daba igual que fueras de izquierdas o de derechas, pobre o rico.[11]

«La sociedad británica salió del *blitz* reforzada en muchos aspectos», escribiría más tarde un historiador británico. «Hitler se llevó un gran chasco.»[12]

A la hora de la verdad, el famoso psicólogo de las masas, Gustave Le Bon, no podía haber estado más equivocado. La situación de emergencia no había hecho que saliera a la superficie lo peor del ser humano. Todo lo contrario. Lo que hizo el pueblo británico fue más bien ascender varios peldaños en la escalera de la civilización. «No dejan de sorprenderme el valor, el sentido del humor y la amabilidad de la gente ordinaria bajo condiciones que no difieren mucho de una pesadilla», escribió una periodista americana en su diario.[13]

Los inesperados efectos positivos de los bombardeos alemanes desataron un nuevo debate militar. Gran Bretaña también disponía de una amplia flota de bombarderos, y la cuestión era cómo emplearlos de la forma más efectiva en la lucha contra el enemigo.

Paradójicamente, los expertos de la Royal Air Force seguían creyendo que se podía quebrar la voluntad de un pueblo a base de bombardeos. Tal vez no hubiera funcionado en el caso del pueblo británico, pero ellos eran una excepción. Ningún pueblo del mundo tenía un carácter tan sereno, sensato y valiente como el suyo. Los alemanes no soportarían «ni la cuarta parte» de las bombas, afirmaban los expertos. El enemigo «carecía de vigor moral».[14]

Entre los defensores de ese punto de vista estaba uno de los hombres de confianza de Churchill: Frederick Lindemann, también conocido como Lord Cherwell. En uno de los pocos retratos que existen de él vemos a un hombre alto de mirada gélida con un bastón y el tradicional bombín inglés.[15] En las acaloradas discusiones sobre el uso de las fuerzas aéreas, Lin-

demann insistía en que los bombardeos funcionaban. Al igual que Gustave Le Bon, no tenía muy buena imagen de los ciudadanos corrientes. El pueblo, bajo su punto de vista, era cobarde por definición y se dejaba llevar por el pánico.

Para darle un fundamento científico a su opinión, Lindemann envió a un equipo de psiquiatras a Birmingham y Hull, dos ciudades muy castigadas por los bombardeos. En poco tiempo, los investigadores entrevistaron a cientos de personas que habían perdido su casa durante el *blitz.*[16] Les preguntaron hasta por los detalles más minúsculos de sus vidas, desde «el número de pintas de cerveza consumidas hasta la cantidad de aspirinas compradas».[17]

Unos meses después, Lindemann recibió el informe. La conclusión aparecía con grandes letras en la cubierta:

NO HAY PRUEBAS DE QUE LOS BOMBARDEOS SOCAVEN LA MORAL DEL PUEBLO[18]

¿Y qué hizo Frederick Lindemann? Ignoró por completo la inequívoca conclusión del informe. Ya había decidido que los bombardeos funcionaban de maravilla y no iba a permitir que nadie lo hiciera cambiar de opinión. Y, así, el memorando que escribió Lindemann para Churchill decía algo muy distinto:

> Las investigaciones parecen indicar que la destrucción de la vivienda de una persona tiene graves consecuencias para su moral. A la gente parece afectarle más que la pérdida de un amigo o incluso un familiar. (...) Nosotros podríamos causar daños diez veces más graves en las 58 principales ciudades alemanas. Quedan muy pocas dudas de que [las bombas] doblegarán la voluntad del pueblo.[19]

Así fue como se desarrolló el debate sobre la efectividad de los bombardeos. «Olía a caza de brujas», escribiría un his-

toriador más tarde.[20] Los científicos que, basándose en rigurosos estudios, argumentaban en contra del bombardeo de la población alemana eran acusados de cobardía y alta traición.

Los partidarios de las bombas, por su parte, estaban de acuerdo en una cosa: a los alemanes había que devolverles el golpe con mucha más fuerza todavía. Churchill dio luz verde al plan, y en Alemania se desató el infierno. Al final, el número de víctimas mortales de los bombardeos británicos fue diez veces superior al del *blitz.* En Dresde murieron en una noche casi tantos hombres, mujeres y niños como en Londres a lo largo de toda la guerra. Más de la mitad de las ciudades alemanas quedaron destruidas por completo. El país se convirtió en una montaña de escombros humeantes.

Mientras tanto, las fuerzas aéreas aliadas dedicaron un número muy pequeño de recursos al bombardeo de objetivos estratégicos como puentes y fábricas. Hasta los últimos meses de la guerra, Churchill siguió convencido de que lo mejor era bombardear a la población, pues esa era la vía más rápida para quebrar la moral de los alemanes. En enero de 1944 aterrizó otro memorando en su escritorio, esta vez de la Royal Air Force: «Cuantas más bombas lanzamos, mayor es el efecto.»

El presidente subrayó esa frase con su famosa estilográfica roja.[21]

Pero ¿qué ocurrió en realidad en Alemania?

Empecemos con el informe de un eminente psiquiatra. Entre mayo y julio de 1945, el doctor Friedrich Panse entrevistó a casi cien alemanes que habían perdido su casa. «Cuando terminó [el bombardeo] me sentía pletórico de energía y me encendí un puro», dijo uno de ellos. Otro afirmaba que después de cada ataque se respiraba una euforia similar «a la de quien acaba de ganar una guerra».[22]

No había el menor indicio de histeria colectiva. Los ciudadanos que sufrían su primer bombardeo experimentaban

más bien una sensación de alivio. «La solidaridad entre vecinos era extraordinaria», anotó Panse. «Dada la gravedad y la duración de la presión psicológica, la respuesta de la población fue llamativamente equilibrada y disciplinada.»[23]

La misma imagen se desprende de los informes del *Sicherheitsdienst* –el Servicio de Seguridad alemán–, que observó muy de cerca a la población. Después de los bombardeos, todo el mundo se mostraba dispuesto a ayudar al prójimo, rescatar a las víctimas de los escombros y apagar fuegos. Los niños de las *Hitlerjugend* –las Juventudes Hitlerianas– iban y venían sin descanso para asistir a los heridos y ayudar a quienes habían perdido su casa. Un abacero puso en su tienda un cartel que decía: HIER WIRD KATASTROPHENBUTTER VERKAUFT! (Se vende mantequilla catastrófica.)[24]

(Vale, admito que el humor británico era mejor.)

Poco después de la capitulación de Alemania, en mayo de 1945, un equipo de economistas aliados visitó el país por encargo del Ministerio de Defensa americano. El objetivo era estudiar el efecto de los bombardeos para determinar si se trataba de una estrategia apropiada para ganar una guerra.

Las conclusiones de los investigadores fueron categóricas: los bombardeos civiles habían sido un fiasco. Es más, es probable que hubieran fortalecido la economía bélica alemana, por lo que la guerra había durado más de lo necesario. Entre 1940 y 1944, la producción de tanques por parte de Alemania se multiplicó por nueve, y la de aviones de combate por catorce.

Un equipo de economistas británicos llegó a la misma conclusión.[25] En las veintiuna ciudades destruidas que estudiaron, la producción había crecido más rápido que en el grupo de control de catorce ciudades no bombardeadas.

«Poco a poco empezamos a comprender que habíamos descubierto uno de los mayores errores de cálculo cometidos en la guerra, si no el mayor», escribió un economista americano.[26]

Lo más fascinante de este asunto es que todos cometieron el mismo error. Hitler y Churchill, Roosevelt y Lindemann, todos compartían la visión del ser humano de Gustave Le Bon, el psicólogo que partía de la base de que la civilización no es más que una fina capa de barniz sobre nuestra naturaleza salvaje. Todos estaban convencidos de que las bombas destruirían por completo ese delicado barniz de civilización y en las ciudades se instauraría el caos. Sin embargo, cuantas más bombas caían, más grosor adquiría la capa de barniz. La civilización humana no resultó ser una frágil membrana, sino un callo que se endurece con la adversidad.

Los expertos militares, sin embargo, no parecieron comprender esa conclusión. O no la quisieron comprender. Veinticinco años después, Estados Unidos lanzó en Vietnam tres veces más bombas de las que cayeron en Alemania a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial.[27] Y el fracaso fue aún más sonado. Hay veces que, aunque tengamos ante los ojos una prueba concluyente de que estamos equivocados, nos las arreglamos para seguir engañándonos a nosotros mismos. Hasta el día de hoy, muchos británicos siguen creyendo que su capacidad de resistencia al *blitz* se debió a una cualidad típica del carácter británico.

Pero no era una cualidad británica. Era, y es, una cualidad humana.

1. UN NUEVO REALISMO

1

Este libro trata sobre una idea radical.

Una idea que, a lo largo de la historia, ha inquietado a gobernantes y han rechazado ideologías y religiones. Una idea que ignoran sistemáticamente los medios de comunicación y se ha borrado de los anales de la historia.

Pero es una idea, al mismo tiempo, fundamentada empíricamente por casi todos los campos de la ciencia, corroborada por la evolución y confirmada por los hechos en la vida cotidiana, algo tan intrínseco a la naturaleza humana que a casi todo el mundo le pasa desapercibido y que, si tuviéramos el valor de tomárnoslo en serio, podría desencadenar una revolución y conducir a una forma completamente distinta de organizar la sociedad. Es una idea que, cuando comprendes lo que de verdad significa, puede tener incluso el efecto de una medicina que cambia para siempre tu forma de ver el mundo.

¿Y cuál es esa idea?

Que, en esencia, la gran mayoría de la gente es buena.

No conozco a nadie capaz de explicar mejor esa idea que Tom Postmes, catedrático de Psicología Social en la Universidad de Groninga. Desde hace años, todos los cursos plantea el mismo problema a sus alumnos:

Un avión hace un aterrizaje forzoso y el fuselaje se rompe en tres partes. La cabina de pasajeros se llena de humo y todo el mundo se da cuenta de que hay que salir de allí cuanto antes. ¿Qué ocurre?

- En el planeta A, los pasajeros se interesan primero por el bienestar de los demás y dan prioridad a aquellos que necesitan ayuda. La gente está dispuesta a dar su vida, incluso por un extraño.
- En el planeta B se desata el pánico. Todo el mundo reacciona según el principio del sálvese quien pueda. Hay patadas y empujones. Los niños, las personas mayores y los incapacitados se ven arrollados por los más fuertes.

Pregunta: ¿En qué planeta vivimos?

«Según mis estimaciones, aproximadamente el 97 por ciento de los alumnos cree que vivimos en el planeta B», dice Postmes. «Pero, en la práctica, casi siempre vivimos en el planeta A.»[1]

Da igual a quién se pregunte. Votantes de izquierdas o de derechas, pobres o ricos, con estudios o sin estudios, todo el mundo incurre en el mismo error de percepción. «Nadie ve la realidad. Ni los estudiantes de primero, ni los de tercero, ni los de máster. Ni siquiera el personal de emergencias», se lamenta Postmes. «Y no será por falta de estudios que lo demuestran. Esto es algo que todo el mundo debería saber desde la Segunda Guerra Mundial.»

Hasta las tragedias más famosas de la historia tuvieron lugar en el planeta A. Piensa, por ejemplo, en el hundimiento del *Titanic.* Si has visto la película, tal vez pienses que todo el mundo sufrió un ataque de pánico (salvo los integrantes del cuarteto de cuerda). Pero no. De hecho, la evacuación tuvo

lugar de forma muy ordenada. Un superviviente explicó que «no había ningún indicio de pánico o histeria, no se oían gritos de terror y nadie corría de un lado para otro».[2]

Y durante los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, miles de personas bajaron tranquilamente por las escaleras mientras las Torres Gemelas ardían, aunque sabían que sus vidas corrían peligro. Todo el mundo cedía el paso a los bomberos y los heridos. «La gente decía: "No, no, usted primero"», recuerda una de las víctimas. «No podía creerme que, en una situación así, la gente dijera: "Adelante, por favor." Era algo irreal.»[3]

Hay un mito muy persistente según el cual el ser humano es egoísta, agresivo y propenso al pánico por naturaleza. Es lo que el biólogo holandés Frans de Waal denomina la «teoría de la capa de barniz»:[4] la noción de que la civilización no es más que una fina capa de barniz que se quiebra ante el más mínimo estímulo externo, dejando vía libre a nuestra naturaleza salvaje. Los hechos, sin embargo, demuestran lo contrario: precisamente cuando caen bombas del cielo o las aguas inundan las ciudades, el ser humano muestra su mejor versión.

El 29 de agosto de 2005, el huracán Katrina desató toda su furia sobre Nueva Orleans. Los diques y muros de contención de la ciudad no resistieron y la subsiguiente inundación afectó al 80 por ciento de las viviendas. Al menos 1.836 personas perdieron la vida. Fue una de las mayores catástrofes naturales de la historia de Estados Unidos.

Aquella semana, los periódicos publicaron infinidad de noticias sobre violaciones y tiroteos en Nueva Orleans. Circulaban historias espeluznantes sobre bandas callejeras que iban por la ciudad saqueando todo lo que encontraban a su paso y, por lo visto, había un francotirador que disparaba contra los helicópteros de salvamento. El estadio cubierto de la ciudad, el Superdome, se convirtió en el mayor centro de acogida. Vein-

ticinco mil personas estuvieron allí varios días hacinadas como ratas en una trampa, sin agua ni electricidad. Según los periodistas, dos bebés murieron degollados y una niña de siete años fue violada y asesinada.[5]

El director de la policía dijo que la ciudad estaba cayendo en la anarquía y la gobernadora de Luisiana compartía sus temores. «Lo que más me indigna», dijo esta última, «es que este tipo de catástrofes hacen emerger muchas veces lo peor del ser humano.»[6]

Esa conclusión dio la vuelta al mundo. El laureado historiador Timothy Garton Ash escribió en el periódico británico *The Guardian* lo que todo el mundo pensaba:

> Suprime los elementos básicos de una vida civilizada –comida, techo, agua potable y un mínimo de seguridad personal–, y en pocas horas descendemos a nuestro estado hobbesiano primigenio: [el mundo se transforma en] una guerra de todos contra todos. (...) Unos pocos se convierten en ángeles, pero la mayoría vuelven a ser primates.

Ahí estaba de nuevo: la teoría de la capa de barniz. Según Garton Ash, Nueva Orleans había abierto un pequeño agujero en «la delgada costra que cubre el magma en ebullición de la naturaleza, incluida la naturaleza humana».[7]

Meses después, cuando los periodistas ya se habían ido, las aguas habían vuelto a descender y los columnistas habían encontrado otro tema del que hablar, los investigadores descubrieron lo que había ocurrido de verdad en Nueva Orleans.

Los supuestos disparos de un francotirador resultaron ser el ruido de la válvula de escape de un tanque de combustible. En el Superdome hubo que lamentar seis muertos: cuatro por causas naturales, uno por sobredosis y uno por suicidio. El director de la policía tuvo que admitir que no se habían

registrado oficialmente asesinatos ni violaciones. Y sí, hubo casos de saqueo, pero sobre todo por parte de grupos que colaboraban para sobrevivir, a veces incluso con la ayuda de la policía.[8]

Los científicos del Centro de Investigación de Catástrofes de la Universidad de Delaware concluyeron que «la inmensa mayoría de las conductas espontáneas fueron de naturaleza prosocial».[9] Llegó una auténtica flota de barcos, incluso desde Texas, para salvar a la mayor cantidad de gente posible. Se formaron cientos de unidades de salvamento. Un grupo de once amigos autodenominados «los saqueadores de Robin Hood» recorrió la ciudad en busca de comida, ropa y medicinas para los más necesitados.[10]

La catástrofe, en resumen, no sumió a Nueva Orleans en la anarquía y el egoísmo. Más bien al contrario. La gente reaccionó con muestras inequívocas de valor y espíritu caritativo.

Con ello, el huracán Katrina vino a confirmar lo que dicen los estudios científicos sobre la forma en que el ser humano responde ante una situación de emergencia. El citado Centro de Investigación de Catástrofes, sobre la base de casi setecientos estudios de campo realizados desde 1963, ha constatado que, en contra de lo que se ve en las películas, después de una catástrofe nunca se desata el pánico ni se impone la ley del sálvese quien pueda. De hecho, casi siempre desciende el número de delitos como asesinatos, robos y violaciones. La gente conserva la calma, no queda paralizada por el miedo y entra rápido en acción. «Y por muchos saqueos que haya», observa uno de los investigadores, «ese tipo de actitudes siempre palidecen frente a la ola de altruismo que conduce al reparto gratuito y masivo de bienes y la prestación de servicios.»[11]

Las catástrofes siempre sacan a la superficie lo mejor de la gente. No se me ocurre ningún otro hallazgo de la sociología tan bien documentado y, al mismo tiempo, tan olímpicamente ignorado. Los medios de comunicación ofrecen una y otra

vez la imagen opuesta de lo que ocurre realmente después de una catástrofe.

Y lo peor es que los persistentes rumores de vandalismo costaron vidas en Nueva Orleans.

Los servicios de asistencia tardaron mucho en reaccionar, porque los miembros de los equipos de salvamento no se atrevían a entrar en la ciudad sin protección. Las autoridades convocaron a 72.000 militares con órdenes explícitas de abrir fuego siempre que hiciera falta. «Esos soldados están entrenados para disparar y matar», dijo la gobernadora, «y eso es lo que espero que hagan.»[12]

Y eso fue lo que hicieron. En el puente Danziger, en la zona este de la ciudad, la policía abrió fuego contra seis afroamericanos inocentes y desarmados. Un joven de diecisiete años y un discapacitado mental de cuarenta murieron a causa de los disparos. (Cinco de los agentes implicados fueron condenados después a largas penas de prisión.)[13]

Obviamente, la catástrofe de Nueva Orleans es un ejemplo extremo. Pero la dinámica en situaciones de emergencia es siempre la misma: un colectivo sufre alguna adversidad, la población reacciona con muestras abrumadoras de solidaridad y las autoridades se dejan llevar por el pánico, lo cual provoca una segunda catástrofe.

«Mi impresión», escribe Rebecca Solnit en *Un paraíso en el infierno* (2009), su fantástico ensayo sobre el huracán Katrina, «es que el pánico de la élite se debe a que los más poderosos tienen una imagen de la humanidad basada en cómo se perciben ellos mismos.»[14] Reyes y dictadores, gobernantes y generales creen que la gente corriente es egoísta solo porque ellos lo son, y recurren a la fuerza bruta para prevenir peligros que solo existen en su cabeza.

2

En el verano de 1999, nueve niños de una pequeña escuela de Bornem, Bélgica, desarrollaron de repente síntomas de una misteriosa enfermedad. Dolor de cabeza. Náuseas. Taquicardia. Por la mañana habían entrado tan felices en clase, pero después de la comida empezaron a decir que se encontraban mal. Según los profesores, solo había una explicación posible: los nueve niños que se habían puesto malos habían bebido Coca-Cola en la comida.

El incidente no tardó en llegar a oídos de la prensa y el teléfono de la sede de Coca-Cola empezó a sonar con insistencia. Aquella misma tarde, la dirección de la empresa difundió un comunicado de prensa anunciando la retirada de millones de latas y botellas de Coca-Cola de los comercios de Bélgica. «Estamos investigando el caso muy seriamente y esperamos encontrar una respuesta en los próximos días», dijo un portavoz de la gran multinacional.[15]

Pero ya era demasiado tarde. Los síntomas se extendieron como una mancha de aceite por todo el país, hasta la frontera con Francia. Las ambulancias no daban abasto a trasladar a los hospitales a niños pálidos como cadáveres. Aquella semana, por algún motivo misterioso, todos los productos de Coca-Cola –ya fuera Fanta, Sprite, Nestea o Aquarius– ponían en peligro la salud de los menores de edad. El caso supuso uno de los mayores golpes financieros para las cuentas de la famosa compañía fundada 107 años antes. En pocos días se retiraron del mercado belga diecisiete millones de cajas de refrescos, y todas las existencias disponibles en almacenes se destruyeron.[16] El coste para la empresa ascendió a más de doscientos millones de dólares.[17]

Pero entonces ocurrió algo extraño. Al cabo de unas semanas, los toxicólogos salieron del laboratorio sin respuestas. Sus exhaustivas pruebas no dieron resultado alguno. En ninguna de las muestras estudiadas había pesticidas, sustancias

es lo que encontramos. Y lo que predecimos es lo que acaba ocurriendo.

Tal vez te preguntes adónde quiero ir a parar con todo esto. La respuesta es muy sencilla: nuestra imagen negativa del ser humano es un nocebo.

Si estamos convencidos de que la mayoría de las personas no son de fiar, así es como trataremos a los demás. Y, con ello, haremos que aflore a la superficie lo peor de cada uno de nosotros.

En última instancia, hay pocas ideas que tengan una influencia tan decisiva en el mundo como nuestra imagen del ser humano. Lo que damos por supuesto en los demás es lo que acabamos encontrando en ellos. Si queremos hallar respuestas para los grandes retos de nuestra era –desde el cambio climático hasta la creciente desconfianza entre las personas–, creo que deberíamos empezar por cambiar la imagen que tenemos del ser humano.

En este libro no voy a defender la idea de que el hombre es bueno por naturaleza. Los seres humanos no somos angelitos. Todos tenemos un lado bueno y un lado malo, y todo depende de cuál estemos dispuestos a entrenar más.

Lo único que voy a defender es que, por naturaleza, tenemos una preferencia muy marcada por nuestro lado bueno, desde niños y en cualquier situación, tanto si estamos con un pequeño grupo de personas en una isla desierta como si estalla una guerra o nuestra ciudad sufre una inundación de dimensiones catastróficas. Voy a aportar una gran cantidad de pruebas científicas que sustentan la idea de que sería más realista tener una imagen positiva del ser humano. Y, al mismo tiempo, estoy convencido de que esa imagen positiva sería más realista aún si creemos de verdad en ella.

Hay una parábola de origen desconocido que circula por internet desde hace años. Una parábola que, en mi opinión, encierra una verdad sencilla pero muy profunda:

Un abuelo le dice a su nieto: «Dentro de mí hay una lucha despiadada entre dos lobos. Uno es malo, agresivo, avaricioso, celoso, arrogante y cobarde. Y el otro es bueno, tranquilo, amable, modesto, generoso y digno de confianza. Esos dos mismos lobos luchan también en tu interior y en el interior de todas las personas.»

El nieto se queda pensando un instante y, finalmente, dice: «¿Y cuál de los dos acabará ganando?»

«El que más alimentes», contesta el abuelo con una sonrisa.

3

Estos últimos años, cuando contaba en una fiesta que estaba trabajando en este libro, no tardaba en aparecer en el rostro de mis interlocutores una mirada de sorpresa e incredulidad. Un editor alemán rechazó el libro rotundamente. Según él, los alemanes no creerían en el lado bueno del hombre. Un miembro de la élite intelectual parisina me aseguró que los franceses necesitaban la mano dura del Estado. En 2016, cuando viajé por Estados Unidos después de la elección de Trump, los americanos me preguntaban si estaba bien de la cabeza.

«Entonces, ¿dices que la mayoría de la gente es buena? ¿No ves nunca la televisión o qué?»

Un estudio reciente de dos psicólogos americanos pone de manifiesto lo arraigada que está nuestra imagen del hombre como un ser de naturaleza perversa. Los investigadores mostraban a sus sujetos distintas situaciones en las que alguien parecía hacer algo bueno. La conclusión fue que estamos entrenados para ver egoísmo en cualquier acción.

¿Alguien ayuda a un anciano a cruzar la calle? Seguro que lo hace para quedar bien.

¿Alguien le da dinero a un indigente? Seguro que lo hace para acallar su conciencia y sentirse bien consigo mismo.

La imagen negativa de los sujetos no cambió ni siquiera cuando los investigadores les mostraron datos fehacientes sobre inmigrantes que devuelven monederos encontrados y estadísticas que demuestran que la inmensa mayoría de la población no comete nunca ningún tipo de fraude. «En vez de replantearse su opinión», escriben los psicólogos, «tratan de explicar como egoístas esas actitudes aparentemente desinteresadas.»[20]

El cinismo es una teoría que lo abarca todo. Con una buena dosis de cinismo se puede demostrar cualquier cosa.

Tal vez estés pensando: «Espera un momento, así no es como me han educado a mí. Donde yo crecí había confianza mutua, nos ayudábamos unos a otros y dejábamos la puerta abierta.» Y tienes razón. Pero es fácil aceptar la bondad de las personas que tenemos cerca, como nuestra familia y nuestros amigos, vecinos y compañeros de trabajo.

Sin embargo, en cuanto nos alejamos un poco y observamos a la humanidad en su conjunto, empiezan a prevalecer las sospechas. Desde los años 80 del siglo pasado, un grupo de sociólogos realiza periódicamente una enorme encuesta sobre valores humanos en casi cien países distintos. Una de las preguntas estándar es esta: «En términos generales, ¿crees que la mayoría de las personas son dignas de confianza o piensas que hay que ser muy precavido en el trato con los demás?»

Los resultados son bastante descorazonadores. En casi todos los países, la mayoría de la gente piensa que no te puedes fiar de los demás. Incluso en democracias muy asentadas como Francia, Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos, la mayoría de la población comparte esa mala imagen del ser humano.[21]

La pregunta que me fascina desde hace años es por qué tenemos una visión tan negativa del mundo. Si nuestro instinto nos dice que podemos confiar en las personas de nuestra comunidad, ¿por qué cambia tanto nuestra actitud al considerar a la humanidad en su conjunto? ¿Por qué hay tantas leyes

y regulaciones, tantas empresas e instituciones basadas en la idea de que el ser humano no es de fiar? ¿Cómo es posible que tanta gente piense que vivimos en el planeta B, a pesar de la evidencia científica que apunta en dirección al planeta A?

¿Es una cuestión de falta de formación académica? Más bien todo lo contrario. Por las páginas de este libro van a pasar infinidad de intelectuales convencidos del carácter perverso de nuestra naturaleza. ¿Tendrá que ver entonces con determinadas convicciones políticas? Tampoco. Muchos creyentes consideran al hombre un pecador, muchos capitalistas creen que somos egoístas por naturaleza y muchos activistas del medio ambiente ven al ser humano como una plaga que está destruyendo el planeta. Miles de opiniones distintas, pero una única visión del ser humano.

Por eso, empecé a preguntarme cuál es el origen de nuestra imagen pesimista de la naturaleza humana. ¿En qué momento de la historia empezamos a ver al hombre como un ser perverso? ¿Y por qué?

Supongamos que aparece en el mercado una nueva droga extremadamente adictiva que, en poco tiempo, se extiende por todas las capas de la población. Los científicos estudian su composición y sus efectos y llegan a la conclusión de que la nueva droga, cito textualmente, provoca «una percepción errónea de los riesgos, cuadros de ansiedad, pensamientos negativos, desamparo adquirido, desprecio a los demás, hostilidad frente a otros grupos y pérdida de sensibilidad».[22]

¿Usaríamos esa droga? ¿Les permitiríamos a nuestros hijos que la probaran? ¿Sería legal?

Las respuestas son sí, sí y sí. Porque estoy hablando de uno de los productos más adictivos de nuestro tiempo. Una droga que consumimos a diario, que suministramos en grandes cantidades a nuestros hijos y que se financia en gran medida con dinero público.

Las noticias.

A mí me educaron con la idea de que las noticias son buenas para tu desarrollo personal. Un ciudadano comprometido debe leer con regularidad el periódico y ver el telediario. Cuanto más de cerca sigamos las noticias, mejor informados estaremos y más robusta será nuestra democracia.

Eso sigue siendo lo que les enseñan los padres a sus hijos, a pesar de que la ciencia contemporánea llega a conclusiones muy distintas. Ya hay decenas de estudios según los cuales las noticias son perjudiciales para la salud mental.[23]

El pionero en este campo de investigación, el catedrático George Gerbner (1919-2005), hablaba ya en los años 90 del «síndrome del mundo cruel». Entre los síntomas clínicos se encuentran la misantropía, el cinismo y el pesimismo. Las personas que siguen las noticias tienen más probabilidades de creer que la gente solo piensa en sí misma, tienden a pensar que los actos de un individuo no contribuyen a mejorar el mundo, sufren más a menudo estrés y padecen más depresiones.

Recientemente plantearon en treinta países una pregunta muy sencilla: «En general, ¿cree que el mundo va cada vez a mejor, sigue igual o va a peor?» En todos los países, desde Rusia hasta Canadá, desde México hasta Hungría, la amplia mayoría de los encuestados respondió que el mundo va a peor.[24]

Sin embargo, es justo lo contrario. La pobreza extrema, el número de víctimas de guerra, la mortalidad infantil, el crimen, el hambre, el trabajo infantil, el número de muertos por catástrofes naturales y el número de accidentes de avión han descendido durante la última década. Vivimos en la época de la historia de mayor prosperidad, mayor nivel de seguridad y mejor salud pública.

Entonces, ¿por qué no somos conscientes de ello? Muy sencillo: porque las noticias hablan de las excepciones. Atentados, violencia, catástrofes. Cuanto más excepcional sea un hecho, mayor su interés periodístico. En los periódicos nunca

se leen titulares como: EL NÚMERO DE PERSONAS QUE VIVE EN EXTREMA POBREZA DESCENDIÓ AYER EN 137.000. Sin embargo, ese titular podía haber aparecido en la portada todos los días durante los últimos veinticinco años.[25] En el telediario nunca conectan en directo con un corresponsal que dice: «Estoy aquí en Villacualquiera, donde hoy tampoco ha estallado una guerra.»

Hace unos años, un equipo de sociólogos holandeses estudió las noticias relativas a accidentes de avión. Entre 1991 y 2015, el número de accidentes descendió de forma progresiva y constante, pero el tiempo y el espacio que les dedican los medios de comunicación no hizo sino aumentar. La consecuencia es que la gente tiene cada vez más miedo de subir a aviones cada vez más seguros.[26]

Otro equipo de investigadores especializados en medios de comunicación creó una base de datos con más de cuatro millones de noticias de prensa sobre inmigración, crímenes y terrorismo, y observaron que justo en los periodos de poca inmigración o crímenes violentos es cuando los periódicos dedican más atención a esos temas. «Parece no haber ninguna relación, o incluso una relación negativa, entre las noticias y la realidad», concluyeron los investigadores.[27]

Cuando hablo de «las noticias», no me refiero, naturalmente, a todo lo que producen los periodistas. Hay muchas formas de periodismo que sí ayudan a comprender mejor el mundo.

Pero lo que normalmente se entiende por «las noticias» es la cobertura informativa de hechos recientes, incidentales y muy llamativos, que es la forma de periodismo más común. En el mundo occidental, ocho de cada diez adultos consumen noticias a diario. Por término medio, dedicamos una hora al día a las noticias, lo cual equivale a tres años en la vida de una persona.[28]

Hay dos razones muy sencillas por las que somos tan susceptibles a los estados de ánimo sombríos inducidos por las noticias. La primera es lo que los psicólogos llaman el «sesgo de negatividad». El ser humano, por naturaleza, es más sensible a lo negativo que a lo positivo. Durante los cientos de miles de años que vivimos como cazadores-recolectores, era preferible temer a una araña o una serpiente cien veces más de lo necesario que confiar un poquito en que fueran inofensivas. El exceso de miedo no mataba, pero la más mínima imprudencia podía resultar letal.

Y la segunda es que estamos condicionados por lo que se conoce como «heurística de la disponibilidad». Si tenemos a mano un ejemplo de algún suceso, tendemos a pensar que es representativo de algo que ocurre con mucha frecuencia. Por ello, el hecho de que nos veamos bombardeados continuamente con noticias de accidentes aéreos, casos de pedofilia y decapitaciones –cosas a las que luego no es fácil dejar de dar vueltas– afecta de forma muy negativa a nuestra forma de ver el mundo. «No somos lo bastante racionales para exponernos a la prensa», comenta el filósofo y matemático de origen libanés Nassim Nicholas Taleb.[29]

En la era digital, además, el lado extremo de las noticias se amplifica más todavía. Antes, los periodistas no sabían gran cosa de nosotros y escribían para la masa. Pero ahora, las mentes que manejan los hilos de Facebook, Twitter y Google nos conocen muy bien. Saben qué tipo de noticias nos impresionan más, porque tienen datos muy precisos de todo lo que vemos en nuestras pantallas, y saben cómo retener nuestra atención para servirnos a continuación los anuncios más lucrativos para las cuentas de sus empresas.

La histeria mediática contemporánea se podría definir como una lucha despiadada contra lo cotidiano. Porque, seamos sinceros: la vida de la mayoría de las personas es aburrida. Simpática, pero aburrida. Y sí, todo el mundo quiere vecinos

simpáticos y aburridos (y la mayoría lo son), pero, con vidas aburridas, por mucha simpatía que inspiren, no se llama la atención ni se venden anuncios. Por eso, desde Silicon Valley nos ofrecen material cada vez más extremo que cada vez consumimos más rápido. «Las noticias son para el espíritu lo que el azúcar es para el cuerpo», comentó en una ocasión un novelista suizo.[30]

En las noticias, el lado malo del ser humano gana por goleada al lado bueno, porque lo malo es excepcional y llamativo, mientras que lo bueno es cotidiano, corriente y aburrido.

Hace unos años me propuse cambiar mis hábitos de consumo de noticias. A partir de ahora, pensé, nada de prensa o teléfono durante el desayuno, sino un buen libro. Historia. Psicología. Filosofía.

Sin embargo, enseguida tropecé con el mismo problema. En el mundo de los libros también rige lo excepcional. Los ensayos de historia más vendidos tratan de catástrofes y adversidades, tiranía y opresión. Guerra, guerra y guerra. Y cuando no hay guerra, los historiadores hablan de *interbellum.* Periodo de entreguerras.

En la ciencia también ha predominado durante décadas una imagen negativa del ser humano. Quien quiere leer algo sobre la naturaleza humana encuentra títulos como *El gen egoísta, Machos demoniacos* o *The Murderer Next Door* (El asesino que vive a tu lado).

Los biólogos llevan muchos años tomando como punto de partida de sus investigaciones la versión más deprimente de la teoría de la evolución. Siempre que un animal parecía hacer algo amable, lo explicaban como una actitud motivada por el egoísmo. ¿Que los animales tienen lazos afectivos con su familia? ¡Nepotismo! ¿Que un mono comparte un plátano? ¡Seguro que es víctima de alguna forma de explotación![31] O, como decía un biólogo americano con desdén: «Lo que

parece cooperación es en realidad una mezcla de oportunismo y explotación. (...) Araña a un altruista y verás cómo sangra un hipócrita.»[32]

En el campo de las ciencias económicas la cosa tampoco era distinta. Los economistas veían al hombre como *Homo economicus,* un ser que solo piensa en su propio interés y actúa como un robot interesado y egoísta. Sobre los cimientos de esa visión del ser humano, los economistas construyeron una catedral de teorías y modelos que sirvió de base para infinidad de leyes y regulaciones.

Y, mientras tanto, nadie se molestó en comprobar si el *Homo economicus* existía. Hasta el año 2000, cuando el economista Joseph Henrich visitó con su equipo quince pequeñas comunidades de doce países repartidos por los cinco continentes y sometió a todo tipo de pruebas a agricultores, nómadas, cazadores y recolectores para tratar de encontrar, sin resultado, a alguien que respondiera al perfil egoísta en el que se basaban los economistas desde hacía décadas. Una y otra vez, los sujetos de su estudio resultaban ser mucho más sociales y amables de lo que predecía el modelo del egoísmo.[33]

Tras la publicación de su influyente artículo científico, Henrich siguió buscando a la legendaria criatura en la que creían los economistas. Y por fin la encontró. Aunque *Homo* (humano) no es la palabra adecuada para definirlo, porque el *Homo economicus* resultó ser un chimpancé. «El modelo ha demostrado ser muy efectivo en la predicción del comportamiento de un chimpancé en experimentos sencillos», observó Henrich secamente. «Por tanto, todo el trabajo teórico no fue en vano. Simplemente, lo habíamos aplicado a la especie equivocada.»[34]

Lo que tiene menos gracia es que esa visión económica del ser humano ha funcionado durante décadas como un nocebo. Ya en los años 90, el economista Robert Frank se preguntó qué efecto tenía en sus estudiantes partir siempre de la idea de que el ser humano es egoísta por naturaleza. Por ello, les

propuso todo tipo de tareas con el fin de medir su generosidad, y resultó que, cuanto más tiempo llevaban estudiando teorías económicas basadas en esa idea, más egoístas eran.

«Somos lo que nos enseñan», concluyó Frank.[35]

Pero esa idea de nuestra supuesta naturaleza egoísta no es nada nuevo. En Occidente se lleva impartiendo desde hace siglos. Grandes pensadores como Tucídides, Agustín de Hipona, Maquiavelo, Hobbes, Lutero, Calvino, Burke, Bentham, Nietzsche, Freud y los llamados «padres fundadores» de Estados Unidos suscribían, sin excepción, la teoría de la capa de barniz. Todos estaban convencidos de que vivimos en el planeta B.

Esa visión cínica del hombre ya circulaba en la Grecia clásica, como se refleja en la obra de Tucídides, uno de los primeros historiadores, cuando describe una guerra civil en la isla griega de Córcira en el año 427 a. C.: «Al ver perturbadas las convenciones ordinarias de la vida civilizada», escribió, «la naturaleza humana, siempre dispuesta a delinquir incluso allí donde impera la ley y el orden, mostró orgullosa su verdadero carácter.»[36] Dicho de otra forma: los ciudadanos se comportaron como bestias salvajes.

La imagen negativa del hombre también caló en el cristianismo desde sus primeros tiempos. Agustín de Hipona (354-430), padre de la Iglesia, contribuyó a difundir la idea de que el ser humano es un pecador congénito: «Nadie está libre de pecado», escribió, «ni siquiera el niño que ha vivido un solo día.»[37]

La noción del pecado original conservó su vigencia tras la Reforma, cuando los protestantes rompieron lazos con la Iglesia católica y romana. Según el teólogo reformista Juan Calvino, «la naturaleza humana no solo está vacía de bien, sino que es fértil en todo género de males», idea que también encontramos en otros textos esenciales del protestantismo, como el *Catecismo de Heidelberg* (1563), según el cual «el ser humano es incapaz de hacer el bien y se muestra inclinado al mal».

Lo fascinante es que el cristianismo tradicional no es la única corriente con profundas raíces en una imagen negativa del ser humano. La Ilustración, que empezó a promulgar el uso de la razón por encima de la fe en el siglo XVIII, también partía de la misma idea. Los creyentes ortodoxos pensaban que éramos seres corruptos por definición y que, a lo sumo, podíamos cubrir nuestra naturaleza perversa con una fina capa de piedad cristiana. Y muchos filósofos de la Ilustración pensaban lo mismo, con la única diferencia de que proponían otra solución: una capa de racionalidad sobre nuestra naturaleza pútrida.

En lo que respecta a la imagen del ser humano, la continuidad en el pensamiento occidental es muy llamativa. «En general, se puede decir que el ser humano es desagradecido, veleidoso e hipócrita», escribió Nicolás Maquiavelo, fundador de la ciencia política. «Todos los hombres serían tiranos si tuvieran la oportunidad de serlo», opinaba John Adams, uno de los fundadores de la democracia en Estados Unidos. «Descendemos de una serie interminable de generaciones de asesinos que llevaban en la sangre el placer de matar», afirmó Sigmund Freud, fundador de la psicología.

En el siglo XIX irrumpió en escena Charles Darwin con su teoría de la evolución, y no tardaron en someterla al tratamiento de la capa de barniz. El prestigioso biólogo Thomas Henry Huxley, también conocido como «el bulldog de Darwin», afirmaba que la vida es una gran batalla de «hombres contra hombres y naciones contra naciones».[38] El filósofo Herbert Spencer vendió cientos de miles de libros basados en la afirmación de que deberíamos alimentar las llamas de esa batalla, puesto que «el esfuerzo de la naturaleza tiene como fin eliminar a [los pobres], liberar al mundo de ellos y crear espacio para algo mejor».[39]

Y lo más curioso es que esos pensadores tienen fama de «realistas». Los disidentes, mientras tanto, son objeto de burlas por su fe en la bondad del ser humano.[40] Emma Goldman,

una feminista perseguida durante toda su vida por su lucha por la libertad y la igualdad, escribió: «Pobre naturaleza humana, cuántos crímenes terribles se han cometido en tu nombre. (...) Cuanto más eminente el charlatán, mayor su obsesión con la maldad y la debilidad del ser humano.»[41]

En los últimos años, sin embargo, cada vez son más los investigadores que, trabajando desde disciplinas y puntos de vista completamente distintos, llegan a la conclusión de que nuestra imagen negativa del ser humano requiere una profunda revisión. Muchos de esos trabajos son tan recientes que los autores ni siquiera saben que no están solos. Hace poco le conté a una influyente psicóloga las últimas corrientes de pensamiento en el campo de la biología y exclamó asombrada: «¡No me digas! Entonces, ¿los biólogos también están en ello?»[42]

4

Antes de empezar con la crónica de mis indagaciones en busca de una nueva forma de percibir al ser humano, debo hacer tres advertencias.

En primer lugar, defender la bondad del ser humano es como enfrentarse a una hidra, el monstruo de siete cabezas que regeneraba dos nuevas cabezas por cada una que le cortaba Hércules. El cinismo funciona de la misma manera. Por cada argumento misantrópico que derrumbas, tus contrincantes te presentan otros dos. La teoría de la capa de barniz es un zombi que se niega a morir.

En segundo lugar, defender la bondad del ser humano es enfrentarse a los poderosos del mundo, porque, para ellos, una imagen esperanzadora del hombre es una amenaza, algo subversivo y sedicioso. Aceptar esa idea implicaría que no somos seres egoístas que han de ser controlados, regulados y domesticados desde arriba, y que necesitamos otro tipo de líderes. Una

empresa con trabajadores motivados intrínsecamente no necesita gerentes. Una democracia con ciudadanos comprometidos no necesita políticos.

Y, en tercer lugar, quien defiende la bondad del ser humano será objeto de continuas burlas. Te dirán que eres un ingenuo. Un alma cándida. Atacarán sin piedad cualquier punto débil de tu argumentación. Porque, sencillamente, es más fácil adoptar una actitud cínica. El erudito que proclama la doctrina de la depravación humana puede predecir lo que quiera, porque no hace falta que sus profecías se cumplan ahora. El mal siempre puede estar a la vuelta de la esquina. Y, si sus predicciones no se cumplen, se arrogarán igualmente la razón argumentando que sus advertencias han prevenido lo peor. Los profetas del apocalipsis siempre suenan muy profundos.

Las razones para la esperanza, sin embargo, siempre son provisionales. Todavía no ha ocurrido nada malo, pero tarde o temprano ocurrirá. Todavía no te han engañado. Un idealista puede tener razón durante toda su vida y, a pesar de ello, seguir siendo visto como un ingenuo. Con este libro quiero abrir un nuevo camino. Lo que hoy parece irrazonable, poco realista o inalcanzable, mañana podría ser lo más normal del mundo.

Es el momento de cambiar nuestra imagen del ser humano. Es el momento de un nuevo realismo.

2. «EL SEÑOR DE LAS MOSCAS» EN EL MUNDO REAL

1

Cuando empecé a escribir este libro sabía que había una historia que no podía eludir.

El escenario es una isla desierta del Pacífico. Un avión acaba de caer al mar. Los supervivientes son unos veinte colegiales británicos que no caben en sí de felicidad. La playa, el mar, las caracolas. Es como si hubieran ido a parar a una novela juvenil. Y lo mejor de todo es que no hay adultos.

Desde el primer día, los chavales instauran una especie de democracia. Uno de ellos, Ralph, es elegido como líder. Ralph es el chico de oro, el John F. Kennedy del grupo: atlético, carismático y atractivo. Su plan consta de tres puntos. Uno: divertirse. Dos: sobrevivir. Tres: hacer señales de humo veinticuatro horas al día para asegurarse de que los vean cuando pase un barco.

El punto número uno es un éxito. Los otros dos, no tanto. La mayoría de los chicos prefieren jugar y atiborrarse de comida que vigilar el fuego. Jack, un pelirrojo delgaducho, solo piensa en cazar jabalíes. Con el paso del tiempo, Jack y los miembros de su banda adoptan actitudes cada vez más temerarias, y justo el día que pasa un barco, resulta que han abandonado el fuego durante su turno de vigilancia.

«Has incumplido las reglas», le dice Ralph indignado.

«Bah», resopla Jack. «A mí qué me importan tus reglas.»

«¡Las reglas son lo único que tenemos!»

Por las noches, cuando todo queda envuelto en tinieblas, aumenta el miedo de los chicos a un monstruo que supuestamente habita en la isla. Pero el auténtico monstruo lo llevan ellos dentro. En un momento dado se desprenden de la ropa y empiezan a pintarse la cara con símbolos tribales. Sus instintos violentos empiezan a ganar terreno a marchas forzadas.

Mientras tanto, Piggy, como llaman al gordito del grupo, mantiene la cabeza fría. Piggy –que padece de asma, tiene gafas y no sabe nadar– representa la voz de la razón, pero nadie quiere escuchar. «¿Qué somos?», se pregunta un día desconsolado. «¿Seres humanos, animales o salvajes?»

Al cabo de varias semanas, un oficial del Ejército inglés llega por fin al rescate. Para entonces, la isla está devastada por las llamas. Tres niños, incluido Piggy, han muerto de forma violenta. «Pensé que un grupo de estudiantes británicos sabría comportarse mejor», murmura el oficial. Ralph, el antiguo líder de aquellos niños con una educación tan exquisita, se echa a llorar.

«Ralph llora por el final de la inocencia», leemos al final del libro, «por las tinieblas en el corazón del ser humano...»

Esa historia es pura ficción. Nunca tuvo lugar. Surgió en la imaginación de un profesor británico llamado William Golding en 1951. «¿No sería buena idea», le preguntó un día a su mujer, «escribir una novela sobre un grupo de colegiales en una isla desierta para mostrar cuál sería el auténtico comportamiento de los niños [en plena libertad]?»[1]

Golding vendió decenas de millones de ejemplares de *El señor de las moscas*. La novela se tradujo a más de treinta idiomas y acabó convirtiéndose en uno de los mayores clásicos literarios del siglo XX.

Visto en retrospectiva, es fácil explicar el éxito del libro. Golding supo mostrar como nadie qué clase de atrocidades es capaz de cometer el ser humano. «Aunque lleguemos a este

mundo como una página en blanco», escribió en su primera carta a su editor, «nuestra naturaleza nos fuerza a llenarla de borrones.»[2] O, como observaría más tarde: «El hombre produce maldad de la misma forma que las abejas producen miel.»[3]

Pero también es cierto que el espíritu de la época jugaba a su favor. A principios de los años 60, una nueva generación de jóvenes creció oyendo hablar a sus padres de los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Todo el mundo quería saber si Auschwitz había sido una excepción o realmente había un nazi dentro de cada uno de nosotros.

Con *El señor de las moscas,* William Golding insinuó lo segundo, y obtuvo un sonado éxito. El influyente crítico literario Lionel Trilling afirmó que la novela supuso «un cambio cultural».[4] Golding llegó incluso a obtener el Premio Nobel de Literatura por el conjunto de su obra, que, según el dictamen del comité noruego «alumbra la condición humana en el mundo moderno con la luz de la narrativa realista».

Hoy en día, *El señor de las moscas* es mucho más que una novela. El libro, naturalmente, está en la sección de ficción de las bibliotecas, porque es una historia inventada. Sin embargo, se ha convertido en el ejemplo paradigmático de la teoría de la capa de barniz. Golding fue el primero que se atrevió a escribir una novela juvenil de un «realismo» tan crudo. Nada de sentimentalismos sobre una casita en la pradera o un principito solitario.

No, esto era una historia descarnada que describía, sin ningún paliativo, cómo son los niños «en realidad».

2

Recuerdo muy bien cuando leí la novela por primera vez, siendo aún adolescente. Y recuerdo la sensación de desasosiego que me dejó. Estuve mucho tiempo dándole vueltas al tema,

pero en ningún momento dudé de la imagen del ser humano que ofrecía Golding.

Las dudas surgieron varios años después, cuando volví a leer el libro. Decidí profundizar en la biografía de William Golding y descubrí que había sido un hombre atormentado. Era alcohólico, sufría depresiones y pegaba a sus hijos. «Siempre he comprendido a los nazis», confesó en una ocasión, «porque yo también era así por naturaleza.» Si escribió *El señor de las moscas,* fue «en parte por esa triste idea que tenía de mí mismo».[5]

Golding no tenía mucho interés en otras personas. Su biógrafo cuenta que ni siquiera se tomaba la molestia de aprender a escribir correctamente los nombres de sus conocidos. «La naturaleza del Hombre, con mayúscula, se convirtió en un asunto más urgente para mí que conocer a gente de verdad», llegó a decir el escritor.[6]

¿Habrá investigado alguien alguna vez cómo se comportaría un grupo de niños de verdad en una isla desierta?, me pregunté.

Escribí un ensayo en el que comparaba *El señor de las moscas* con lo que dice la ciencia moderna, y llegué a la conclusión de que, en esa situación, un grupo de niños actuaría probablemente de forma muy distinta.[7] «No hay prueba alguna», escribí citando al biólogo Frans de Waal, «de que los niños actuarían como en la novela.»[8]

Sin embargo, cuando publiqué ese artículo, muchos lectores reaccionaron con escepticismo. Solo había citado estudios sobre el comportamiento de niños y adolescentes en casa, en el colegio o en un campamento de verano, y ninguno de ellos resolvía el verdadero misterio: ¿qué haría un grupo de niños si se quedaran solos en una isla desierta?

Entonces empecé a buscar un caso real como el que describe *El señor de las moscas.*

Obviamente, la probabilidad de que una universidad permita abandonar a un grupo de niños en una isla desierta durante varios meses a modo de experimento nunca ha sido muy alta, ni siquiera en los años 50. Pero tal vez hubiera ocurrido alguna vez de forma accidental, pensé. Tal vez después de un naufragio.

Empecé introduciendo búsquedas sencillas: «Niños naufragio.» «*El señor de las moscas* en el mundo real.» «Niños en isla desierta.» Los primeros resultados remitían a un lamentable programa británico de telerrealidad de 2008 en el que estimulaban el enfrentamiento entre dos grupos de niños. Pero al cabo de una hora buscando en los bajos fondos de internet, fui a parar a un blog que contaba la siguiente historia:

> Un día, en 1977, seis chicos de Tonga se echaron al mar a pescar. (...) Sorprendidos por una enorme tormenta, su barco naufragó en una isla desierta. ¿Y qué hicieron los integrantes de aquella pequeña tribu? Un pacto para no pelearse nunca.[9]

El blog no citaba ninguna fuente, pero, tras varias horas más buscando, averigüé que la historia procedía de un libro del conocido anarquista Colin Ward: *The Child in the Country*, de 1988. Ward remitía, a su vez, a un informe de la política italiana Susanna Agnelli para alguna que otra comisión internacional.

De modo que me puse a buscar el informe, y hubo suerte. Una pequeña librería de segunda mano británica tenía un ejemplar. Dos semanas después, el cartero me lo trajo a casa. Me puse a hojear el documento frenéticamente y, en efecto, en la página 94 aparecía la historia.

Seis niños, solos en una isla desierta. Pero la formulación era otra vez la misma, los detalles eran los mismos y la autora tampoco citaba ninguna fuente.[10]

Se me ocurrió que tal vez podía preguntarle a Agnelli de dónde había sacado esa historia, pero entonces vi que había

fallecido en 2009. Tenía que pensar otra estrategia. Si aquello era un hecho real, tenía que haber algún artículo de prensa de 1977 que hablara de ello. Era posible, incluso, que los niños aún vivieran. Rastreé un archivo detrás de otro, pero no encontré nada.

A veces hace falta un poco de suerte. Un día metí mal la fecha en una hemeroteca digital. Sin darme cuenta, estaba buceando en los años 60, y ahí estuvo la clave, porque el año que aparecía en el informe de Agnelli, 1977, era una errata.

De pronto encontré un artículo del periódico australiano *The Age* fechado el 6 de octubre de 1966. El titular decía: SUNDAY SHOWING FOR TONGAN CASTAWAYS. (Emisión dominical sobre los náufragos de Tonga). El artículo hablaba de seis chicos rescatados tres semanas antes en la pequeña isla rocosa de 'Ata, al sur de Tonga, un archipiélago del océano Pacífico. Peter Warner, un capitán de barco australiano, los había encontrado más de un año después de su naufragio y había contactado incluso con la televisión para hacer un reportaje del caso, a cuya inminente emisión aludía el titular del artículo.

«Su aventura de supervivencia se considera ya uno de los grandes clásicos del océano», decía el periódico.

Me asaltaron mil preguntas. ¿Vivirían aún los niños? ¿Dónde podía encontrar el reportaje de televisión del que hablaba el artículo? Ahora, al menos, tenía el nombre del capitán que los rescató, Peter Warner. ¿Estaría todavía vivo? Y, en caso afirmativo, ¿cómo podía localizar a un anciano que vive en la otra punta del mundo?

Cuando me puse a buscar noticias relacionadas con el capitán australiano, me llevé una nueva sorpresa. En una edición reciente del *Daily Mercury*, un insignificante periódico de barrio de la ciudad australiana de Mackay, encontré un artículo con el siguiente titular: MATES SHARE 50-YEAR BOND (Una amistad de cincuenta años). Acompañaba el texto una pequeña foto-

grafía de dos hombres sonrientes, uno de ellos con el brazo alrededor de los hombros del otro. El artículo empezaba así:

> En lo más profundo de una plantación de plátanos de Tullera, cerca de Lismore, encontramos a dos amigos insólitos (...). Los dos tienen una mirada radiante y muestran una energía que contradice su edad. El mayor tiene 83 años y es hijo de un próspero industrial. El más joven tiene 67 años y es hijo de la naturaleza.[11]

¿Sus nombres? Peter Warner y Mano Totau. ¿Y de qué se conocían?

De una isla desierta.

3

Una mañana de septiembre, Maartje –mi mujer– y yo alquilamos un coche en Brisbane, en la costa este de Australia. Yo estaba muy nervioso, porque tenía que conducir por la izquierda (y había suspendido cinco veces el examen de conducir), pero, sobre todo, porque iba a conocer por fin a uno de los personajes clave de esta historia.

Al cabo de algo más de tres horas llegamos a nuestro destino. Estábamos en medio de la nada, un lugar tan apartado que ni siquiera aparecía en Google Maps. Pero allí estaba, sentado frente a una casita en un camino sin asfaltar: el capitán Peter Warner, el hombre que rescató a los seis jóvenes náufragos cincuenta años antes.

Antes de que cuente su historia hay un par de cosas que es importante saber sobre Peter, porque su vida es ya de por sí una auténtica novela. Peter es el hijo menor de Arthur Warner, cuyo enorme emporio, Electronic Industries, dominaba el mercado australiano de radios en los años 30 del siglo pasado.

En aquellos días, Arthur Warner era uno de los hombres más ricos y poderosos de Australia.

La idea era que Peter siguiera los pasos de su padre y se hiciera cargo de la empresa cuando este se jubilara, pero a los diecisiete años decidió irse de casa a buscar aventuras en el mar. «Prefería luchar contra los elementos que contra las personas», recordaría más tarde.[12]

Peter pasó los siguientes años surcando los siete mares. Viajó de Hong Kong a Estocolmo y de Pekín a San Petersburgo. Cuando volvió, cinco años después, el hijo pródigo le mostró a su padre con orgullo un certificado sueco de capitán de barco. El señor Warner, sin embargo, no pareció muy impresionado y le exigió a su hijo que aprendiera algo útil.

«¿Cuál es la carrera más fácil?», preguntó Peter.

«Contabilidad», mintió Arthur.[13]

Tras cinco años de clases en horario nocturno, Peter obtuvo por fin su diploma. Pero, aunque empezó a trabajar en la empresa de su padre, su corazón seguía anhelando una vida en el mar y siempre que podía se iba a Tasmania a navegar en uno de los pesqueros de su flota. Esa actividad secundaria fue lo que lo condujo a Tonga en el invierno de 1966. Peter había concertado una audiencia con el rey del pequeño archipiélago, porque quería pescar cangrejos en sus aguas, pero el monarca, Taufa'ahau Tupou IV, le denegó el permiso.

Decepcionado, Peter inició el viaje de regreso a Tasmania, pero decidió dar un pequeño rodeo para tratar de pescar algo fuera de las aguas territoriales de Tonga. Y entonces fue cuando vio una minúscula isla en medio de un inabarcable océano de un intenso color azul.

La isla de 'Ata. Peter sabía que allí hacía muchos años que no echaba el ancla ningún barco. Antiguamente, la isla había estado habitada, pero un oscuro día de 1863 apareció un barco de esclavos en el horizonte y se llevó a toda la población.

Desde entonces, 'Ata era una isla desierta sobre la que pesaba una maldición y había caído en el olvido.

Sin embargo, Peter observó algo extraño a través de sus prismáticos. Parte de la vegetación que cubría los acantilados estaba quemada. «Es muy poco común que se produzcan incendios por causas naturales en el trópico», nos dijo cincuenta años después, «de modo que decidí acercarme a echar un vistazo.» Cuando llegaron al lado occidental de la isla, uno de sus hombres lanzó una voz de alarma desde la cofa del barco.

«¡Oigo gritos de auxilio!»

«Tonterías», contestó Peter. «Son aves marinas.»

Pero entonces vio a un joven con los prismáticos. Estaba completamente desnudo y el pelo le llegaba hasta los hombros. Aquella especie de salvaje se tiró al agua desde las rocas, y varios jóvenes de aspecto igual de primitivo se lanzaron tras él pegando gritos.

Peter ordenó a sus hombres que cargaran los fusiles. En Polinesia era habitual abandonar criminales peligrosos en islas remotas.

El primero de los chicos no tardó en llegar a las proximidades del barco. «Me llamo Stephen», dijo en perfecto inglés. «Somos seis y llevamos aquí unos quince meses.»

En primera instancia, Peter se mostró escéptico. Cuando subieron todos a bordo, dijeron que eran alumnos de un internado de Nukualofa, la capital de Tonga. Estaban tan hartos de la comida del colegio que un día tomaron prestado un barco para salir a pescar y los sorprendió una tormenta.

Sí, claro, pensó Peter. Muy verosímil. Con la radio de a bordo llamó a Nukualofa. «Tengo aquí a seis chavales», le dijo al operador. «Si le doy los nombres, ¿podría usted llamar al colegio para ver si de verdad son alumnos?»

«Aguarde, por favor. No corte la comunicación.»

Pasaron veinte minutos, y por fin llegó la respuesta.

(Mientras nos contaba esto, sus ojos se humedecieron.)

«Un operador se puso al aparato. "¡Los habéis encontrado!", exclamó muy conmovido. "Hacía tiempo que los habían dado por muertos. Ya les habían hecho los funerales, ¡pero los habéis encontrado!"»

Le pregunté a Peter si había oído hablar de *El señor de las moscas*.

«Sí, lo he leído», contestó con una amplia sonrisa. «Pero esta es una historia muy distinta.»

4

Durante los siguientes meses traté de reconstruir con la mayor precisión posible lo que había ocurrido en la pequeña isla de 'Ata. A sus noventa años, Peter tenía aún una memoria excelente. Cotejé sus recuerdos con otras fuentes, y todo era tal y como él me lo había contado.[14]

Mi fuente más importante estaba a unas horas de carretera de Peter. Mano Totau, en el momento del naufragio un muchacho de quince años, estaba a punto de cumplir los setenta y conservaba una gran amistad con el capitán australiano. Unos días después de nuestro encuentro con Peter, nos recibió cordialmente a mi mujer y a mí en su taller de coches de Deception Bay, pocos kilómetros al norte del Brisbane.

El señor de las moscas del mundo real empezó en junio de 1965, nos contó Mano.

Los protagonistas eran seis niños de un estricto internado cristiano de Nukualofa, el St. Andrew's College. El mayor tenía dieciséis años, el menor, trece, y lo que tenían en común era que se aburrían como ostras. Todos querían vivir aventuras en vez de hacer exámenes, salir al mar en vez de apolillarse en el colegio.

Y, así, surgió la idea de escapar del internado. Querían ir a Fiyi, un archipiélago a unos mil kilómetros de distancia, o

incluso a Nueva Zelanda. «Otros chicos del colegio sabían lo que estábamos tramando», nos dijo Mano, «pero pensaban que era todo una broma.»

El único problema era que no tenían barco, de modo que decidieron tomar «prestado» el velero del señor Taniela Uhila, un pescador al que todos tenían tirria.

No se tomaron mucho tiempo para preparar el viaje. Llevaron dos bolsas de plátanos, unos cuantos cocos y una cocinilla de gas. A nadie se le ocurrió llevar cartas náuticas y ni siquiera se les pasó por la cabeza que tal vez necesitaran una brújula. Experiencia de navegación tampoco es que tuvieran mucha. El único que sabía manejar un barco era David, el más joven («Por eso querían que fuera con ellos», recordaría luego).[15]

El viaje empezó muy bien.

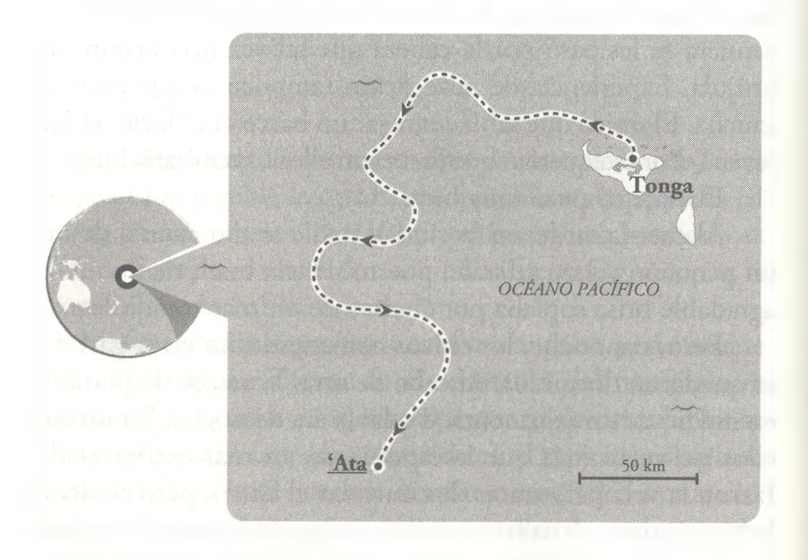
Al caer la tarde, en la ciudad nadie se dio cuenta de que un pequeño velero salía del puerto. Hacía buen tiempo. Una agradable brisa soplaba por encima de un mar tranquilo.

Pero, esa noche, los chicos cometieron un error garrafal: se quedaron dormidos. Al cabo de unas horas, se despertaron en medio de una tormenta. Todavía era de noche. En torno a ellos no veían más que la espuma de un mar embravecido. Izaron la vela para tratar de controlar el barco, pero el viento la hizo jirones. A continuación se rompió el timón. «Cuando volvamos a casa», bromeó Sione, el más mayor, «tenemos que decirle a Taniela que su barco está tan viejo y tiene tan mal genio como él.»[16]

Durante los días siguientes, sin embargo, tuvieron pocos motivos para reír. «Estuvimos ocho días a la deriva», nos contó Mano. «Sin agua y sin comida.» Trataron de pescar algo. Con las cáscaras de los cocos recogían agua de lluvia y la compartían equitativamente. Un trago por la mañana y un trago por la noche. Sione intentó hervir agua del mar con la cocinilla, pero el aparato volcó y le causó una enorme quemadura en la pierna.

El octavo día, cuando ya estaban al límite de sus fuerzas, se produjo el milagro. Vieron tierra en el horizonte. Una pequeña isla. Pero aquello no era ningún paraíso tropical con playas de arena blanca y frondosas palmeras, sino una enorme roca que se elevaba 350 metros por encima del nivel del mar.

Ocho días a la deriva en el océano
El viaje de los seis niños hasta la isla de 'Ata



Hasta el día de hoy, la isla de 'Ata se considera un lugar inhabitable. Un aventurero español curtido en mil batallas lo experimentó en sus propias carnes hace unos años. Quería averiguar si era un buen lugar para las simulaciones de naufragio que organiza para gente rica con necesidades extrañas. El buen hombre solo aguantó nueve días. Cuando un periodista le preguntó si iba a incluir aquella roca entre los destinos de su empresa, su respuesta fue categórica.

«Ni loco. Las condiciones de esa isla son demasiado duras.»[17]

Los niños de Tonga, sin embargo, consiguieron adaptarse. «Cuando llegamos nosotros», escribió el capitán Peter en sus memorias, «los chicos habían montado una pequeña comuna con un huerto, troncos huecos para recoger agua de lluvia, un gimnasio con pesas de lo más curiosas, una pista de bádminton, jaulas de gallinas y fuego permanente, todo a base de trabajo manual, con un cuchillo viejo y mucha determinación.»[18]

Fue Stephen –que más tarde sería ingeniero– quien, tras muchos intentos, logró hacer fuego con dos palos. En *El señor de las moscas,* la novela, el fuego es motivo de discusión entre los niños, porque algunos lo dejan desatendido. Los náufragos de Tanga, sin embargo, lograron mantener vivas las llamas durante todo el tiempo que estuvieron allí. Más de un año.

Se pusieron de acuerdo para trabajar por parejas y elaboraron un horario muy estricto con turnos de trabajo. Dos cuidaban el huerto, dos cocinaban y dos ejercían de vigías. A veces discutían entre ellos, pero, cuando eso ocurría, cada uno se iba a una punta de la isla, hasta que se les pasaba el enfado. «Al cabo de tres o cuatro horas reuníamos de nuevo a los implicados en la pelea», nos explica Mano, «y les decíamos: "Ahora, os pedís perdón." Así era como conservábamos la concordia.»[19]

Todos los días, al principio y al final de la jornada, rezaban y cantaban. Uno de ellos, Kolo, fabricó una especie de guitarra con un trozo de madera, las dos mitades de una cáscara de coco y seis cuerdas de acero del barco. Peter todavía tiene en su poder el rudimentario instrumento. La música de Kolo los ayudaba a conservar el ánimo.

Y buena falta les hacía. Durante el verano apenas llovió y pasaron mucha sed. En un momento dado trataron de abandonar la isla en una balsa, pero las olas destruyeron su precaria embarcación casi de inmediato.[20] Y, una vez, durante una fuerte tormenta, un árbol cayó encima de su cabaña.

Pero lo peor fue que, un día, Stephen se resbaló, se cayó por un acantilado y se rompió una pierna. Entre todos lo su-

bieron de nuevo y le inmovilizaron la pierna herida con ramas y hojas. «No te preocupes», le dijo Sione con una sonrisa. «Nosotros nos encargamos de tu trabajo mientras tú descansas ahí como el mismísimo rey Taufa'ahau Tupou.»[21]

El rescate llegó por fin el 11 de septiembre de 1966.

Para entonces, los chicos estaban en plena forma. El médico local, Posesi Fonua, los sometió a un chequeo y se sorprendió de lo fuertes que estaban y lo bien que se había curado la pierna de Stephen.

Pero la aventura no había terminado todavía. Cuando llegaron a Nukualofa los estaba esperando la policía, y no porque estuvieran locos de contentos de ver regresar a seis hijos de la comunidad que llevaban un año y medio en paradero desconocido, sino porque Taniela Uhila, el pescador cuyo barco habían tomado «prestado» quince meses antes, todavía estaba furioso y había presentado cargos contra ellos. Los agentes subieron al barco de Peter, arrestaron a los seis chicos y los metieron en la cárcel.

Por suerte para ellos, Peter tenía un plan. Sabía que aquel naufragio era un guión perfecto para una película de Hollywood. Seis niños solos en una isla... la gente hablaría de aquello durante años. Y él tenía contactos en el mundo de la televisión, porque, en su trabajo de contable en la empresa de su padre, tenía que negociar con frecuencia derechos de películas.[22]

Sabía muy bien, por tanto, lo que tenía que hacer. Desde Tonga llamó al director de Channel 7, en Sydney, y le ofreció en exclusiva los derechos australianos. Los derechos internacionales se los reservó él. «Lo que tenemos que hacer ahora», le dijo, «es liberar a esos chicos de la cárcel y llevarlos de vuelta a la isla con vuestro equipo de rodaje.» A continuación, Peter le ofreció a Uhila 150 libras de indemnización por su viejo velero y consiguió que les concedieran la libertad a los chicos, con la condición de que colaboraran en el rodaje del documental.

Unos días después llegó el equipo de Channel 7 en un viejo DC3 que volaba una vez por semana a Tonga. «Del avión bajaron tres tipos de esos que trabajan en la tele, con sus trajes de urbanita y sus zapatos de punta», nos contó Peter a Maartje y a mí sin poder reprimir la risa.

Cuando llegaron a 'Ata con los seis chicos, los miembros del equipo de rodaje ya estaban pálidos y con el estómago al revés. Y, encima, no sabían nadar. «No os preocupéis», les dijo Peter. «Estos chicos os salvan.»

El capitán acercó a los pobres hombres en una chalupa hasta el punto más próximo posible a las rocas y les dijo: «Aquí es donde tenéis que desembarcar.»

Cincuenta años después, mientras nos contaba esto, a Peter se le saltaron otra vez las lágrimas. Pero esta vez de la risa. «De modo que los empujé al agua y los tres señoritos de la tele empezaron a hundirse. Los chavales se tiraron a por ellos y los arrastraron por las olas hasta las rocas.»

A continuación tenían que subir por el acantilado, lo cual les llevó un día entero. Cuando por fin llegaron arriba, los tres tipos de Channel 7 ya no podían ni con su alma. En esas circunstancias, el documental sobre el naufragio acabó en fiasco. Las imágenes estaban mal grabadas y gran parte de las cintas de 16 milímetros no sobrevivieron el viaje de regreso. Al final solo se salvaron treinta minutos. «Bueno», suspiró Peter, «veinte minutos de documental y diez de publicidad.»

Cuando me enteré de que Channel 7 había rodado un documental, me pregunté si todavía estaría en algún archivo. Peter no tenía ninguna copia. Cuando volví a Holanda me puse en contacto con una agencia de estudios históricos especializada en la búsqueda y restauración de viejos programas de televisión. Pero, a pesar de todos los esfuerzos que hicieron y todos los hilos que movieron, el documental no aparecía por ningún sitio.

Peter me puso en contacto entonces con otro productor de cine independiente, un tal Steve Bowman, que había visitado a los protagonistas del naufragio en 2006. Steve no se podía creer que esta historia todavía no fuera conocida en el mundo entero. Su propio documental ni siquiera se llegó a emitir, porque la distribuidora había quebrado antes de tiempo, pero tuvo la amabilidad de compartir conmigo sus entrevistas con los náufragos en crudo, sin montar. Además, me puso en contacto con Sione, el mayor de todos, y me dijo que él tenía la única copia original del documental de Channel 7.

«¿Podría verlo?», le pregunté.

«Por supuesto», contestó.

Y allí estaba yo, varios meses después de leer la historia de los seis niños de Tonga en las profundidades de internet, viendo imágenes de 1966 en mi ordenador. «Mi nombre es Sione Fataua», empezaba el documental. «En junio de 1965 naufragué en esta isla con otros cinco alumnos del St. Andrew's College.»

La alegría fue enorme cuando los chicos se reunieron por fin con sus familias en Tonga. La práctica totalidad de los novecientos habitantes de la isla de Ha'afeva salieron a recibirlos. «Tan pronto como terminaba una fiesta», dice el narrador del documental de 1966 de Channel 7, «empezaban los preparativos para la siguiente.»

Peter se convirtió en un héroe nacional. El rey, Taufa'ahau Tupou IV, lo invitó a una nueva audiencia. «Gracias por rescatar a seis de mis súbditos», le dijo. «¿Hay algo que pueda hacer por usted?»

El capitán no tuvo que pensar mucho. «Sí, me gustaría venir a pescar cangrejos en estas aguas y abrir aquí una empresa.»

El rey le concedió la ansiada licencia de pesca. Peter volvió a Sydney, dejó el trabajo en la empresa de su padre y

encargó la construcción de un nuevo barco. Entonces llamó a los seis náufragos para ofrecerles lo que buscaban cuando se echaron al mar: una oportunidad de conocer mundo. Sione, Stephen, Kolo, David, Luke y Mano se convirtieron en la tripulación del nuevo barco de pesca de Peter, que bautizó con el nombre de *ATA*.

5

Eso fue lo que ocurrió cuando se dieron en el mundo real las circunstancias que describe *El señor de las moscas*.

Y resulta que es una historia entrañable. Una historia sobre la que debería haber canciones, novelas, obras de teatro y superproducciones cinematográficas.

Sin embargo, es una historia desconocida. Mientras el libro de William Golding se sigue leyendo en todo el mundo, los chicos de 'Ata han permanecido anónimos. Algunos historiadores consideran a Golding incluso el padre espiritual de uno de los géneros más populares de la televisión: la telerrealidad.

Ese tipo de programas, desde *Gran Hermano* hasta *La isla de las tentaciones,* giran en torno a la idea de que el ser humano se comporta como un salvaje que da rienda suelta a sus instintos más primigenios tan pronto como se eliminan las barreras de la sociedad. «He leído y releído *El señor de las moscas* muchas veces», dijo en una ocasión el creador de *Supervivientes,* otra popular serie de telerrealidad. «Lo leí con doce años, con veinte y con treinta, y lo volví a leer cuando creamos el programa.»[23]

The Real World, de la MTV, fue el programa con el que empezó todo. Desde 1992, cada capítulo empieza con un participante que dice: «Esta es la verdadera historia de siete extraños (...). Descubre lo que ocurre cuando la gente deja

de lado los buenos modales y empieza a comportarse como es en realidad.»

Mentiras, engaños, insultos y ofensas: eso es lo que nos ofrecen como «realista» y «auténtico». Sin embargo, quien profundiza un poco en la producción de ese tipo de programas, se queda perplejo de la cantidad de artimañas que son necesarias para sacar a relucir lo peor de cada uno. Los organizadores mienten a los participantes, los emborrachan y traman todo tipo de intrigas para enemistarlos entre ellos.

El programa americano *Kid Nation* soltó una vez a cuarenta adolescentes en una ciudad abandonada con la esperanza de que se organizara la gresca. Pero eso no era lo que ocurría si los dejaban a su aire. «Una y otra vez comprobaban que nos llevábamos bien», recordaría más tarde uno de los participantes, «y tenían que inventar algo para que nos enfrentáramos.»[24]

Tal vez estés pensando: «Bah, ¿qué más da? La gente sabe que es un espectáculo.»

Pero una historia casi nunca es una simple historia. Las historias que nos contamos funcionan muchas veces como nocebos. Según un estudio reciente del psicólogo Bryan Gibson, ver programas de telerrealidad del tipo de *El señor de las moscas* puede estimular la agresividad de los espectadores.[25] Hay una relación mayor entre ver imágenes violentas de niño y mostrar actitudes agresivas de adulto que entre el amianto y el cáncer o entre el consumo de calcio y la masa ósea.[26]

Más claro aún es el efecto del cinismo en nuestra imagen del mundo. Un equipo de investigadores británicos hizo un estudio entre chicas y descubrió que, cuantos más programas de telerrealidad veían, más propensas eran a afirmar que para salir adelante en la vida hay que ser falsa y despiadada.[27] «Quienes cuentan las historias de una cultura», dijo en una ocasión George Gerbner, experto en medios de comunicación, «controlan el comportamiento del ser humano.»[28]

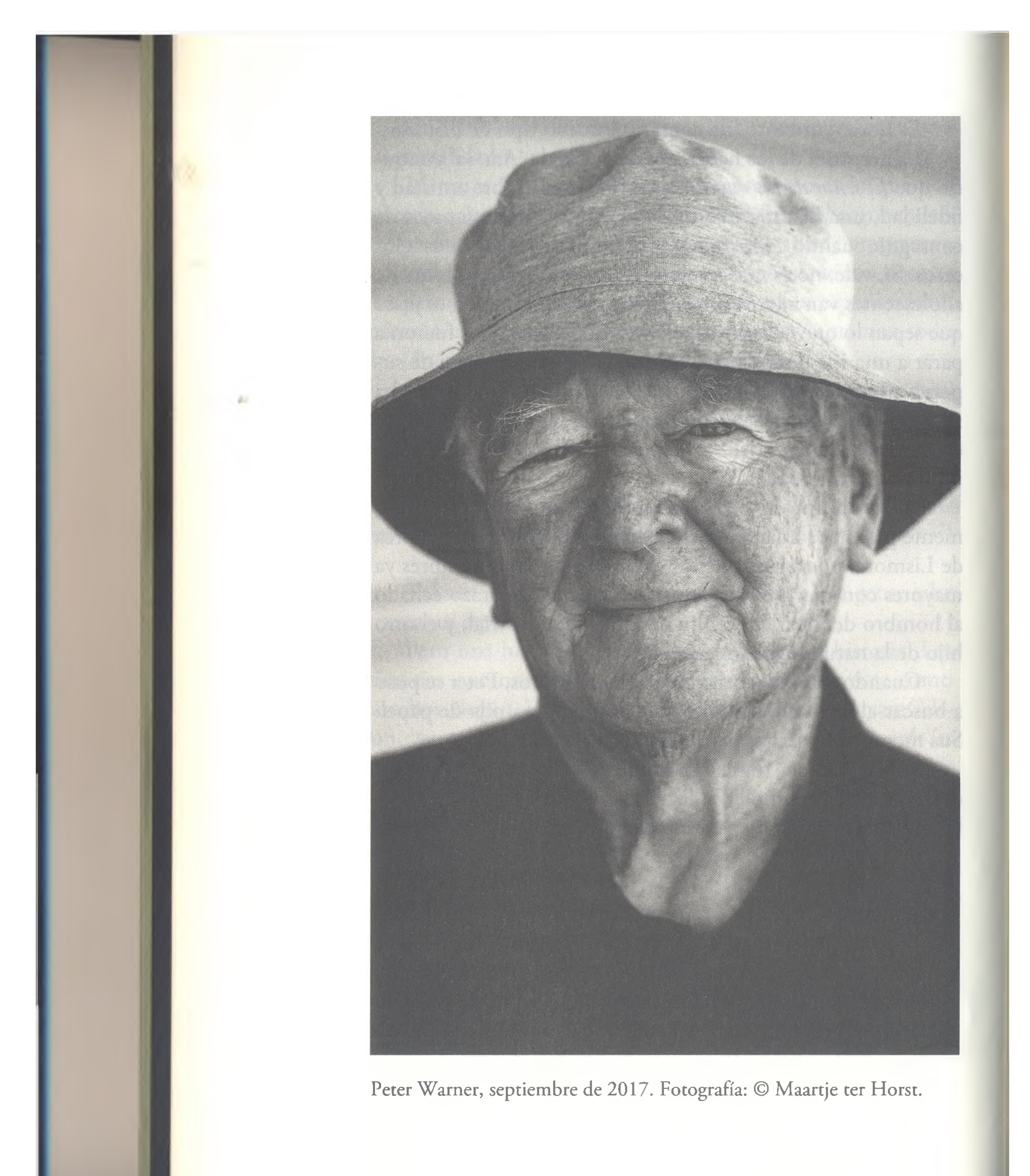
Es hora, por tanto, de contar un nuevo tipo de historias.

La aventura de los náufragos de la isla de 'Ata –al contrario que *El señor de las moscas*– es una historia sobre amistad y fidelidad, una historia que muestra lo que somos capaces de conseguir cuando cooperamos y nos apoyamos los unos a los otros. Sí, vale, no es más que una historia. Pero si millones de adolescentes van a leer *El señor de las moscas,* también es justo que sepan lo que ocurrió aquella vez que unos niños fueron a parar a una isla desierta en el mundo real. «Su historia de supervivencia se convirtió en uno de los ejemplos que usaba siempre en las clases de formación cívica», contaba el profesor de los seis náufragos del St. Andrew's College. «Mis alumnos no se cansaban de oírla.»[29]

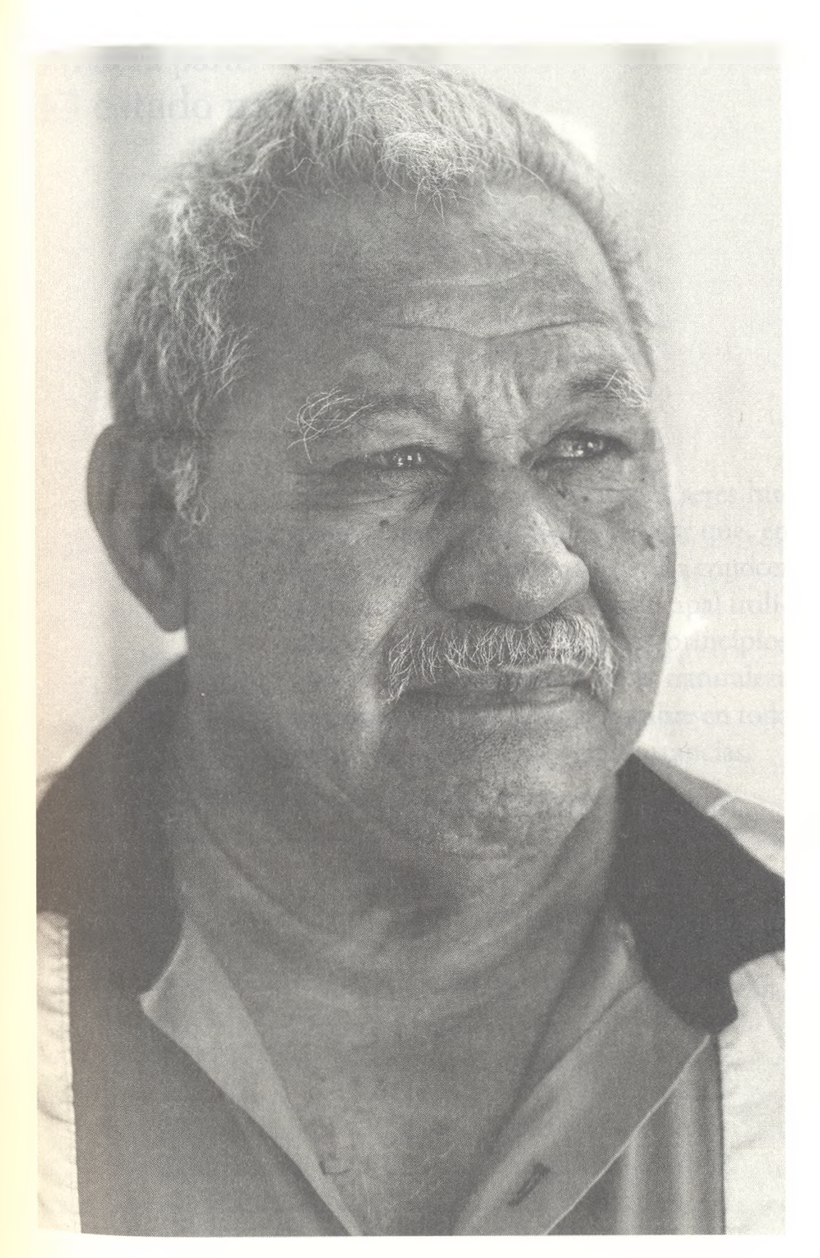
Peter y Mano no perdieron nunca el contacto. Si casualmente pasas por una plantación de plátanos de Tullera, cerca de Lismore, podría ser que los vieras juntos. Dos hombres ya mayores con una amplia sonrisa en la cara y el brazo echado al hombro del otro. Uno hijo de un gran industrial, y el otro hijo de la naturaleza. Amigos de por vida.

Cuando mi mujer terminó de hacerle fotos, Peter se puso a buscar algo en un armario y me entregó una pila de papel. Sus memorias, escritas para sus hijos y sus nietos.

Leí la primera frase. «La vida me ha enseñado muchas cosas», ponía, «incluida la lección de que siempre hay que buscar el lado bueno y positivo de las personas.»



Peter Warner, septiembre de 2017. Fotografía: © Maartje ter Horst.



Manu Totau, septiembre de 2017. Fotografía: © Maartje ter Horst.

Primera parte
El estado natural

Hasta tal punto son iguales los seres humanos en todo momento y lugar que, en ese sentido, la historia no nos da a conocer nada nuevo o extraño. Su principal utilidad es tan solo descubrir los principios universales y constantes de la naturaleza humana, al mostrarnos al hombre en toda suerte de situaciones y circunstancias.

DAVID HUME (1711-1776)

¿Es la entrañable historia de los chicos de 'Ata una excepción o representa algo más grande? ¿Se trata de una simple anécdota aislada o es, por el contrario, una certera ilustración de la naturaleza humana?

En otras palabras: ¿tiene el ser humano inclinación al bien o al mal?

Esa es una pregunta que se llevan planteando los grandes filósofos desde hace siglos. En 1651, el pensador británico Thomas Hobbes (1588-1679) publicó *Leviatán,* un libro que causó un auténtico terremoto en el mundo occidental. Hobbes fue acusado de herejía, perseguido y juzgado, pero todavía conocemos su nombre y su obra, mientras que sus mojigatos censores han caído en el olvido. *Historia de la filosofía occidental* de Oxford define *Leviatán* como «la obra de filosofía política más importante jamás escrita».

El filósofo francés Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) también se metía en un lío con cada tratado que escribía. Lo acusaron de subversión, quemaron sus libros y se emitió una orden de arresto contra él. Pero, una vez más, nadie se acuerda de los estrechos de mente que lo acosaron, mientras que su nombre y su obra siguen teniendo plena vigencia.

Hobbes y Rousseau nunca se conocieron. Cuando Rous-

seau nació, Hobbes ya llevaba treinta y tres años muerto. Sin embargo, infinidad de teóricos los sitúan juntos en un imaginario cuadrilátero de boxeo filosófico. En una esquina tenemos a Hobbes, el pesimista convencido de que el hombre es perverso por naturaleza y la civilización es lo único que puede salvarnos de nuestros instintos animales. Y en la otra esquina se prepara para el combate Rousseau, el hombre que llegó a la conclusión de que el hombre es bueno por naturaleza y que era precisamente la civilización lo que nos había corrompido.

Aunque no hayas oído hablar nunca de ellos, las ideas antagonistas de estos dos titanes de la filosofía constituyen la base de todos nuestros conflictos sociales. No se me ocurre otro debate en el que haya tanto en juego. Internados o escuelas libres, penas más duras o mejores servicios de reintegración, directores generales con puño de hierro o equipos autogestionados, familias tradicionales con el hombre como único sostén económico o papás con mochilas portabebés. Es casi imposible encontrar un tema de discusión social que no se pueda reducir a la oposición entre las ideas de Thomas Hobbes y Jean-Jacques Rousseau.

Empecemos por Thomas Hobbes. El filósofo británico fue uno de los primeros en afirmar que, si queremos saber cuál es nuestra auténtica naturaleza, tenemos que estudiar la forma de vida de nuestros antepasados. Imagina que pudiéramos viajar cincuenta mil años atrás en el tiempo. ¿Cómo éramos cuando vivíamos en grupos de cazadores-recolectores? ¿Cómo nos comportábamos cuando aún no había leyes ni jueces ni agentes de policía o cárceles?

Hobbes creía tener la respuesta. «*Read thyself*», escribió. Es decir, «léete», o, dicho de otra forma, estudia tus emociones y tus miedos y «sabrás cuáles son los pensamientos y las emociones de otros hombres en situaciones similares».[1]

Hobbes se leyó a sí mismo y estableció un diagnóstico nigérrimo del hombre.

Antes, argumentaba, éramos libres. No teníamos restricciones, y las consecuencias eran terribles. La vida del hombre en su estado natural era, según sus palabras: «solitaria, pobre, sucia, salvaje y breve».[2] Según Hobbes, había una razón muy sencilla para ello: el motor del ser humano es el miedo. El miedo a los demás y el miedo a la muerte. Buscamos la seguridad y vivimos dominados por «un perpetuo y ansioso deseo de más y más poder que solo se extingue con la muerte».[3]

El resultado de todo ello, según Hobbes, era «una guerra de todos contra todos».[4] *Bellum omnium in omnes.*

Pero no temas, continuaba, porque es posible poner fin a la anarquía e instaurar la paz. La única condición para ello es que renunciemos a nuestra libertad. Tenemos que poner nuestro cuerpo y alma en manos de un único soberano. A ese soberano, Hobbes lo llamó «leviatán», como un monstruo marino de la Biblia.

Con ello, el pensador británico sentó la base filosófica de un argumento que repetirían miles, no, millones de veces a lo largo de la historia dictadores y generales, directores de empresas y ministros: «Dadnos el poder, o todo irá mal.»

Casi cien años después, un músico desconocido llamado Jean-Jacques Rousseau fue dando un paseo hasta la prisión de Vincennes, a las afueras de París. Iba a visitar a su amigo Denis Diderot, un filósofo pobre encerrado entre rejas por una broma sobre la *maîtresse* de un ministro.

Rousseau hizo un alto en el camino para descansar y se sentó a la sombra de un árbol a hojear la última edición del *Mercure de France.* Entonces ocurrió algo que cambiaría su vida. Su mirada se detuvo en un anuncio. Era una convocatoria de la Academia de Dijon para un concurso de ensayos sobre el siguiente tema:

¿Ha contribuido el desarrollo de las artes y las ciencias a una forma de moral más elevada?

Rousseau supo la respuesta de inmediato. «En el momento en que leí ese anuncio», escribiría más tarde, «vi un universo distinto y me convertí en otro hombre.»[5] De pronto se dio cuenta de que la civilización –la sociedad civil– no era una bendición, sino un veneno. Justo en aquel momento, cuando iba a visitar a un amigo inocente encerrado en la cárcel, comprendió que «el hombre es bueno por naturaleza, y que son ese tipo de instituciones las que nos corrompen».[6]

Su ensayo obtuvo el primer premio.

Durante los años siguientes, Rousseau se convirtió en uno de los filósofos más importantes de su tiempo. Y debo decir que sigue siendo un placer leer sus escritos. Rousseau no solo fue un gran pensador. También tenía una pluma excelente. Veamos, como botón de muestra, este mordaz pasaje sobre la invención de la propiedad privada:

> El primer hombre que cercó un terreno y se atrevió a decir: «esto es mío», y a continuación encontró a gente lo bastante ingenua como para creerlo, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras y asesinatos, cuántos horrores y desventuras se habría evitado la humanidad si en aquel momento alguien hubiera arrancado las estacas o cegado el foso y hubiera advertido a los demás: «¡Guardaos de prestarle los oídos a ese impostor! ¡Si algún día olvidamos que los frutos de la tierra nos pertenecen a todos y que la tierra misma no es de nadie, estamos perdidos!»[7]

Según Rousseau, todo se echó a perder en el momento en que el hombre creó la sociedad civil. La agricultura, la ciudad y el Estado no nos habían liberado del caos y la anarquía, más

bien nos habían esclavizado y condenado a una vil existencia. Y la invención de la escritura y la imprenta no habían hecho sino empeorar las cosas: «Por culpa de la imprenta», escribió, «las peligrosas ideas de Hobbes (...) perdurarán en el tiempo.»[8]

Antes todo era mejor. Rousseau creía que en nuestro «estado natural», cuando aún no había reyes ni burócratas, éramos seres compasivos. Ahora, sin embargo, nos habíamos convertido en unos egoístas y unos cínicos. Antes éramos fuertes y estábamos sanos. Ahora carecíamos de estímulos y descuidábamos nuestro cuerpo. La civilización había sido un gran error. No teníamos que haber renunciado nunca a nuestra libertad.

Con ello, Rousseau sentó la base filosófica de un argumento que repetirían miles, no, millones de veces a lo largo de la historia anarquistas y agitadores, rebeldes y ácratas: «Dadnos la libertad, o todo irá mal.»

Y aquí estamos, tres siglos después.

Pocos filósofos han tenido tanta influencia como Hobbes y Rousseau en nuestra política, nuestro sistema educativo y nuestra imagen del mundo. Las ciencias económicas están basadas desde su origen en la visión hobbesiana del hombre como ser racional y egoísta. Rousseau, por su parte, ha ejercido una enorme influencia en la pedagogía, pues consideraba que los niños deben crecer con la mayor libertad posible (una idea revolucionaria en el siglo XVIII).

Hasta el día de hoy, Hobbes y Rousseau son los padres primigenios de conservadores y progresistas, realistas e idealistas. Cuando un idealista aboga por mayor libertad e igualdad, Rousseau escucha en actitud aprobadora. Y cuando un cínico protesta y arguye que esos impulsos solo pueden avivar la llama de la violencia, Hobbes asiente satisfecho.

Las obras de estos dos filósofos no son lectura ligera. Sobre todo en el caso de Rousseau, hay muchas interpretaciones posibles. Pero ahora disponemos de los medios para someter

a un análisis más profundo sus principales puntos de disputa. Hobbes y Rousseau solo podían especular desde sus sillones de filósofo. Nosotros, sin embargo, tenemos a nuestra disposición datos científicos acumulados durante muchas décadas.

En la primera parte de este libro voy a tratar de determinar cuál de los dos tenía razón. ¿Debemos felicitarnos por haber dejado atrás nuestro estado natural? ¿O es cierto que antes éramos «buenos salvajes»?

Hay pocas preguntas de las que dependan tantas cosas.

3. EL METEÓRICO ASCENSO DEL *HOMO CACHORRITO*

1

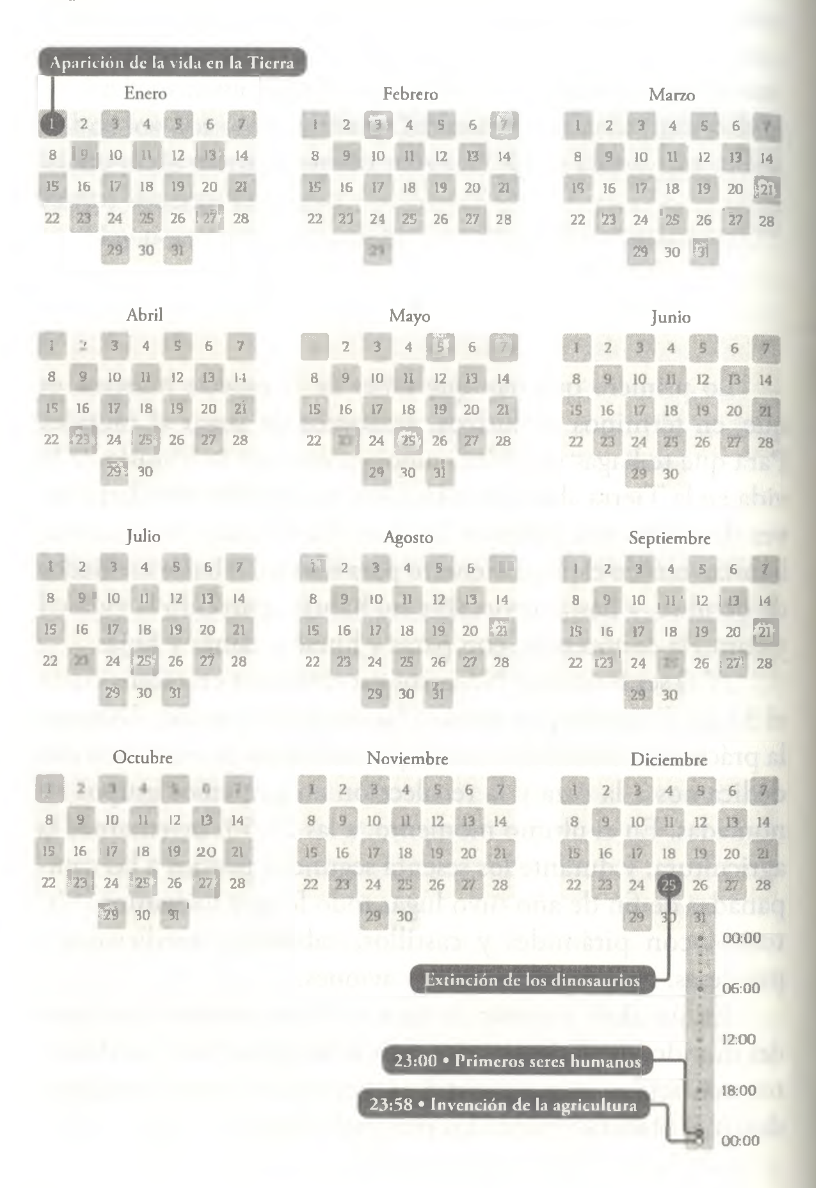
Lo primero que hay que saber de la especie humana es que, en términos evolutivos, acabamos de llegar al mundo. Para que te hagas una idea, supongamos que la historia de la vida en la Tierra abarcara solamente un año de calendario, en vez de cuatro mil millones de años. En ese caso, las bacterias habrían tenido el planeta entero para ellas solas hasta mediados de octubre, y hasta noviembre no habría aparecido la vida tal y como la conocemos, con patas y huesos, ramas y hojas.

¿Y el ser humano? Nosotros no entramos en escena hasta el 31 de diciembre, en torno a las once de la noche. Durante la práctica totalidad de nuestra primera hora de existencia nos dedicamos a la caza y la recolección en pequeños grupos de nómadas. En el último momento, a las 23:58, inventamos la agricultura, y durante los sesenta segundos previos a las campanadas de fin de año tuvo lugar todo lo que llamamos «historia», con pirámides y castillos, caballeros medievales y princesas, máquinas de vapor y aviones.

En un abrir y cerrar de ojos, el *Homo sapiens* se adueñó del mundo, desde las tundras más inhóspitas hasta los desiertos más áridos, y se convirtió en la primera especie en abandonar el planeta y poner los pies en la Luna.

Historia de la vida en la Tierra (4.000 millones de años)

Representada en un año de calendario



Pero ¿por qué nosotros? ¿Por qué no fue el primer astronauta un plátano, una vaca o un chimpancé?

La pregunta no es tan absurda como pueda parecer. Genéticamente somos en un 60 por ciento idénticos a los plátanos, en un 80 por ciento a las vacas y en un 99 por ciento a los chimpancés. ¿Por qué tienen consecuencias tan grandes, entonces, esas pequeñas diferencias genéticas? El hecho de que seamos nosotros quienes ordeñan a las vacas, en vez de ellas a nosotros, no es tan lógico como creemos. Y también podían haber sido los chimpancés quienes nos encierran a nosotros en jaulas, en vez de a la inversa.

Durante mucho tiempo pensamos que nuestra posición privilegiada en el reino animal formaba parte del plan de Dios. Los seres humanos éramos más inteligentes y más nobles que cualquiera de las demás especies. Éramos superiores, ocupábamos la cima de la creación.

Pero supongamos que hace diez millones de años (es decir, el 30 de diciembre) hubiera llegado un extraterrestre a nuestro planeta. ¿Habría sido capaz de predecir el meteórico ascenso del *Homo sapiens?* Imposible. De hecho, el género *Homo* ni siquiera existía todavía. La Tierra era, literalmente, *El planeta de los simios.* Todavía no había nada ni remotamente parecido a una ciudad, un libro o un cohete.

La incómoda realidad es que nosotros, a pesar de lo especiales y superiores que nos consideramos respecto a todas las demás formas de vida, también somos el producto de un proceso aleatorio: la evolución. Formamos parte de una ruidosa familia de seres peludos también conocidos como primates. Hasta diez minutos antes de medianoche teníamos incluso compañía de otros homínidos que desaparecieron de forma misteriosa.

Todavía recuerdo muy bien el momento en que empecé a comprender las implicaciones de la teoría de la evolución.

Tenía diecinueve años. Escuché una clase universitaria sobre Charles Darwin en mi iPod, y estuve una semana entera deprimido. En el instituto ya nos habían enseñado lo que decía el famoso biólogo británico, por supuesto. Pero yo iba a un colegio religioso y el profesor de biología nos presentó la evolución como una teoría más, una idea imprecisa y sin demasiado fundamento. *Quod non.*

Los ingredientes básicos para la evolución de las especies están claros. Hacen falta tres cosas:

- Mucho sufrimiento
- Mucha lucha
- Mucho tiempo

De forma muy resumida, la cosa consiste en que los animales tienen muchas más crías de las que pueden alimentar. Los individuos que están un poco mejor adaptados para el entorno en el que se encuentran (por ejemplo, porque tienen más pelaje para protegerse contra el frío o un color que les permite camuflarse mejor) tienen más posibilidades de sobrevivir y, por tanto, de procrearse. Ahora imagínate una carrera épica por la supervivencia en la que trillones de hermanitos y hermanitas se quedan por el camino. Si la carrera dura lo suficiente, pongamos cuatro mil millones de años, minúsculas diferencias aleatorias entre los progenitores y sus crías acaban dando lugar a un enorme árbol de la vida con infinidad de especies de flora y fauna.

Eso es todo. Simple, pero genial.

Durante su juventud, Darwin se había planteado la posibilidad de meterse a sacerdote, pero sus observaciones como biólogo le hicieron perder la fe en Dios. No era capaz de conciliar la crueldad de la naturaleza con el relato bíblico de la creación. Mira, por ejemplo, las avispas parasitoides, escribió Darwin, un insecto que pone sus huevos en el interior de una

oruga viva. Las larvas, a continuación, se comen por dentro a la oruga, que sufre una muerte lenta y terriblemente dolorosa.

¿Qué clase de mente enferma podría haber concebido una cosa así?

Nadie. Porque nadie ha concebido ni diseñado nada. El dolor, el sufrimiento y la lucha son los motores de la evolución, eso es todo. No son difíciles de comprender, por tanto, los motivos por los que Darwin aplazó durante años la publicación de su teoría. En una carta a un amigo decía que era como «confesar un asesinato».[1]

Hasta el día de hoy, la teoría de la evolución sigue siendo una idea más bien sombría. En 1976, Richard Dawkins, otro biólogo británico, publicó su obra maestra sobre el papel esencial que desempeñan los genes en la evolución de las especies: *El gen egoísta.* Es un libro deprimente. Si quieres mejorar el mundo, dice Dawkins, más vale que te hagas a la idea de que no vas a contar con mucha ayuda de la naturaleza. «Hagamos un esfuerzo por transmitir valores como la generosidad y el altruismo», escribe, «porque nacemos egoístas.»[2]

Cuarenta años después de su publicación, los lectores británicos eligieron *El gen egoísta* como el libro científico más influyente de la historia.[3] Un lector tras otro quedaba sumido en una profunda depresión después de leer la última página y cerrar el libro. «Ofrece una mirada inquietante y pesimista de la naturaleza humana (...) pero no se me ocurre ni un solo argumento para refutar su teoría», escribió uno de los lectores. «Ojalá pudiera "desleerlo".»[4]

Y aquí estamos, los *Homo sapiens,* el producto de un larguísimo y escalofriante proceso. De todas las especies que ha habido en nuestro planeta, el 99,9 por ciento ya se ha extinguido, pero nosotros seguimos aquí. Hemos conquistado el mundo, y tal vez acabemos conquistando la Vía Láctea.

Pero ¿por qué nosotros?

A lo mejor es que nuestros genes son los más egoístas de todos. Tal vez seamos más fuertes y más inteligentes que nadie, más taimados y despiadados que cualquier otra especie.

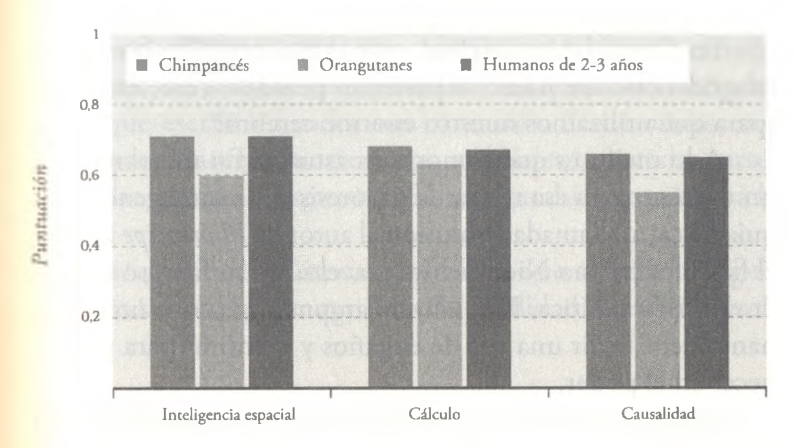
Sin embargo, hay algo que no cuadra. Para empezar, no somos tan fuertes. Un chimpancé es capaz de rompernos la crisma sin despeinarse y un toro nos empala con los cuernos a la mínima que nos despistemos. Los seres humanos somos más bien flojos y lentos. Ni siquiera somos capaces de trepar a un árbol y al nacer estamos completamente indefensos.

¿Será entonces que somos los más inteligentes? A primera vista, eso es lo que parece. El *Homo sapiens* tiene un cerebro muy voluminoso que consume energía como una sauna en el Polo Norte. Nuestro cerebro consume el 20 por ciento de las calorías que ingerimos, a pesar de que solo representa el 2 por ciento del peso de nuestro cuerpo.[5]

Pero ¿de verdad somos tan geniales? Cuando hacemos una operación aritmética compleja o un dibujo interesante, la mayoría de las veces es porque lo hemos aprendido de otro. Yo, por ejemplo, sé contar hasta diez, lo cual tiene mucho mérito, no digo que no. Pero dudo que hubiera sido capaz de desarrollar yo solo un sistema numérico.

Los científicos llevan años tratando de determinar cuál es el animal más inteligente por naturaleza. Para ello, diseñan pruebas específicas y comparan nuestros resultados con los de otros primates, como chimpancés y orangutanes. (Para este tipo de estudios se utilizan normalmente niños de entre dos y tres años, que apenas han tenido tiempo de plagiar a otros.) Un equipo de investigadores alemanes desarrolló un total de 38 pruebas para medir la inteligencia espacial, la capacidad de cálculo y la correcta comprensión de relaciones de causa y efecto.[6] Estos fueron los resultados:

¿De verdad es tan inteligente el ser humano?
Resultados en tres pruebas de inteligencia



En efecto, los niños de entre dos y tres años obtienen los mismos resultados que los monos del zoológico. Pero la cosa es mucho más grave, porque en memoria tampoco superamos a los primates. La memoria de trabajo y la velocidad de procesamiento de información se consideran los pilares fundamentales de nuestra inteligencia, de modo que unos investigadores japoneses diseñaron una prueba para medir esas aptitudes y enfrentaron a un equipo de seres humanos –esta vez estudiantes adultos– contra un equipo de chimpancés. Los participantes se sentaban delante de una pantalla en la que se iluminaban brevemente cifras aleatorias del 1 al 9, y a continuación tenían que tocar el lugar de la pantalla en la que habían aparecido los números, ordenados de menor a mayor.

Al principio parecía que los humanos obtenían mejores resultados que los chimpancés. Pero cuando los investigadores elevaron el grado de dificultad de la prueba (aumentando la velocidad a la que se sucedían las cifras en la pantalla), los chimpancés ganaron con mucha claridad. El Einstein del grupo resultó ser un participante llamado Ayuma, que no solo era

el más rápido en realizar la prueba, sino también el que menos errores cometía.[7] Por las dudas: Ayuma era un chimpancé.

En fuerza bruta cerebral, por tanto, también quedamos en evidencia ante nuestros parientes peludos. Pero, entonces, ¿para qué utilizamos nuestro enorme cerebro?

A lo mejor es que somos más astutos. En sociología hay un término para esa teoría: la hipótesis de la inteligencia maquiavélica, así llamada en alusión al autor de *El príncipe* (1532), el filósofo italiano Nicolás Maquiavelo. En su famoso tratado de doctrina política, Maquiavelo argumentaba que un gobernante debe urdir una red de engaños y mentiras para permanecer en el poder.

Según esta hipótesis, eso es lo que lleva haciendo el ser humano desde hace millones de años. La forma en que nos engañábamos unos a otros era cada vez más sofisticada, y nuestros cerebros crecieron como los arsenales nucleares de Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría, pues inventar una mentira cuesta más energía que decir la verdad. Como resultado de esa carrera armamentística, acabamos desarrollando un megacerebro.

Si esa hipótesis fuera cierta, cabría esperar que el ser humano ganara fácilmente a los monos en juegos cuyo objetivo es engañar al contrario. Sin embargo, en ese tipo de pruebas los chimpancés también obtienen resultados bastante mejores que nosotros, como demuestran numerosos estudios. El ser humano, por lo visto, es bastante mal mentiroso.[8] Es más, tenemos una clara tendencia a fiarnos enseguida de los demás, que es precisamente la razón por la que los estafadores profesionales tienen tanto éxito.[9]

Y aún no he hablado de otra peculiaridad muy llamativa del *Homo sapiens.* Maquiavelo recomendaba no mostrar nunca nuestras emociones. Pon cara de póker. La vergüenza no conduce a nada. Lo único que importa es ganar, no importa

cómo. Pero, si los más desvergonzados son los que acaban llevándose el gato al agua, ¿cómo es posible que el ser humano sea la única especie del reino animal que se ruboriza?

Charles Darwin decía que ruborizarse es «la más extraña y humana de todas las expresiones».[10] El asunto lo intrigaba tanto que escribió a todos sus contactos, desde misioneros hasta comerciantes y funcionarios coloniales, y de todas partes le llegaba la misma respuesta: «Sí, aquí también se ruboriza la gente.»

Pero ¿por qué? ¿Cómo es posible que no se haya extinguido todavía una especie que tiene la debilidad de ruborizarse?

2

Agosto de 1856. En una cueva de piedra caliza al norte de Colonia, Alemania, dos mineros hacen el descubrimiento de su vida. Acaban de topar con el esqueleto de una de las criaturas más controvertidas que ha habitado nuestro planeta.

Ellos, sin embargo, no son conscientes de la trascendencia de su hallazgo. Están acostumbrados a encontrar huesos viejos de osos y hienas durante su trabajo y, como tantas otras veces, los tiran a la pila de escombros. Pero esta vez los huesos le llaman la atención al capataz. Según él son de un oso cavernario y le parecen un buen regalo para el profesor de biología del instituto local, Johann Carl Fuhlrott, que, al igual que mucha gente en aquellos días en que aún no existía Netflix, era un ávido coleccionista de fósiles.

El señor Fuhlrott se da cuenta de inmediato de que aquellos huesos tienen algo fuera de lo común. A primera vista parecen restos humanos, pero hay algo que no cuadra. La forma del cráneo es muy rara. Tiene una ondulación y es muy alargado. Además, la nariz y el arco de las cejas son llamativamente grandes.

Esa semana, los periódicos locales escriben extensas crónicas del descubrimiento de «la tribu de los cabezas planas» en el valle de Neander. Un catedrático de la Universidad de Bonn, el antropólogo Hermann Schaaffhausen, capta alguna onda sobre el caso y se pone en contacto inmediatamente con el señor Fuhlrott. El aficionado y el profesional conciertan una cita y, en pocas horas, llegan a la conclusión de que aquellos huesos no son de un hombre corriente, sino de «otro tipo» de hombre.

«Estos huesos son antediluvianos», escribió Fuhlrott.[11] Con lo cual quería decir, literalmente, que eran de antes del diluvio universal. Es decir, de una criatura que vivió antes de que Dios inundara el planeta para castigar al hombre por sus pecados.

Hoy en día tal vez resulte difícil de imaginar, pero aquella conclusión conmocionó a la sociedad y encontró mucha resistencia. Era una herejía. Cuando Fuhlrott y Schaaffhausen hicieron público su descubrimiento, durante una reunión de la Sociedad de Ciencias Naturales y Medicina del Bajo Rin, chocaron contra un muro de incredulidad.

Tonterías, dijo un catedrático de anatomía, eso es el esqueleto de un cosaco ruso muerto en las guerras napoleónicas. Absurdo, opinó otro, eso son los restos de «un deficiente mental o un anacoreta» con la cabeza deformada por una enfermedad.[12]

Pero entonces aparecen más huesos similares. Museos de toda Europa se sumergen en sus colecciones y por todas partes salen a la luz cráneos con forma de balón de rugby que originalmente se habían desechado como cabezas deformadas. Poco a poco, los científicos empiezan a darse cuenta de que están ante otro tipo de ser humano.

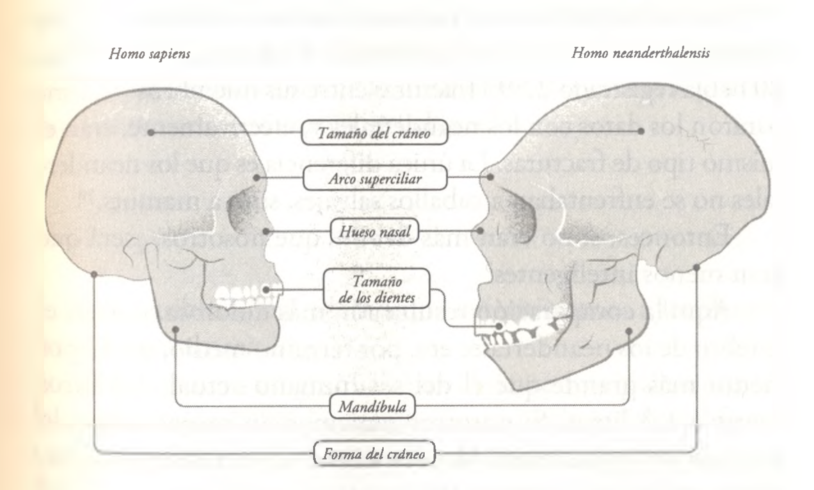
No tarda en aparecer alguien que propone el nombre científico de *Homo stupidus.*[13] «Sus pensamientos y sus deseos», anotó un eminente anatomista, «no se elevaron nunca por encima de los de una bestia salvaje.»[14] Al final, sin embargo, el

nombre que aprobó la comunidad científica era algo más sutil y remitía al valle donde se encontraron los primeros huesos.

Homo neanderthalensis.

Hasta el día de hoy, los neandertales conservan su reputación de zoquetes sin forma alguna de cultura. Lo cual es comprensible, porque el hecho de que en el pasado compartiéramos el planeta con otras especies humanas es una realidad incómoda.

Los cráneos del *Homo sapiens* y el *Homo neanderthalensis*
Busca las diferencias



Ahora ya sabemos que hasta hace solo cincuenta mil años había al menos otras cinco especies humanas en nuestro planeta: *Homo erectus, Homo floresiensis, Homo luzonensis, Homo denisoviensis* y *Homo neanderthalensis.* Todos eran humanos, de la misma forma que el pinzón vulgar, el pinzón azul y el pinzón real son todos pinzones.

La cuestión, por tanto, no es solo por qué somos nosotros quienes encerramos a los chimpancés en el zoológico, y no a

la inversa, sino también, qué hicimos con nuestros hermanos y hermanas, incluidos los de «la tribu de los cabezas planas». ¿Por qué fueron ellos los que se extinguieron?

¿Será que los neandertales eran más débiles que nosotros? No exactamente. Más bien al contrario. Los neandertales eran fuertes como robles. Tenían brazos como los de Popeye nada más comerse una lata de espinacas. Y más importante todavía: eran valientes. En los años 90, dos arqueólogos americanos estudiaron sus fracturas de huesos y encontraron muchas similitudes con cierta profesión que también sufre frecuentes accidentes por sus «violentos encuentros» con grandes animales. Los cowboys de rodeo.

Los investigadores contactaron –no me lo invento– con la Asociación Profesional de Cowboys de Rodeo, que en los años 80 había registrado 2.593 fracturas entre sus miembros.[15] Compararon los datos con los neandertales y, efectivamente, eran el mismo tipo de fracturas. La única diferencia es que los neandertales no se enfrentaban a caballos salvajes, sino a mamuts.[16]

Entonces, si no eran más débiles que nosotros, ¿será que eran menos inteligentes?

Aquí la comparación resulta aún más dolorosa, porque el cerebro de los neandertales era, por término medio, un 15 por ciento más grande que el del ser humano actual: 1,5 litros frente a 1,3 litros. Si nosotros teníamos un megacerebro, lo suyo era un gigacerebro. Nosotros tenemos un MacBook Air. Ellos tenían un MacBook Pro.

Todos los años se realizan nuevos descubrimientos sobre los neandertales, y la conclusión es casi siempre la misma: eran unos seres sumamente inteligentes.[17] Sabían cocinar. Conocían el fuego. Fabricaban prendas de vestir. Tenían instrumentos de música y joyas. Hacían pinturas rupestres. Hay indicios, incluso, de que les copiamos algunas cosas, como ciertas herramientas de piedra y, tal vez, la costumbre de enterrar a los muertos.

El misterio, por tanto, no hace más que crecer. ¿Por qué se extinguieron los neandertales, con ese cerebro tan grande y esos brazos tan fuertes, si ya habían sobrevivido antes a dos glaciaciones? Durante más de doscientos mil años, siempre salieron adelante, en todo tipo de circunstancias. Pero, en cuanto el *Homo sapiens* apareció en escena, empezó la cuenta atrás que condujo a su desaparición definitiva.

Queda una última posibilidad. Una idea mucho más siniestra.

Tal vez no fuéramos más fuertes, más valientes o más inteligentes, sino más crueles que ellos. «Podría ser», escribe el historiador israelí Yuval Noah Harari, «que nuestro encuentro con los neandertales resultara en la primera y más importante campaña de limpieza étnica de la historia.»[18] El famoso geógrafo Jared Diamond opina lo mismo: «Hay asesinos a quienes han condenado con menos pruebas.»[19]

3

¿Es posible? ¿Será verdad que exterminamos a las demás especies humanas?

Demos ahora un gran salto en el tiempo y situémonos en la primavera de 1958. Lyudmila Trut, una joven de pelo castaño corto, llama a la puerta del despacho del profesor Dmitri Beliáyev, especialista en zoología y genética. Se ha enterado de que el investigador está buscando un nuevo asistente y, aunque ni siquiera ha terminado la carrera y está hecha un manojo de nervios, no puede dejar pasar una oportunidad así.[20]

El profesor resulta ser un hombre muy amable. En una época en que la mayoría de los científicos de la Unión Soviética tienen una actitud condescendiente hacia las mujeres, Dmitri trata a su estudiante como una igual. Es más, le cuenta a Lyudmila su plan secreto y le propone ir a Siberia, cerca

de la frontera con Kazajistán y Mongolia, para colaborar en un experimento único en la historia.

El profesor le pide a Lyudmila que se lo piense bien antes de aceptar, porque se trata de una empresa peligrosa que, además, va a durar muchos años. Los líderes comunistas consideran la teoría de la evolución una mentira capitalista y han prohibido cualquier tipo de investigación genética. Al hermano de Dmitri ya lo habían ejecutado diez años antes por dedicarse a esos asuntos. Por eso, de cara al exterior presentarán el experimento como un estudio sobre la piel de zorro, muy apreciada en la producción de prendas de abrigo.

Pero en realidad van a hacer algo muy distinto. «Me dijo», recordaría Lyudmila años más tarde, «que quería transformar un zorro en un perro.»[21]

Lo que no sabía la joven estudiante es que se acababa de embarcar en un viaje épico. Dmitri Beliáyev y Lyudmila Trut acabarían desentrañando el mismísimo origen del ser humano, aunque su pregunta inicial era muy distinta: ¿cómo se trasforma una bestia salvaje en un adorable animal doméstico?

Un siglo antes, Charles Darwin ya había observado que los animales domésticos –los cerdos, los conejos o las ovejas– tenían una serie de elementos en común. Todos son una versión más pequeña de sus antecesores salvajes. Sus cerebros y sus dientes son más pequeños. Generalmente tienen orejas gachas, colas rizadas y manchas blancas en el pelaje. Y, tal vez lo más llamativo, conservan un aspecto juvenil durante toda la vida.

Dmitri llevaba años dándole vueltas a esas cuestiones. ¿Por qué tenían esa apariencia física los animales domésticos? ¿Por qué habían preferido los granjeros durante miles y miles de años conejos y cerditos con colas rizadas, orejas gachas y cara de cachorrito, y se habían centrado en la cría de esos ejemplares?

El genetista ruso tenía una hipótesis radical. Sospechaba que ese aspecto de cachorrito era un producto secundario de

otro proceso, y que los animales tendían a adquirir esos rasgos físicos si se los seleccionaba durante mucho tiempo en virtud de una única característica: su mansedumbre.

Ese era el plan de Dmitri. Quería reproducir en varias décadas lo que había ocurrido de forma natural tras muchos miles de años. Quería ver si era capaz de transformar a una bestia salvaje en un animal doméstico seleccionando únicamente a los ejemplares más mansos, dóciles y propensos al juego. El objeto de estudio de Dmitri era el zorro plateado, un animal tan agresivo que para acercarse a él había que ponerse guantes de cinco centímetros de grosor que cubrían hasta el codo.

Dmitri le dijo a Lyudmila que no se hiciera muchas ilusiones sobre el experimento. El trabajo duraría muchos años, tal vez toda su vida, y lo más probable era que no obtuvieran ningún resultado. Pero la joven estudiante no se lo tuvo que pensar mucho tiempo. Pocas semanas después, se subió al transiberiano.

La granja de zorros que colaboraba en el proyecto de Dmitri resultó ser un enorme complejo con miles de jaulas de las que se elevaba una cacofonía de gañidos. A pesar de todo lo que había leído sobre ellos, a Lyudmila la sorprendió la agresividad del zorro plateado. Su cometido consistía en pasar todos los días por las jaulas y observar la reacción de los animales cuando les ofrecía una mano envuelta en un grueso guante protector. Cuando percibía en un zorro el más mínimo titubeo, lo seleccionaba para el programa de reproducción.

Visto en retrospectiva, es increíble lo rápido que fue todo.

En 1964, con la cuarta generación de zorros, Lyudmila ya vio a uno agitando la cola. Para tener certeza de que los cambios en el comportamiento de los animales eran el resultado de la selección natural –y no actitudes aprendidas–, Lyudmila y sus compañeros tenían el menor contacto posible con los zorros. Pero cada vez les resultaba más difícil. Pocas genera-

ciones después, los zorros reclamaban su atención con insistencia, y a ver quién le niega una caricia a un cachorrito de zorro que no deja de agitar la cola.

En libertad, un zorro empieza a dar muestras significativas de agresividad a las ocho semanas de vida. Los zorros criados de forma selectiva por Lyudmila, sin embargo, conservaban una actitud infantil durante toda la vida y se pasaban el día entero jugando. «Era como si se resistieran a hacerse adultos», escribiría Lyudmila más tarde.[22]

Los cambios físicos también empezaron a ser visibles. Las orejas de los zorros colgaban cada vez más, sus colas ya no eran tan tiesas y empezaron a salirles manchas blancas en el pelaje. Los hocicos eran cada vez más cortos, los huesos tenían menos grosor y los machos empezaron a parecerse a las hembras. Algunos emitían incluso una especie de ladrido, como los perros. Al cabo de un tiempo empezaron a acudir a sus cuidadores cuando los llamaban por su nombre, algo que no se había visto nunca antes en un zorro.

Y recuerda que la selección no se había realizado en función de esas cualidades. Todo eso eran efectos secundarios de la mansedumbre, el único criterio de selección utilizado.

En 1978, veinte años después del inicio del experimento de Dmitri y Lyudmila, la situación de los biólogos rusos había cambiado por completo. Ya no hacía falta que ocultaran su investigación. El politburó había decidido que la teoría de la evolución, a fin de cuentas, no era una mentira capitalista, y Rusia quería mostrar al mundo la categoría de sus esfuerzos científicos.

En agosto de aquel año, Dmitri consiguió que el Congreso Internacional de Genética se celebrara en Moscú. El evento tuvo lugar en el Palacio Estatal del Kremlin, con capacidad para seis mil personas. Las autoridades agasajaron a los invitados con grandes cantidades de champán y caviar.

Pero nada impresionó tanto a los asistentes como la presentación de Dmitri. Tras una breve introducción, los técnicos atenuaron las luces y proyectaron la película del investigador. En la pantalla apareció una criatura inverosímil: un zorro plateado agitando la cola en actitud juguetona. En la audiencia no dejaban de oírse exclamaciones de admiración, y cuando terminó la proyección y encendieron las luces, todavía tardó mucho en extinguirse el murmullo de asombro.



Dmitri Beliáyev con sus zorros plateados. Novosibirsk, 1984. Dmitri murió un año después, pero su programa de investigación sigue en marcha hasta el día de hoy. Fuente: Alamy.

Pero la presentación de Dmitri no había terminado aún. Durante la hora siguiente explicó su revolucionaria teoría.

Tenía la sospecha de que los cambios en los zorros estaban relacionados con sus hormonas. Los zorros mansos producían menos hormonas de estrés y más serotonina (la «hormona de la felicidad») y oxitocina (la «hormona del amor»).

Ah, y una cosa más. Su teoría, probablemente, no era solo aplicable a los zorros.

«También podría ser válida para el ser humano.»[23]

Visto desde el presente, aquello fue una sentencia histórica.

Dos años después de que Richard Dawkins publicara su bestseller sobre genes egoístas –y llegara a la conclusión de que los seres humanos «nacemos egoístas»–, un ruso desconocido desarrolló una teoría completamente distinta. Dmitri Beliáyev pensaba que somos primates domesticados. O, dicho de otra forma: creía que durante decenas de miles de años, los humanos más afables, dóciles y amistosos eran los que habían tenido más descendencia. Si la evolución consiste en «la supervivencia del más apto» *(survival of the fittest),* en nuestro caso los más aptos serían, por tanto, los más afables *(survival of the friendliest).*

Si Dmitri tuviera razón, deberíamos encontrar indicios de su teoría en nuestro propio cuerpo. Al igual que los zorros plateados, los cerdos y los conejos, deberíamos ser más pequeños y tener rasgos más infantiles que nuestros antepasados.

Dmitri no disponía de los medios para poner a prueba su hipótesis, pero la ciencia ha avanzado mucho desde entonces. En 2014, un equipo de investigadores americanos comparó cráneos de seres humanos que habían vivido en distintos momentos de los últimos doscientos mil años, y encontraron una clara tendencia.[24] Nuestros rostros y nuestros cuerpos han adquirido rasgos más suaves, juveniles y femeninos. Nuestro cerebro ha encogido al menos un 10 por ciento, y nuestros dientes y mandíbulas también son, en el lenguaje técnico de los anatomistas, «pedomorfos». Es decir, infantiles.

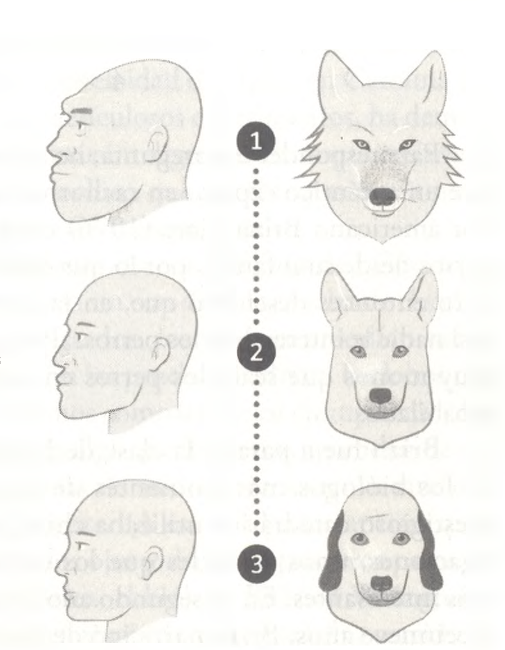
Si comparamos nuestro rostro con el de los neandertales, la diferencia es aún más evidente. Nuestros cráneos son más cortos y redondos, y el arco de las cejas es mucho menos pronunciado. Lo que los perros son para los lobos, lo somos nosotros para los neandertales.[25] Y, de la misma forma que los perros adultos parecen cachorros de lobos, el ser humano empezó a parecerse cada vez más al bebé de un mono.

Somos el *Homo cachorrito.*

La domesticación del hombre y el perro

El proceso resultó en:

- Comportamiento más amistoso
- Más serotonina y oxitocina
- Aspecto más juvenil y femenino
- Juventud más larga
- Mayores aptitudes comunicativas



Fuente: Brian Hare, «Survival of the Friendliest», *Annual Review of Psychology* (2017).

Y lo más sorprendente de todo es que el ritmo de nuestra transformación física aumentó de forma muy notable hace unos cincuenta mil años, justo en el momento en que los neandertales desaparecieron y empezamos a hacer todo tipo de inven-

ciones (piedras más afiladas, cañas de pescar, arcos, canoas, pinturas rupestres más elaboradas y muchas cosas más). Desde un punto de vista evolutivo, todo esto no parece tener ninguna lógica. El ser humano se transformó en una criatura más débil, vulnerable e infantil. El tamaño de nuestro cerebro disminuyó, a pesar de que nuestro mundo era cada vez más complejo.

¿Por qué? ¿Cómo es posible que el *Homo cachorrito* conquistara el mundo entero?

4

Para responder esa pregunta, no se me ocurre nadie mejor que un auténtico experto en cachorros de perro. El investigador americano Brian Hare (1976) era un apasionado de los perros desde su infancia, por lo que decidió estudiar biología. Pero entonces descubrió que, en la comunidad científica, a casi nadie le interesaban los perros. ¿Por qué? Pues porque, por muy monos que sean, los perros en realidad son muy poco espabilados.

Brian fue a parar a la clase de Michael Tomasello, uno de los biólogos más eminentes de las últimas décadas. El prestigioso catedrático utilizaba chimpancés para sus investigaciones, unos animales que los científicos consideraban más interesantes. En su segundo año de carrera, cuando tenía diecinueve años, Brian participó de ayudante en una prueba de inteligencia.

Se trataba de la clásica prueba de elección de objetos, en la que los investigadores esconden una recompensa y le dan pistas al animal para que averigüe dónde está. Los niños de entre dos y tres años obtienen resultados excelentes en esa prueba, pero los chimpancés son un auténtico desastre. Por más que el profesor Tomasello y sus estudiantes señalaban el lugar donde estaba escondido el plátano, los primates no lo comprendían.

Al cabo de un día entero señalando y gesticulando sin ningún éxito, Brian decidió soltar lo que llevaba horas pensando:

«Yo creo que mi perro lo entendería.»

«Sí, claro», dijo el profesor Tomasello con una sonrisa sarcástica.

«No, en serio», insistió Brian. «Me apuesto algo a que mi perro supera la prueba.»[26]

Veinte años después, Brian Hare es catedrático de Antropología Evolutiva en la Universidad de Duke, en Carolina del Norte. Con una serie de meticulosos experimentos, ha demostrado que los perros son más inteligentes de lo que creíamos, a veces más inteligentes incluso que los chimpancés, a pesar de que su cerebro es bastante más pequeño.

Al principio, los biólogos no entendían nada. ¿Cómo era posible que los perros superaran con éxito la prueba de elección de objetos? De sus antepasados, los lobos, no podían haber heredado la inteligencia. En las pruebas de Brian, los lobos obtenían resultados tan pésimos como los de los chimpancés y los orangutanes. Y tampoco es algo que los perros aprendan de sus amos, porque los cachorros de solo nueve semanas también superan la prueba fácilmente. (A esa edad hace apenas unas semanas que han abierto los ojos y dado sus primeros pasos.)

Un compañero de Brian, el biólogo Richard Wrangham, empezó a pensar que la inteligencia de los perros había surgido de forma espontánea, que era un producto secundario, igual que las colas rizadas y las orejas gachas. Pero Brian no lo veía claro. Algo tan importante como la inteligencia social no podía ser un efecto residual. El joven biólogo sospechaba que nuestros antepasados seleccionaron de forma consciente a los perros más inteligentes, y solo había una forma de demostrarlo. Tenía que ir a Siberia.

Unos años antes había leído algo sobre una investigación secreta de un genético ruso que quería transformar a un zorro

en un perro. Pocos meses después, cuando Brian se subió al tren transiberiano –estamos hablando de 2003–, Lyudmila y su equipo ya llevaban cuarenta y cinco generaciones de zorros reproducidos de forma selectiva. Brian fue el primer investigador extranjero a quien permitieron trabajar con los zorros plateados, y lo primero que hizo con ellos, naturalmente, fue la prueba de elección de objetos.

Si estaba en lo cierto, tanto los zorros mansos como los agresivos obtendrían resultados igual de malos, pues Dmitri y Lyudmila habían seleccionado a los zorros por su mansedumbre, no por su inteligencia. Pero si era Richard, su compañero, quien tenía razón, y la inteligencia no era más que un producto secundario de la mansedumbre –o la docilidad, el carácter amistoso o como queramos llamarlo–, los zorros seleccionados por ese criterio deberían aprobar con nota.

Resumiendo una historia muy larga: Richard tenía razón. Los zorros seleccionados por su mansedumbre resultaron ser mucho más inteligentes que sus hermanos agresivos. Brian tuvo que admitir que estaba equivocado. O, como él mismo escribió: «Los zorros pusieron mi mundo patas arriba.»[27]

Hasta aquel momento, siempre se había dado por supuesto que los animales se vuelven menos inteligentes en el proceso de domesticación. Su cerebro disminuye de tamaño y pierden muchas de las aptitudes necesarias para sobrevivir en libertad. Todos conocemos los clichés: más listo que un zorro, más torpe que un burro. Pero Brian llegó a una conclusión muy distinta. «Si quieres un zorro inteligente», escribió, «no selecciones por inteligencia, sino por mansedumbre.»[28]

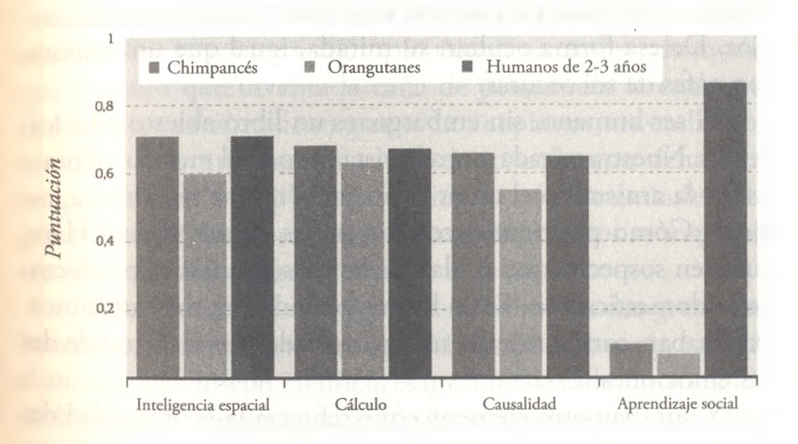
5

Lo cual nos lleva de nuevo a la pregunta con la que empecé este capítulo. ¿Qué hace único al ser humano? ¿Por qué

somos nosotros quienes hemos construido museos, y los neandertales los que están expuestos en las vitrinas?

Volvamos a mirar de nuevo los resultados de las 38 pruebas desarrolladas por investigadores alemanes para comparar la inteligencia de monos y niños de dos y tres años. Porque también se medía una cuarta categoría de inteligencia: el aprendizaje social. Es decir, la capacidad de aprender algo de los demás. Y en esa categoría ocurre algo sorprendente.

El auténtico superpoder del ser humano
Resultados en cuatro pruebas de inteligencia



No creo que haya una forma más gráfica de expresar cuál es el secreto del éxito del ser humano. En casi todas las pruebas de aptitud mental, los chimpancés y los orangutanes obtienen resultados tan buenos o mejores que los niños de dos y tres años. Pero, en cuanto hay una situación en la que se puede aprender algo de otro individuo, los niños arrasan a los monos. La mayoría de los niños obtuvieron un resultado del cien por cien. La mayoría de los monos, cero.

El ser humano es una máquina de aprendizaje hipersocial. Estamos hechos para aprender, establecer contactos sociales y

jugar. Visto así, tal vez no sea tan raro que la capacidad de ruborizarse sea exclusiva del ser humano. Ruborizarse es una aptitud social. Quien se ruboriza hace saber a los demás que no le resulta indiferente lo que piensen de él. Y eso favorece la confianza, lo cual, a su vez, nos permite colaborar de forma más efectiva.

Lo mismo ocurre cuando nos miramos a los ojos. El ser humano tiene algo muy peculiar en su mirada: el blanco de los ojos. Gracias al blanco de los ojos podemos seguir la mirada de los demás, sabemos hacia dónde mira cada uno. Todos los demás primates –y estoy hablando de más de doscientas especies– producen melanina, un pigmento que oscurece sus ojos. De esa forma ocultan su mirada, igual que un mafioso con gafas de sol oscuras.

El ser humano, sin embargo, es un libro abierto para los demás. Nuestra mirada está a la vista de todo el mundo. ¿Cómo serían la amistad o el amor si no pudiéramos mirarnos a los ojos? ¿Cómo podríamos confiar en los demás? Brian Hare también sospecha que el blanco de nuestros ojos es producto de la domesticación. Seres humanos cada vez más amistosos expresaban con la mirada una parte cada vez más grande de sus emociones.[29]

Y aún hay otro elemento que refuerza la expresividad de nuestra mirada: la desaparición del arco de las cejas. Los cráneos de los neandertales, los chimpancés y los orangutanes todavía tienen un *torus supraorbitalis* prominente. Los investigadores sospechan que ese arco dificulta la comunicación. Nosotros, sin embargo, podemos utilizar las cejas para añadir matices muy sutiles a nuestra mirada.[30] Haz la prueba. Pon cara de sorpresa, de compasión o de enfado, y verás la cantidad de movimientos que hacen tus cejas.

Del ser humano se pueden decir muchas cosas, pero no que tiene cara de póker. Somos incapaces de ocultar nuestras emo-

ciones. Estamos hechos para establecer contacto con la gente que nos rodea. Pero eso no es un hándicap. Al contrario, es una grandísima ventaja. Las personas con aptitudes sociales no solo son mejor compañía, sino que también son más inteligentes.

La forma más sencilla de entender esto es imaginar un planeta con dos tipos de seres humanos: los genios y los copiones. Los genios son mentes privilegiadas: uno de cada diez inventa algo excepcional a lo largo de su vida (pongamos, por ejemplo, una caña de pescar). Los copiones son más obtusos: solo uno de cada mil aprende a pescar por sí mismo. Los genios, por tanto, son cien veces más inteligentes que los copiones.

Pero los genios tienen una gran desventaja. No son muy sociales. Por término medio, solo tienen un amigo, de modo que el genio que inventa la caña de pescar solo le enseña a usarla a un miembro de su grupo. Los copiones, sin embargo, son diez veces más sociales y, por tanto, cada uno tiene diez amigos de media. Supongamos que no es fácil enseñarle a alguien a pescar, y que solo en la mitad de los casos se transmiten con éxito los conocimientos.

La gran pregunta es la siguiente: ¿cuál de los dos grupos se beneficiará más de sus invenciones? La respuesta, según calculó el antropólogo Joseph Henrich, es que uno de cada cinco genios acabará aprendiendo a pescar, de los cuales la mitad descubre por su cuenta la forma de hacerlo, y la otra mitad aprende de alguien. De los copiones, sin embargo, solo el 0,1 por ciento inventa una forma de pescar, pero el 99,9 por ciento de la población sabe pescar, porque aprende de otros copiones.[31]

Pues bien, los neandertales eran una especie de genios. Individualmente tenían un cerebro más grande, pero su cerebro colectivo era inferior. Tomados uno a uno, los *Homo neanderthalensis* tal vez fueran más inteligentes que los *Homo sapiens*, pero estos últimos vivían en grupos más grandes, cambiaban más de grupo y, seguramente, sabían plagiar mejor. Si ellos eran un ordenador moderno con un procesador ultrarrápido,

nosotros éramos un PC barato... pero con wifi. El *Homo sapiens* era más simple, pero estaba mejor conectado.

Algunos científicos sospechan incluso que el lenguaje humano es producto de nuestro carácter amistoso.[32] El lenguaje es un ejemplo perfecto de algo que los copiones no pueden inventar por sí mismos, pero pueden aprender unos de otros. De la misma forma que los zorros de Lyudmila empezaron a ladrar, nosotros empezamos a hablar.

Pero ¿qué ocurrió entonces con los neandertales? ¿Es verdad que los exterminó el *Homo cachorrito?*

Esa teoría tal vez quede muy bien en un bestseller o un documental, pero lo cierto es que no hay una sola prueba arqueológica que la sustente. Es más plausible pensar que los *Homo sapiens* supieron afrontar mejor las condiciones climáticas extremas de la última glaciación (que según los geólogos empezó hace unos ciento quince mil años y terminó en torno a quince mil años antes de nuestra era), por la sencilla razón de que colaboraban más y mejor.

¿Y el libro ese tan deprimente, *El gen egoísta?* Sus argumentos encajaban a la perfección en la mentalidad de los años 70. El mismo año de su publicación, la revista *New York* declaró los 70 como la década del «yo». A finales de los 90, el director general del gigante energético Enron, Jeffrey Skilling, basó toda la filosofía de su empresa en el egoísmo. Había devorado el libro de Richard Dawkins, y no solo no le resultó deprimente, sino que se propuso llevar sus teorías a la práctica.

Skilling desarrolló un sistema de evaluación continua con el que clasificaba a los empleados en cinco niveles, del 1 al 5. Los que estaban en el primer nivel recibían un generoso bonus, y los que quedaban en el quinto nivel se iban a «Siberia», lo cual quería decir que les daban dos semanas para encontrar otro puesto dentro de la empresa. Si en ese tiempo no encontraban un lugar donde pudieran obtener mejores resultados

en la clasificación, los despedían. Aquel sistema se conocía dentro de la empresa como *Rank & Yank,* lo cual se podría traducir como «Asciende o lárgate».

El resultado fue una cultura empresarial hobbesiana en la que los empleados tenían que competir a vida o muerte entre ellos. A finales de 2001 salió a la luz que Enron había cometido fraude contable a gran escala. Skilling acabó en la cárcel.

Hoy en día, el 60 por ciento de las grandes empresas americanas utiliza alguna forma de *Rank & Yank.*[33] «Es un universo hobbesiano», escribió el periodista holandés Joris Luyendijk poco después de la crisis de 2008 sobre el sector financiero londinense, «todos contra todos, con empleos que muchas veces son "sucios, salvajes y breves".»[34] Algo similar ocurre en empresas como Amazon y Uber, que fuerzan a sus empleados a competir sistemáticamente entre ellos. Uber es «una jungla hobbesiana», dice un empleado anónimo, una empresa en la que «nunca avanzas sin que muera alguien».[35]

La ciencia ha avanzado mucho desde los 70. En ediciones posteriores de *El gen egoísta,* Richard Dawkins se retractó sobre el carácter supuestamente egoísta de nuestra naturaleza. Hoy en día, es difícil encontrar a algún biólogo que todavía defienda esa teoría. Es evidente que la lucha y la competencia desempeñan un papel en la evolución, pero lo primero que aprenden ahora en la universidad los estudiantes de biología es que la colaboración es mucho más importante.

Pero lo cierto es que se trata de una verdad muy antigua. Nuestros ancestros más remotos raramente idolatraban a un individuo. Los cazadores-recolectores de todo el mundo, desde las tundras más inhóspitas hasta los desiertos más áridos, vivían con el convencimiento de que todo está vinculado entre sí. Veían al hombre como parte de algo mucho más grande, y se sentían conectados con todos los animales y todas las plantas, en armonía con la madre naturaleza.[36] Y tal vez comprendieran la condición humana mejor que nosotros.

No puede ser casualidad que a veces enfermemos literalmente de soledad. El hecho de que la falta de contacto equivalga a fumar quince cigarrillos al día tiene que significar algo.[37] Hoy en día sabemos que un animal doméstico disminuye las probabilidades de sufrir una depresión.[38] El ser humano anhela compañía e interacción con otros individuos.[39] Nuestro espíritu necesita contacto de la misma forma que nuestro cuerpo necesita comida. Y es ese anhelo de contacto, por encima de todo, lo que ha llevado al *Homo cachorrito* a la Luna.

Cuando comprendí esto, cambió mi idea de la teoría de la evolución. Ya no me parecía tan deprimente. Puede que Dios no exista y que no haya ningún plan cósmico. Puede que nuestra existencia sea fruto de una increíble casualidad, después de millones de años de evolución aleatoria. Pero no estamos solos. Nos tenemos unos a otros.

4. EL CORONEL MARSHALL Y LOS SOLDADOS QUE NO QUERÍAN DISPARAR

1

Y ahora la patata caliente.

Porque el ser humano también tiene un lado oscuro. El *Homo cachorrito* hace cosas terribles nunca vistas en el resto del reino animal. Los canarios no montan campos de concentración. Los cocodrilos no construyen cámaras de gas. Y ninguna foca ha sentido nunca la necesidad de registrar, encerrar y exterminar a un pueblo entero.

Solo el hombre es capaz de cometer esas atrocidades. El *Homo cachorrito* tiene muy desarrollado el instinto social, pero también puede ser extraordinariamente cruel. ¿Por qué?

Todo parece indicar que estamos ante una verdad muy dolorosa. «El mismo mecanismo que ha hecho del ser humano la criatura más amistosa del planeta», escribe Brian Hare, el experto en perritos, «nos ha transformado también en la especie más cruel.»[1] El hombre es un animal social con una tara fatídica: nos sentimos atraídos por aquellos que más se parecen a nosotros.

Y sí, ese instinto también parece estar grabado a fuego en nuestro código genético. Al principio, cuando los biólogos descubrieron que la oxitocina desempeña un papel crucial en el amor, se produjo una ola de entusiasmo. Échale un poco de oxitocina en la bebida a la persona que te gusta y, quién sabe,

a lo mejor acaba siendo una gran noche. Es más, ¿a qué esperan las autoridades para rociar con esa sustancia a las masas con helicópteros como los que utilizan para fumigar? La oxitocina nos hace más dóciles, más pacíficos y más cariñosos. Es la hormona que encontró Lyudmila Trut en grandes concentraciones en los adorables zorros del experimento siberiano. Hasta la bestia más salvaje se convierte en un cachorrito juguetón en cuanto aumenta su nivel de oxitocina. Por eso se conoce popularmente con nombres melosos como «la hormona de los abrazos» o «el elixir de la amistad».

Pero en 2010 llegaron las malas noticias. Según un estudio de la Universidad de Ámsterdam, el efecto de la oxitocina se limita en muchos casos a nuestro propio grupo.[2] Al tiempo que intensifica el amor por nuestros amigos, puede reforzar el rechazo a los extraños. La oxitocina no es la hormona de la fraternidad universal, sino, sobre todo, del «primero mi gente».[3]

2

¿Tenía entonces razón Thomas Hobbes?

A lo mejor es verdad que en la prehistoria hubo «una guerra de todos contra todos». No entre hermanos, sino entre enemigos. No entre conocidos, sino entre extraños. Si eso fuera cierto, tendría que haber infinidad de vestigios de grandes confrontaciones. Ya habrían aparecido pruebas arqueológicas de que la guerra, en efecto, forma parte de nuestra naturaleza.

Y me temo que eso es exactamente lo que ha ocurrido. Las primeras pruebas salieron a la luz en 1924. En Taung, un pueblo del noroeste de Sudáfrica, un minero encontró un pequeño cráneo de un primate. Tras pasar por varias manos, el cráneo fue a parar al escritorio del anatomista Raymond Dart, que determinó que se trataba de uno de los primeros homíni-

dos que caminaron erguidos sobre la Tierra hace dos o tal vez tres millones de años. El *Australopithecus africanus.*

Aquel descubrimiento intrigó sobremanera al anatomista. Cuando estudió más detenidamente el cráneo y otros huesos de nuestros antepasados, encontró numerosas fracturas. ¿Qué podía haberlas causado? Dart llegó a una conclusión inquietante. Según él, aquellos primates tenían que haber usado piedras, colmillos y cuernos para matar a sus presas. Y, a juzgar por el estado de sus huesos, no solo mataban animales. También se mataban entre ellos.

Esta teoría del «mono asesino» recorrió el mundo como la pólvora. Raymond Dart fue uno de los primeros investigadores en afirmar que el hombre es por naturaleza un caníbal sanguinario. Hace solo diez mil años, gracias a la invención de la agricultura, habríamos adaptado una dieta más compasiva con los demás. Según esa línea de pensamiento, el hecho de que nuestra civilización sea tan reciente explica «la reticencia generalizada» a aceptar lo que somos en lo más profundo.[4]

Dart, sin embargo, lo tenía muy claro. Nuestros antepasados eran, en sus propias palabras, «criaturas carnívoras que atrapaban a sus presas con violencia, las mataban a golpes, desgarraban sus cuerpos y les arrancaban las extremidades una a una mientras saciaban su sed con la sangre caliente de las víctimas y devoraban con avaricia su carne aún viva».[5]

La obra pionera de Raymond Dart fue el proverbial escopetazo de salida. A partir de ese momento empezaron a aparecer todo tipo de trabajos científicos que seguían su estela. La primera en manifestarse fue Jane Goodall, que había empezado a estudiar a nuestros primos los chimpancés en Tanzania. Hasta entonces se pensaba que estos primates eran vegetarianos pacíficos, por lo que el horror de Goodall fue mayúsculo cuando, en 1974, se vio en medio de una guerra fratricida de primates.

Durante cuatro años, dos grupos de chimpancés se enfrentaron a muerte, sin ninguna piedad con sus semejantes. El espectáculo fue terrible. Goodall estaba tan horrorizada que mantuvo su descubrimiento en secreto durante muchos años. Y cuando por fin compartió la noticia con el resto del mundo, muchos se negaban a creerla. Goodall describió escenas en las que los chimpancés «le aplastan la cabeza a su víctima (...), se beben la sangre, le retuercen una extremidad, le arrancan trozos de piel con los dientes...».[6]

En los años 90, un alumno de Goodall, el biólogo Richard Wrangham (a quien conocimos en el capítulo anterior como mentor de Brian Hare, el experto en perritos), afirmó que el comportamiento de nuestros antepasados tenía que haber sido parecido al de los chimpancés. Según Wrangham había un vínculo evidente entre los conflictos fratricidas de esos monos asesinos y las sangrientas batallas del siglo XX. La guerra, bajo su punto de vista, formaba parte de nuestro ADN. «Los seres humanos modernos son los perplejos supervivientes de la costumbre cultivada durante cinco millones de años de infligir agresiones mortales», escribió.[7]

¿Y por qué llegó a esa conclusión? Pues porque los «asesinos» sobreviven, y los pusilánimes muerden el polvo. A los chimpancés les gusta acosar en grupo a los individuos solitarios de su especie, de la misma forma que los abusones dan rienda suelta a sus peores instintos en el patio del colegio.

Vale, muy bien, estarás pensando, pero esos investigadores hablan de australopitecos y chimpancés. ¿No habíamos quedado en que el *Homo cachorrito* es una especie única? ¿No habíamos conquistado el mundo porque somos los más dóciles y amistosos? ¿Qué sabemos, por ejemplo, de cuando éramos nómadas y vivíamos de la caza y la recolección de frutos?

Los primeros estudios científicos sobre ese periodo parecían traer buenas noticias.

En 1959, la antropóloga Elizabeth Marshall Thomas publicó un libro sobre la tribu de los !kung,[8] que aún vive en el desierto de Kalahari, en Namibia. Se titula *The Harmless People* (El pueblo inofensivo), y encaja a la perfección en la mentalidad emergente de los años 60, cuando una nueva generación de antropólogos se propuso darles a nuestros antepasados una mano de pintura rousseauniana. Quien sintiera curiosidad por saber cómo éramos antes, decían, no tenía más que observar a los grupos humanos que aún vivían como cazadores-recolectores.

Aunque Thomas y sus colegas observaron que, efectivamente, en ocasiones había conflictos en la selva o en la sabana, las «guerras» tribales se limitaban a unos cuantos insultos. De vez en cuando disparaban también alguna que otra flecha, pero en el momento en que caían uno o dos heridos, todo el mundo daba por terminada la confrontación. ¿Ves?, dijeron los progresistas, Rousseau tenía razón. El hombre primitivo era un salvaje noble.

Pero, por desgracia para los hippies, no tardaron en aparecer nuevas pruebas que apuntaban en el sentido contrario. Según estudios más detallados de antropólogos posteriores, la teoría del «mono asesino» también era aplicable a los cazadores-recolectores.

Tal vez fueran inofensivos los enfrentamientos rituales descritos, pero también se producían sangrientos ataques nocturnos, auténticas carnicerías en las que no se hacía distinción entre hombres, mujeres y niños. Hasta los !kung resultaron ser bastante violentos. Era una simple cuestión de observarlos durante más tiempo. (Además, la cifra de muertes violentas entre los !kung descendió notoriamente en los años 60, cuando su territorio quedó bajo control estatal. Léase: cuando llegó el leviatán de Hobbes, con sus agentes de policía y sus cárceles.)[9]

Y eso no fue más que el comienzo. En 1968, el antropólogo Napoleon Chagnon causó una gran conmoción con la

publicación de su trabajo sobre los yanomami, un pueblo indígena americano que vive entre Brasil y Venezuela. El libro se titulaba *The Fierce People* (El pueblo feroz) y describía el «permanente estado de guerra» en que vivía esa gente. Es más; el estudio revelaba que los hombres con más muertos en su haber eran los que más mujeres tenían y más se reproducían. Lógico, entonces, que la sed de sangre esté en nuestro ADN.

Pero el debate no se zanjó hasta 2011, cuando apareció *Los ángeles que llevamos dentro,* la monumental obra del psicólogo y lingüista canadiense Steven Pinker. En aquel momento, Pinker ya era uno de los intelectuales más influyentes del mundo, y ahora publicaba su *magnum opus,* un tocho de mil páginas lleno de gráficos y tablas que podría servir de arma contundente para romperle a alguien la cabeza.

«Hoy», escribe Pinker, «podemos pasar de los relatos a las cifras.»[10] Y las cifras hablan por sí solas. El 15 por ciento de los esqueletos encontrados en veintiuna excavaciones arqueológicas mostraban señales de una muerte violenta. El 14 por ciento de las muertes en los pueblos que aún viven como cazadores-recolectores se deben a una causa violenta. En el siglo XX, sin embargo, contando las dos guerras mundiales, el total de muertes violentas es del 3 por ciento. Y en la actualidad, solo el 1 por ciento de las personas mueren a causa de la violencia.

«Empezamos de forma muy violenta», admite Pinker, dándole la razón al viejo Hobbes.[11] Tanto la biología como la antropología y la arqueología apuntan en esa dirección. Sí, el ser humano es muy amable con sus amigos, pero increíblemente cruel con los extraños. Somos el animal más belicoso del mundo.

Pero, por suerte, afirma Pinker, nos hemos ennoblecido gracias a «los artificios de la civilización».[12] La invención de la agricultura, la escritura y el Estado han contribuido a reprimir nuestro instinto agresivo. Hemos cubierto nuestro lado oscuro con una gruesa capa de barniz civilizador.

Y, así, con todos los datos de ese voluminoso libro, parecía quedar cerrada para siempre la discusión. Durante muchos años pensé que Steven Pinker tenía razón y Rousseau se había equivocado. A la vista estaban las pruebas. Las cifras no engañaban.

Pero entonces oí la historia del coronel Marshall.

3

22 de noviembre de 1943. Al caer la noche, comienza la batalla de Makin, una pequeña isla en medio del Pacífico. Todo parece ir de acuerdo con el plan, hasta que ocurre algo extraño.[13]

Samuel Marshall, coronel e historiador, lo vive muy de cerca. Ha desembarcado con las primeras tropas americanas para ver con sus propios ojos cómo se produce la toma de la isla, que está en manos de los japoneses. Pocos historiadores han estado tan encima de la acción. La invasión de Makin es una operación perfectamente aislada, casi un experimento de laboratorio. Se trata de una ocasión única para descubrir cuáles son los auténticos mecanismos de la guerra.

Por el día, las tropas han avanzado tres millas bajo un sol abrasador. Al caer la tarde, cuando se preparan para pasar la noche, a nadie le queda energía para cavar trincheras. Lo que no saben es que se han detenido a poca distancia de un campamento japonés.

El ataque empieza tan pronto como se hace la oscuridad. Los japoneses embisten hasta once veces contra la posición americana, y aunque son muchos menos, casi consiguen romper la línea defensiva.

Al día siguiente, el coronel Marshall se pregunta qué puede haber ocurrido. Sabe muy bien que, para entender una guerra, no basta con poner banderitas en un mapa o leer los diarios de un par de oficiales. Por eso, decide hacer algo que no ha hecho

nunca nadie, algo revolucionario en las ciencias historiográficas. Esa misma mañana, Marshall convoca a los soldados americanos y los entrevista por grupos. Todo el mundo puede decir lo que quiera. Los soldados de menor rango están autorizados a contradecir a sus superiores. El resultado es pasmoso.

«Marshall comprendió casi al instante que había dado con la forma ideal de escribir una crónica precisa de una guerra», escribiría más tarde un colega historiador. «Cada soldado recordaba algo, y cada recuerdo era una pieza del puzle.»[14] Y, con esa técnica, el coronel hizo un descubrimiento desconcertante.

La mayoría de los soldados no habían disparado.

A lo largo de la historia, generales y ministros, escritores y artistas habían dado por supuesto que los soldados combatían. La guerra era el escenario en el que dábamos rienda suelta al cazador que llevamos dentro, donde hacíamos aquello que mejor se nos daba: matar.

Pero lo que descubrió Marshall tras entrevistar a innumerables grupos de reclutas, primero en el océano Pacífico y luego en el frente europeo, era que solo entre el 15 y el 25 por ciento de los soldados disparaba. La gran mayoría se negaba en redondo a pulsar el gatillo. Un oficial contaba que había pasado por las líneas una y otra vez dando órdenes a gritos: «¡Disparen, carajo!» Pero no le hacían caso. «Solo disparaban cuando los estaba mirando.»[15]

Aquella noche, en la isla de Makin, la situación había sido crítica. En tales circunstancias, cabría esperar que todo el mundo luchara por su vida. Pero en el batallón de Marshall, integrado por más de trescientos soldados, solo 36 confirmaron que habían usado su fusil.

¿Sería un problema de falta de experiencia? No. Muchos de los soldados que no habían disparado ni una sola vez eran precisamente los que más habían destacado durante los entrenamientos de tiro. El coronel Marshall, además, no encontró

ninguna diferencia significativa en la disposición a disparar de reclutas nuevos y veteranos.

¿Era entonces una cuestión de miedo? Tampoco. Los soldados que no dispararon permanecieron en su puesto y asumieron, como mínimo, el mismo riesgo que los demás. Todos los soldados del batallón eran patriotas fieles y valientes dispuestos a sacrificar su vida por sus camaradas. Pero, a pesar de todo, a la hora de la verdad no cumplían con su obligación.

No disparaban.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Samuel Marshall se convirtió en uno de los historiadores más importantes de su generación. El Ejército americano se tomó sus conclusiones muy en serio. Su libro, *Men Against Fire* (Hombres en contra de los disparos), de 1947, sigue siendo lectura obligada en las academias militares.

«En condiciones de salud normales», escribió Marshall, «el individuo medio, muchas veces de forma inconsciente, tiene tal rechazo interior a matar que nunca le quitará la vida a nadie por voluntad propia.»[16] Es más, la mayoría de las personas tienen «miedo a cometer una agresión», y ese miedo forma parte de nuestro «bagaje emocional».[17]

¿Cómo era posible? ¿Había descubierto Marshall un instinto olvidado pero muy poderoso? Resultaba difícil de creer. Cuando el coronel publicó sus hallazgos, la teoría de la capa de barniz se encontraba en su momento de máxima aceptación y Raymond Dart hacía furor con su teoría del «mono asesino». Marshall, mientras tanto, empezó a creer que su análisis no solo era aplicable a los soldados aliados de la Segunda Guerra Mundial, sino a todos los soldados desde el principio de los tiempos, desde los griegos en la guerra de Troya hasta los alemanes de Verdún.

En vida, el coronel Marshall gozó de una gran reputación. A finales de los años 80, sin embargo, surgieron dudas en

torno a su trabajo. DESACREDITAN UN IMPORTANTE LIBRO SOBRE EL ARTE DE LA GUERRA DE S.L.A. MARSHALL, se podía leer en la portada del *New York Times* del 19 de febrero de 1989. La revista *American Heritage* hablaba incluso de un burdo engaño. Decían que Marshall «se lo había inventado todo» y nunca había hecho tales entrevistas. «Ese hombre tergiversó la historia», afirmó un antiguo oficial. «No comprendía la naturaleza humana.»[18]

En aquel momento, el coronel ya llevaba doce años muerto y no podía defenderse. Otros historiadores se sumergieron en los archivos y encontraron pruebas de que, en efecto, no había sido muy ortodoxo en su forma de reflejar los hechos, pero lo que era indiscutible es que las entrevistas habían tenido lugar y que les había preguntado a los soldados si habían disparado con su M1.[19]

Tras varios días leyendo el trabajo de Marshall y lo que decían sus críticos y sus defensores, ya no sabía qué pensar. ¿No me estaba esforzando demasiado por encontrar la forma de darle la razón al coronel? ¿O era verdad que su hallazgo tenía fundamento? Cuanto más profundizaba en la controversia, mayor era mi impresión de que Marshall era un pensador intuitivo. Tal vez no fuera un gran estadístico, pero era evidente que se trataba de un observador muy agudo.

La gran pregunta era si había más pruebas que sustentaran sus afirmaciones.

Y la respuesta es que sí. Las había.

La cantidad de pruebas que han aparecido durante las últimas décadas en favor de Marshall es abrumadora.

En primer lugar, hay más oficiales que observaron en sus soldados el comportamiento descrito por el coronel Marshall. Durante la campaña de Sicilia, en 1943, el teniente coronel británico Lionel Wigram ya había dicho que solo podía contar con la cuarta parte de sus tropas, y eso en el mejor de los casos.[20]

O, como escribió el general Bernard Montgomery en una carta dirigida a casa: «El problema de nuestros chicos es que los británicos, por naturaleza, no tienen instinto asesino.»[21]

Después de la Segunda Guerra Mundial, diversos historiadores empezaron a entrevistar a los veteranos y descubrieron que más de la mitad no había matado nunca a nadie.[22] Una pequeña minoría había causado la mayor parte de las víctimas. Menos del 1 por ciento de los pilotos de combate americanos era responsable del 40 por ciento de los aviones enemigos derribados.[23] La mayoría de los pilotos, observó un historiador, «no habían derribado nunca un avión enemigo, y ni siquiera lo intentaron».[24]

A la vista de estos hallazgos, los historiadores empezaron a analizar otras guerras desde una perspectiva distinta. Después de la batalla de Gettysburg (1863), en el punto álgido de la guerra civil estadounidense, se encontraron 27.574 mosquetes, y nada menos que el 90 por ciento estaban cargados, lo cual era muy extraño.[25] En aquella época, los soldados pasaban el 95 por ciento del tiempo cargando su fusil y el 5 por ciento disparando, por la sencilla razón de que cargar un mosquete era una operación compleja que constaba de muchos pasos: abrir un cartucho con los dientes, introducir una cantidad determinada de dinamita en el cañón, empujar la bala hasta el fondo con la baqueta, poner el pistón en la llave de percusión, levantar el martillo percutor y disparar. El hecho de que aparecieran tantos fusiles cargados por completo –y no en un paso intermedio del proceso– resultaba, por tanto, muy peculiar.

Y la cosa no acaba ahí, porque aproximadamente 12.000 mosquetes estaban cargados dos veces, y la mitad de ellos más de tres veces. Apareció incluso un fusil con 23 balas en el cañón. Aquello no tenía ningún sentido. Los mosquetes solo podían disparar una bala cada vez, y los soldados lo sabían de sobra. Todos ellos estaban bien entrenados y habían realizado largas prácticas de tiro a las órdenes de los oficiales.

¿Qué demonios significaba aquello? Mucho tiempo después, los historiadores empezaron a comprender que cargar el fusil era la excusa perfecta para no disparar. Y si tu mosquete ya estaba cargado, lo volvías a cargar. Y otra vez. Y otra.[26]

En el Ejército francés se hicieron hallazgos similares. En los años 60 del siglo XIX, el coronel francés Ardant du Picq entrevistó en profundidad a sus oficiales y también descubrió que a los soldados no les gusta combatir. Y si disparaban, muchas veces apuntaban a propósito por encima del enemigo. Aquello podía durar horas. Dos ejércitos disparándose por encima de sus cabezas, mientras prácticamente todos los soldados buscan una excusa para hacer cualquier otra cosa: ir a por munición, cargar las armas, ponerse a cubierto o lo que sea.

«La conclusión lógica», escribe Dave Grossman, experto en cuestiones militares, «es que la mayoría de los soldados no intentaban matar al enemigo.»[27]

Cuando leí eso, me vino al recuerdo un pasaje similar de uno de los escritores más importantes del siglo XX. «En esa guerra, todo el mundo erraba el disparo siempre que era humanamente posible», escribió George Orwell en su clásico sobre la guerra civil española, *Homenaje a Cataluña*.[28] Con lo cual no quiero insinuar que no hubiera víctimas en esa guerra, porque las hubo. Y muchas. Pero, según Orwell, la mayoría de los soldados que iban a parar a la enfermería se habían herido ellos mismos. Accidentalmente.

Durante los últimos años, un especialista tras otro ha suscrito las conclusiones del coronel Marshall. El sociólogo Randall Collins, por ejemplo, estudió cientos de fotos de soldados en situaciones críticas y, según sus cálculos, solo dispara realmente entre el 13 y el 18 por ciento, lo cual coincide más o menos con las estimaciones de Marshall.[29]

«Si nos atenemos a las pruebas», escribe Collins, «la imagen hobbesiana del ser humano es empíricamente incorrecta.

El hombre está programado para la interacción y la solidaridad, y eso es lo que hace tan difícil la violencia.»[30]

4

El mito de que es fácil infligir daño a un semejante ha calado hasta lo más profundo de nuestra cultura. Personajes de ficción como Indiana Jones y Rambo disparan a diestro y siniestro como si el mundo fuera una caseta de feria. En las películas de acción las peleas duran una eternidad. En televisión, la violencia es contagiosa: uno se tropieza y empuja sin querer a alguien, el agraviado trata de darle un puñetazo, pero su golpe aterriza en la cara equivocada, y en menos que canta un gallo se organiza una monumental guerra de todos contra todos.

Pero la imagen que nos brinda Hollywood de la violencia no tiene nada que ver con la realidad, de la misma forma que la pornografía no tiene nada que ver con el sexo. Los estudios existentes demuestran que, en el mundo real, la violencia no es contagiosa, no dura mucho tiempo y, desde luego, no es nada fácil entregarse a ella.

Cuanto más leía sobre los análisis del coronel Marshall y los estudios posteriores, más dudas me entraban sobre la imagen del hombre como máquina de guerra. Porque, si Hobbes estaba en lo cierto, cabría esperar que siguiéramos disfrutando de matar hasta el día de hoy. Con lo cual no quiero decir que matar tuviera que gustarnos tanto como el sexo, pero ¿cómo se explica entonces ese rechazo tan profundo a la violencia?

Por el contrario, si era Rousseau quien tenía razón, los nómadas prehistóricos que vivían como cazadores-recolectores tendrían que haber sido especialmente pacíficos. Nuestro rechazo natural a la violencia habría ido evolucionando a lo largo de decenas de miles de años, a medida que conquistábamos el mundo en nuestra condición de *Homo cachorrito.*

¿Podía ser que estuviera equivocado Steven Pinker, el psicólogo del tocho de mil páginas? ¿Podía ser que fueran incorrectas sus demoledoras estadísticas sobre el elevado número de víctimas de guerra en la prehistoria, cifras que yo mismo había citado con avidez en mis anteriores libros y artículos?

Decidí volver a la casilla de salida y empezar a buscar de nuevo, pero esta vez tratando de prestar menos atención a los libros para el gran público. Me sumergí en la literatura académica y enseguida descubrí una tendencia. Cuando un investigador describía al ser humano como un mono asesino, la prensa solía hacerse eco de su estudio. Pero cuando un colega afirmaba que no era para tanto, nadie le hacía ni caso.

Entonces me pregunté si nuestra fascinación por el espectáculo y las noticias sensacionalistas estaba nublando nuestra mirada. ¿Podía ser que la verdad científica fuera diametralmente opuesta a lo que nos querían hacer creer los best sellers y los estudios más difundidos?

Volvamos a Raymond Dart, el anatomista que estudió los primeros restos encontrados del *Australopithecus africanus.* Dart analizó las fracturas en los huesos de aquel homínido que había vivido dos millones de años antes y llegó a la conclusión de que tenía que haber sido un caníbal de instinto sanguinario.

Su dictamen tuvo gran difusión y alcanzó una popularidad enorme. Piensa por ejemplo en películas como *El planeta de los simios* y *2001: Una odisea del espacio,* las dos de 1968, en las cuales se explora la teoría del mono asesino. «Me interesa la naturaleza cruel y violenta del hombre», dijo el director Stanley Kubrick, «porque es una imagen fiel de la realidad.»[31]

Muchos años después, nuevos estudios forenses de los restos del *Australopithecus africanus* apuntaron en una dirección muy distinta. Hoy en día, los expertos están de acuerdo en que no eran otros homínidos quienes causaban las fracturas con piedras, colmillos y cuernos, sino animales depredadores. En

2006 llegaron a la conclusión de que el individuo cuyo cráneo había estudiado Raymond Dart en 1924 había sufrido en realidad el ataque de una gran ave predadora.[32]

¿Y qué hay entonces de nuestros primos los chimpancés, que son capaces de descuartizar a sus semejantes? ¿No son la prueba viviente de que llevamos el instinto asesino grabado en los genes?

Sobre ese punto sigue sin haber consenso en la comunidad científica. Hay un debate muy acalorado sobre los motivos por los que los chimpancés cometen actos de violencia fratricida. Algunos investigadores creen que tiene que ver con la intromisión del hombre. Los chimpancés se vuelven más agresivos cuando se les suministran continuamente plátanos, como hacía Jane Goodall en Tanzania, porque entonces empiezan a pelearse por el derecho a recibir tales obsequios.[33]

Debo decir que, en primera instancia, me pareció tentadora la idea de dar por buena esa explicación. Pero al final no me resultó convincente, sobre todo cuando leí un megaestudio de 2014 con datos de dieciocho comunidades de chimpancés a lo largo de un periodo de cincuenta años.[34] Los investigadores estudiaron la cuestión desde todas las perspectivas posibles, pero no pudieron establecer una relación entre los «chimpancicidios» y la intromisión del hombre. Sin estímulos externos, los chimpancés también cometían actos de suma violencia.

Pero, por suerte, formamos parte de una familia muy grande. Los gorilas, por ejemplo, son mucho más pacíficos. Y no digamos los bonobos, con sus cuellos bien definidos, sus manos más refinadas y sus dientes más pequeños. Los bonobos se pasan el día entero jugando, son la afabilidad en persona y nunca llegan a transformarse del todo en adultos.

¿No te recuerda eso a algo? Exacto: los biólogos sospechan que el bonobo también se ha domesticado a sí mismo, igual que el *Homo cachorrito.* Sus rostros tienen rasgos asombrosamente

humanos.[35] En ese sentido, tal vez debamos compararnos con los bonobos, no con los chimpancés.

Sin embargo, cabría preguntarse hasta qué punto es relevante el encarnizado debate sobre nuestros primos hermanos, porque, a fin de cuentas, no somos chimpancés ni bonobos. En total hay más de doscientos tipos de primates muy diferentes entre ellos. Según el eminente primatólogo Robert Sapolsky, los monos no nos pueden enseñar gran cosa sobre cómo eran nuestros ancestros: «Es un debate estéril.»[36]

Tenemos que volver, por tanto, a la cuestión esencial, la pregunta sobre la que se devanaron los sesos Hobbes y Rousseau: ¿en qué medida eran violentos los primeros humanos?

En este capítulo he nombrado ya dos métodos para tratar de dar respuesta a esa interrogante: podemos estudiar a aquellos que aún viven como cazadores-recolectores –puesto que así era como vivían nuestros antecesores– o buscar pruebas arqueológicas en forma de huesos y objetos.

Empecemos por el primero. Ya he hablado de *The Fierce People* (El pueblo feroz), el libro del antropólogo Napoleon Chagnon, que se convirtió en el libro de antropología más vendido de la historia. Chagnon argumentaba que los yanomami de Brasil y Venezuela son gente de guerra, y que los homicidas tenían tres veces más descendencia que los pacifistas (a quienes Chagnon se refiere como *wimps,* que podría traducirse como «cobardes», «pusilánimes» o «gallinas»).[37]

Pero ¿qué había de cierto en su estudio? La comunidad científica está actualmente de acuerdo en que la mayoría de los cazadores-recolectores contemporáneos no son representativos de la forma de vivir de nuestros antecesores. Muchos de ellos están metidos hasta la médula en la civilización y tienen contacto habitual con agricultores y ciudadanos corrientes. Ya solo por el hecho de que los antropólogos hayan estudiado su comportamiento, están «contaminados» como objeto de estudio. (Y pocas tribus

están tan «contaminadas» como los yanomami. A cambio de su colaboración, Chagnon les proporcionaba hachas y machetes, para concluir a continuación que eran un pueblo violento.)[38]

¿Y la conclusión de que aquellos que mataban a otros hombres tenían más descendencia que los demás? Eso también es insostenible. Chagnon cometió dos errores de cálculo monumentales. En primer lugar, se olvidó de corregir el efecto de la edad. En su base de datos, los homicidas eran, por término medio, diez años más mayores que los «pusilánimes». No hay nada de sorprendente en el hecho de que los hombres de treinta y cinco años (de media) tengan más hijos que los de veinticinco.

Además, Chagnon tuvo en cuenta únicamente el número de hijos de los asesinos que seguían vivos, lo cual tampoco tiene ningún sentido. Quien mata a alguien, corre un serio riesgo de sufrir una muerte violenta. Venganza se llama eso. Si no se tiene en cuenta esa posibilidad, es como si, tras estudiar únicamente a los ganadores, llegas a la conclusión de que jugando a la ruleta te haces rico.[39]

Lo irónico de todo esto es que los yanomami añadieron una palabra a su vocabulario tras la visita de Chagnon: *antro*. En su lenguaje significaba «poderoso ser inhumano con tendencias profundamente inquietantes y disparatadas excentricidades».[40] Desde 1995, Chagnon tiene prohibido volver al territorio de los yanomami.

El bestseller de Chagnon, por tanto, podemos descartarlo. Pero aún queda una prueba autorizada de nuestra naturaleza violenta: el tocho de mil páginas lleno de gráficos y tablas del psicólogo Steven Pinker.

En *Los ángeles que llevamos dentro,* Pinker calcula el número medio de muertes violentas en ocho pueblos primitivos y presenta como resultado el 14 por ciento. Esa alarmante cifra llegó a las páginas de prestigiosas revistas como *Science* y se ha repetido hasta la saciedad en la prensa y la televisión. Sin

embargo, cuando otros investigadores estudiaron sus fuentes, descubrieron que Pinker había mezclado todo tipo de datos. Aquí entramos en un terreno un poco técnico, pero es esencial para comprender dónde está su error.

La cuestión es esta: ¿qué pueblos de cazadores-recolectores existentes hoy en día son representativos de cómo vivíamos hace cincuenta mil años? Durante el 95 por ciento de nuestra historia, vivimos en grupos pequeños y relativamente igualitarios de nómadas que se extendieron por todo el mundo.

Pinker, sin embargo, usó para su estudio casi exclusivamente culturas híbridas. Es decir, hombres que, si bien es cierto que cazaban y recolectaban, también se habían establecido en un asentamiento fijo, montaban a caballo y dedicaban parte de su tiempo a la agricultura.

Todos esos fenómenos, como sabemos, son relativamente recientes. La agricultura se inventó hace solo diez mil años, y el caballo no se domesticó hasta hace cinco mil años. Si queremos investigar cómo vivían nuestros ancestros más remotos, no tiene mucho sentido observar el comportamiento de hombres que montan a caballo y tienen un huerto.

Y aunque diéramos por bueno el método de Pinker, los datos que ofrece son incorrectos. Según él, el 30 por ciento de los aché de Paraguay (los primeros de su lista) y el 21 por ciento de los jivi de Venezuela y Colombia (los terceros) habrían muerto de forma violenta en el marco de conflictos fratricidas. Con esas cifras, uno diría que se trata de tribus increíblemente sanguinarias.

Sin embargo, el antropólogo Douglas Fry se sumergió en las fuentes originales de Pinker y descubrió que todos y cada uno de los 46 aché supuestamente «muertos en acto de guerra» habían sucumbido en realidad a los disparos de «un paraguayo».

Los aché no se mataban entre ellos, sino que, según la fuente principal, «sufrían el despiadado acoso de los traficantes de esclavos y el ataque de los colonizadores paraguayos», cuan-

do ellos lo que querían era establecer «una relación pacífica con sus poderosos vecinos». En el caso de los jivi ocurre exactamente lo mismo. Los hombres, mujeres y niños que Pinker contabiliza entre las víctimas de guerras fratricidas fueron asesinados en realidad en 1968 por campesinos locales.[41]

De los contundentes datos de homicidios, por tanto, no se sostiene nada. Los cazadores-recolectores contemporáneos no se mataban entre ellos en conflictos fratricidas, sino que morían a manos de agricultores «civilizados» con armas avanzadas. «Los gráficos y las tablas (...) les dan a los datos una apariencia de objetividad científica», escribe Fry. «Pero en este caso es todo un mero espejismo.»[42]

¿Qué podemos aprender, entonces, de la antropología moderna? ¿Qué ocurre si examinamos en detalle una sociedad sin asentamientos, sin agricultura y sin caballos? ¿Una sociedad, en definitiva, que represente de forma fidedigna nuestra forma de vida en la prehistoria?

Seguramente estás viendo venir la respuesta. Y, en efecto, en ese tipo de comunidades la guerra es una rareza. Según las conclusiones de Douglas Fry –basadas en una lista de grupos humanos representativos que elaboró en 2013 para la revista *Science*–, los cazadores-recolectores con un estilo de vida nómada tienen una aversión natural a la violencia.[43] Cuando hay un conflicto, prefieren resolverlo negociando o, simplemente, trasladándose al siguiente valle, lo cual recuerda a lo que hacían los chicos de la isla de 'Ata, que cuando discutían se separaban hasta que se les pasaba el enfado.

Y una cosa más: durante muchos años, los investigadores dieron por supuesto que el hombre prehistórico tenía una red muy limitada de contactos sociales. Según la teoría más generalizada, íbamos por la selva en grupos de treinta o cuarenta miembros de una misma familia, y cuando nos cruzábamos con otro grupo, enseguida se desataba una guerra.

Hasta que, en 2011, un equipo de investigadores norteamericanos estudió las redes de contactos sociales de 32 sociedades primitivas, desde los nunamiut de Alaska hasta los vedda de Sri Lanka, y resultó que los nómadas son llamativamente sociables. Continuamente se reúnen para comer y cantar e incluso para celebrar matrimonios entre miembros de grupos distintos.

Para cazar y recolectar frutos, como es natural, trabajan en pequeños grupos de treinta o cuarenta miembros. Pero dichos grupos tienden a estar formados por amigos, más que por familiares. Además, son habituales los cambios de grupo. Como resultado de todo ello, los nómadas tienen una gran red de contactos sociales. Según un estudio de 2014, los aché de Paraguay y los hadza de Tanzania establecen contacto, por término medio, con nada menos que mil personas a lo largo de su vida.[44]

Hay muchos motivos, en resumen, para suponer que nuestros ancestros más remotos tenían amplios círculos de amistades. Y quien tiene muchos amigos tiene muchas oportunidades de aprender cosas nuevas. Solo de esa forma pudimos superar la inteligencia de los neandertales.[45]

Pero hay una segunda forma de averiguar hasta qué punto eran violentos los primeros humanos: excavando. Las pruebas arqueológicas son, en mi opinión, el mejor método para dirimir el debate entre Hobbes y Rousseau, porque los fósiles no pueden «contaminarse» por contacto con los investigadores modernos. El único problema es que los cazadores-recolectores no dejaron muchas huellas de su paso por el mundo. Estamos hablando, a fin de cuentas, de nómadas con pocas posesiones.

Por suerte, hay una importante excepción: las pinturas rupestres. Si el estado natural del hombre conduce a «una guerra de todos contra todos», como afirmaba Hobbes, cabría esperar que alguien hubiera dejado constancia de ello en algu-

na pintura. Sin embargo, entre los miles de pinturas conocidas de esa época con escenas de caza de bisontes, caballos y gacelas, nunca se ha encontrado nada que apunte en esa dirección.[46]

¿Y qué hay de los viejos esqueletos? En su famoso libro, Steven Pinker habla de veintiún yacimientos con una media de un 15 por ciento de muertes violentas. Sin embargo, aquí tropezamos con el mismo problema. Los criterios de Pinker son muy poco rigurosos. Veinte de los veintiún yacimientos son de una época en que ya se había inventado la agricultura, el caballo ya estaba domado o el grupo se había establecido en un asentamiento fijo. Y, como hemos visto, todo eso son fenómenos recientes.

Entonces, ¿cuántas pruebas arqueológicas hay de guerras primitivas, de antes de la invención de la agricultura, la domesticación del caballo y los primeros asentamientos? ¿Cuántas pruebas hay, en definitiva, de que la guerra forma parte de nuestra naturaleza?

La respuesta es que no hay casi ninguna prueba.

A día de hoy han aparecido ya, en cuatrocientos lugares distintos, en torno a tres mil esqueletos de *Homo sapiens* lo bastante antiguos como para poder afirmar algo de nuestro «estado natural».[47] Los investigadores que analizaron todos esos yacimientos no encontraron ninguna prueba convincente de belicosidad en la prehistoria.[48] En periodos posteriores, sin embargo, la cosa es muy distinta.

«La guerra no es un fenómeno que se remonte al principio de los tiempos», concluye el eminente arqueólogo Brian Ferguson. «Se trata de algo que empezó en un momento determinado.»[49]

5. LA MALDICIÓN DE LA CIVILIZACIÓN

1

¿Tenía entonces razón Jean-Jacques Rousseau? ¿Es verdad que el hombre es bueno por naturaleza y que todo se torció con la aparición de la civilización, cuando nos hicimos sedentarios?

Esa era, poco a poco, la impresión que estaba empezando a tener. Veamos, por ejemplo, el testimonio de alguien que desembarcó en las Bahamas en 1492 y se sorprendió por la forma de vida pacífica de los indígenas: «[E]llos no traen armas, ni las cognoscen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia.» Aquello le dio una idea al visitante: «Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía (...). [C]incuenta hombres los ternán todos sojuzgados y les harán hacer todo lo que quisieren.»[1]

Cristóbal Colón, que fue quien escribió esas líneas en su informe a los Reyes Católicos, pasó enseguida del dicho al hecho. Un año después volvió con 1.500 hombres repartidos entre diecisiete barcos y puso en marcha el tráfico de esclavos en la Edad Moderna. Cincuenta años después de su llegada, solo quedaba el 1 por ciento de la población original del Caribe. Todos los demás habían sucumbido a las enfermedades y la esclavitud.

Tuvo que ser un shock increíble para aquellos supuestos salvajes entrar en contacto con los colonizadores «civilizados». Para algunos de ellos, la simple idea de que un hombre pudiera matar a otro sería absurda. Tal vez parezca exagerado, pero piensa que, hasta el día de hoy, hay sociedades en las que el asesinato es inconcebible.

En medio del océano Pacífico, por ejemplo, está la pequeña isla de Ifalik. Después de la Segunda Guerra Mundial, los marines norteamericanos le mostraron a la población local películas de Hollywood para buscar el acercamiento. La violencia que vieron en la pantalla les causó tal repulsa que algunos estuvieron varios días literalmente enfermos. Jamás habían visto una cosa tan terrible.

Varios años después, una antropóloga fue a Ifalik a hacer trabajo de campo y los isleños le preguntaron repetidamente si era posible algo como lo que habían visto. ¿De verdad había personas que mataban a otros en Estados Unidos?[2]

La historia de la humanidad oculta, en resumen, un gran misterio. Porque, si realmente tenemos una profunda aversión instintiva a la violencia, ¿cómo es posible que seamos capaces de cometer tantas atrocidades? Si la guerra es algo ajeno a nuestra naturaleza y empezó a producirse en un momento determinado de la historia, ¿cuál fue el detonante?

Empecemos con una acotación a lo dicho hasta ahora sobre la vida en la prehistoria, para no caer en el error de idealizar en exceso a nuestros ancestros. El ser humano nunca ha sido un angelito. En nuestro estado natural también éramos capaces de hacernos la vida imposible unos a otros. La envidia, el odio y la ira son emociones primigenias que siempre han causado estragos. Es más, el *Homo cachorrito* no habría conquistado el mundo si no hubiera empleado la violencia en casos excepcionales.

Para comprender esto último es importante saber primero una cosa sobre política prehistórica. Nuestros ancestros eran

alérgicos a la inequidad. Las decisiones se tomaban de forma conjunta tras largos debates en los que todo el mundo podía decir lo que le pareciera. «Los cazadores-recolectores con un estilo de vida nómada», concluye un antropólogo americano sobre la base de 339 estudios de campo, «tenían un afán casi obsesivo por liberarse de la autoridad de otros.»[3]

Los nómadas solo toleraban diferencias de poder temporales y siempre basadas en algún mérito. Los líderes tenían más conocimientos, más aptitudes o más carisma. Los científicos hablan de «inequidad meritocrática». O dicho de forma más simple: había que demostrar algo.

Al mismo tiempo, había un mecanismo muy sencillo para estimular la modestia: la vergüenza. El antropólogo canadiense Richard Lee, que vivió durante años entre los !kung del desierto de Kalahari, describe de forma muy gráfica cómo debió de funcionar la cosa durante muchos milenios. Un varón de la tribu le explicó cómo debe comportarse un buen cazador.

> Primero debe sentarse en silencio y esperar a que alguien se acerque a su fuego a preguntarle: «¿Qué has visto hoy?» El cazador responde con voz queda: «Bah, cazar no es lo mío. No he visto nada en absoluto. O bueno... tal vez algún animal pequeño.» Entonces sonrío para mis adentros, porque sé que ha cazado una pieza muy grande.[4]

Pero que nadie me malinterprete: la vanidad ha existido siempre. Y lo mismo se puede decir de la avaricia. Sin embargo, durante miles de años, el *Homo cachorrito* hizo todo lo posible por reprimir esos instintos. O, como dijo uno de los !kung: «No nos gusta quien alardea, porque un día su orgullo lo llevará a matar a alguien. Por eso, siempre le decimos que sus capturas son una birria. De esa forma enfriamos su corazón y ablandamos su carácter.»[5]

Hacer acopio de bienes o almacenar alimentos también era tabú entre los cazadores-recolectores. Durante la mayor parte de nuestra historia no acumulábamos posesiones, sino amistades. Los descubridores europeos se sorprendían una y otra vez de la generosidad de los pueblos que encontraban en sus viajes. «Cuando les pides algo que tienen, nunca dicen que no», escribió Colón en su diario. «Al contrario, ofrecen compartirlo con cualquiera.»[6]

Obviamente, no todo el mundo se atenía siempre a esos principios éticos. Pero con ello asumían un gran riesgo, porque, quien se comportaba de forma arrogante o daba muestras de avaricia, podía ser expulsado del grupo. Y si eso no funcionaba, había un último y definitivo remedio.

A modo de ejemplo podemos citar el siguiente incidente, que tuvo lugar en la tribu de los !kung. El protagonista es /Twi, un miembro de la tribu que había asesinado a dos personas, y su comportamiento era cada vez más inmanejable. Hasta que el grupo se hartó.

> Entonces, todos le dispararon flechas venenosas hasta que lo dejaron como un puercoespín. Y cuando ya estaba muerto, las mujeres se acercaban a él, igual que los hombres, y le atravesaban el cuerpo con sus lanzas, compartiendo simbólicamente la responsabilidad por su muerte.[7]

Según los antropólogos, en la prehistoria tuvieron que producirse de vez en cuando ese tipo de situaciones. Cuando alguien se sentía por encima de los demás, el grupo tomaba cartas en el asunto. Y, de esa forma, el hombre se fue domesticando a sí mismo. Los individuos más agresivos, al verse arrinconados, tenían menos posibilidades de procrear, y los más dóciles traían más hijos al mundo.[8]

Durante la mayor parte de nuestra historia, los hombres

y las mujeres eran más o menos iguales. La imagen estereotipada del hombre primitivo es la del cavernícola con una porra en la mano y muy mala uva. Pero, según todos los indicios, el hombre ancestral no era lo que hoy entendemos por un macho dominante. Más bien era un protofeminista.

Los investigadores sospechan que la igualdad entre sexos ofrecía una ventaja crucial frente a otras especies humanas (como los neandertales). Según diversos estudios de campo, en las sociedades sujetas a una autoridad masculina, los hombres tienden a relacionarse únicamente con sus hermanos y sus primos varones. Pero allí donde las mujeres comparten la autoridad, los miembros de la comunidad tienen un círculo social más amplio.[9] Y, como vimos en el capítulo 3, quien tiene más amigos aprende más cosas y acaba siendo, en última instancia, más inteligente.

La igualdad entre sexos se reflejaba también en el reparto de tareas relativas a la educación de los hijos. En las sociedades primitivas, los hombres pasaban (y pasan) más tiempo con sus hijos que los padres de nuestro tiempo.[10] La atención a los hijos se consideraba una responsabilidad compartida. Todos los miembros de la comunidad acunaban a los bebés y, a veces, distintas mujeres amamantaban a un mismo niño. «Ese tipo de experiencias», escribe una antropóloga, «ayudan a explicar por qué los niños de esas sociedades ven el mundo como un "lugar que provee".»[11] Mientras que los padres modernos enseñan a sus hijos a desconfiar de los extraños, en la prehistoria los niños crecían en una sociedad basada en la confianza entre las personas.

Por último, hay fuertes indicios de que la vida amorosa de los cazadores-recolectores era muy relajada. Los biólogos dicen que el ser humano es «monógamo en serie». Los hadza, de Tanzania, tienen por término medio entre dos y tres parejas a lo largo de la vida, y son las mujeres quienes eligen.[12] Entre los aché, en las montañas de Paraguay, las

mujeres tienen por término medio doce maridos.[13] Disponer de una amplia red de potenciales padres es muy práctico, porque la ayuda de todos esos papás puede ser muy necesaria para criar a los hijos.[14]

En el siglo XVII, un misionario le advirtió a un miembro de la tribu de los innu (en la actual Canadá) de los peligros de la infidelidad, y el hombre respondió: «Está usted mal de la cabeza. Ustedes, los franceses, solo quieren a sus propios hijos. Nosotros queremos a todos los niños de la tribu.»[15]

2

Cuanto más leía sobre la forma de vida de nuestros ancestros, más preguntas me surgían. Si era verdad que en la prehistoria vivíamos en un mundo de libertad e igualdad, ¿por qué renunciamos a él? ¿Por qué conseguían los cazadores-recolectores deshacerse de aquellos que trataban de tomar el mando con arrogancia y hoy en día no hay manera de librarse de ese tipo de líderes?

La explicación habitual es que las sociedades modernas son tan complejas que ya no pueden organizarse sin ellos. Los Estados y las multinacionales necesitan reyes, presidentes y directores generales. Según el geógrafo Jared Diamond, «los grandes grupos de población no pueden funcionar adecuadamente sin líderes que tomen las decisiones».[16]

Esa teoría sonará como música en los oídos de muchos reyes y directores. Y también suena como algo plausible, porque ¿cómo se puede construir un templo, una pirámide o una ciudad sin alguien que maneje los hilos desde arriba?

Sin embargo, una cosa es segura: se puede. A lo largo de la historia hay numerosos de ejemplos de comunidades que erigieron templos o construyeron ciudades sin que existiera una jerarquía rígida.

En 1995, un grupo de arqueólogos desenterró en el sur de Turquía un enorme complejo de templos con fabulosas columnas talladas de más de veinte toneladas cada una. Algo así como Stonehenge, pero más impresionante y, desde luego, mucho más avanzado. Cuando los investigadores dataron las piedras, descubrieron algo asombroso. Los monumentos tenían más de once mil millones de años de antigüedad. Es decir, que no los habían construido agricultores (organizados en sociedades con reyes y burócratas por encima de ellos), sino cazadores-recolectores.[17]

Miles de personas tuvieron que trabajar en la construcción de Göbekli Tepe (como se denomina el complejo, literalmente, Colina del Ombligo). Este santuario, hoy por hoy el más antiguo del mundo, es el resultado de lo que los investigadores denominan un «esfuerzo de trabajo colectivo». De todos los confines acudían peregrinos a aportar su granito de arena. Hubo una gran inauguración en la que se asaron infinidad de gacelas (los arqueólogos lo saben porque han aparecido miles de huesos). Aquel tipo de monumentos no se construían para mayor gloria de un rey o un gobernador. El objetivo era estrechar los lazos entre las personas.[18]

No obstante, existen indicios de que en la prehistoria también había de vez en cuando alguien que se hacía con el poder. En 1955 aparecieron una serie de lujosas tumbas en Sungir, un yacimiento situado doscientos kilómetros al norte de Moscú. Los huesos tenían pulseras de marfil de mamut pulido, diademas de dientes de zorro y miles de cuentas de marfil. Las joyas resultaron tener treinta mil años de antigüedad. Aquello tenían que ser las suntuosas tumbas de una especie de príncipes y princesas, mucho antes de que el hombre construyera pirámides y catedrales.[19]

No obstante, eso era la excepción. Los yacimientos de ese tipo son escasos y están separados por cientos de kilómetros entre sí. Los investigadores sospechan, por eso, que en la pre-

historia emergían ocasionalmente líderes, pero la comunidad no tardaba en destronarlos.[20] Durante decenas de miles de años, el hombre disponía de diversos mecanismos infalibles para bajarle los humos a quien se consideraba mejor que los demás. Humor. Burlas. Cotilleos. Y, en último extremo, una flecha en el culo.

Pero llegó un día en que ese sistema dejó de funcionar y ya no había forma de derribar a los líderes de su pedestal. Y la pregunta vuelve a ser la misma: ¿por qué?

3

Para comprender cómo empezaron a cambiar las tornas tenemos que retroceder quince mil años en el tiempo, cuando terminó la última glaciación. Hasta aquel momento, el planeta estaba muy poco poblado y los miembros de las comunidades humanas combatían juntos el frío. Un biólogo austriaco, con gran sentido del humor, transformó la expresión inglesa *struggle for survival* (lucha por la supervivencia) en *snuggle for survival* (acurrucarse para sobrevivir).[21] O, dicho de forma más simple: nos dábamos calor unos a otros.

Pero entonces cambió el clima. Las tierras entre el Nilo al oeste y el Tigris al este se convirtieron en un vergel, y cada vez más grupos se asentaban allí. En aquel lugar tan fértil y de clima tan propicio, la existencia dejó de ser una lucha contra los elementos que favorecía el contacto y la fraternidad. Allí había agua y alimentos en abundancia para todo el mundo, por lo que parecía lógico establecer asentamientos permanentes. Se construyeron cabañas y templos. Aparecieron aldeas y pequeñas ciudades. La población creció.[22] Pero el cambio decisivo, a efectos del tema de este libro, fue que la gente empezó a acumular posesiones.

¿Recuerdas lo que dijo Rousseau sobre la propiedad pri-

vada? «El primer hombre que cercó un terreno y se atrevió a decir: "esto es mío"...» Ese es el momento en que todo se echó a perder.

No debió de ser fácil convencer a la gente de que la tierra, los animales e incluso las personas podían pertenecer a alguien en exclusiva. Hasta entonces, los cazadores-recolectores lo habían compartido casi todo.[23] Con la invención de la propiedad privada creció la desigualdad entre las personas. Después de la muerte, además, las posesiones empezaron a transmitirse por herencia a la siguiente generación, lo cual no hizo sino aumentar la brecha entre ricos y pobres.

Pero lo más fascinante es que precisamente en ese periodo, cuando terminó la última glaciación, estallaron las primeras guerras. Según demuestran múltiples estudios arqueológicos, el hombre construyó las primeras fortificaciones militares cuando se asentó en un lugar fijo. Por aquella época empezaron a aparecer pinturas rupestres con grupos de arqueros enfrentados entre sí, y también se han encontrado infinidad de esqueletos de ese periodo con claros indicios de violencia.[24]

¿Cómo es posible que se produjera esa inflexión en el curso de la historia? Los investigadores citan al menos dos causas fundamentales. En primer lugar, ahora había posesiones por las que luchar, en concreto, parcelas del territorio. Y, en segundo lugar, la vida sedentaria hizo que empezáramos a desconfiar de los desconocidos.

Los grupos de cazadores-recolectores con un estilo de vida nómada eran bastante abiertos. Uno se cruzaba continuamente con nuevos grupos y era fácil unirse a ellos.[25] Los habitantes de un asentamiento fijo, sin embargo, volvieron la mirada hacia sí mismos y, sobre todo, hacia sus posesiones. El *Homo cachorrito* dejó de ser cosmopolita y empezó a ser xenófobo.

La guerra, irónicamente, pasó a ser una de las principales razones para colaborar con otros grupos. Los pueblos empe-

zaron a establecer alianzas para protegerse contra amenazas externas. Aparecieron los líderes militares, en muchos casos hombres carismáticos que habían demostrado especial valor en la batalla. Con cada nueva guerra, dichos generales reforzaban su posición, y llegó un momento en que ya no querían renunciar a su poder, ni siquiera en tiempos de paz.

La mayoría de las veces, sin embargo, el pueblo no se sometía a la autoridad de esos generales. «Tuvo que haber miles de machos», observa un historiador, «que no consiguieron consolidarse como reyes.»[26] Hasta que llegó un día en que era demasiado tarde para deshacerse de ellos. Los generales habían reunido a demasiados fieles para protegerse frente a la plebe, y las sociedades dominadas por ese tipo de líderes se orientaron cada vez más hacia la guerra.

Si queremos comprender el fenómeno de la guerra, tenemos que mirar a aquellos que detentan el poder: los generales y los reyes, los presidentes y los ministros. Son esos leviatanes quienes provocan las guerras, porque los conflictos bélicos son beneficiosos para sus intereses, su poder y su prestigio.[27] En el Antiguo Testamento, el profeta Samuel advierte a los israelitas contra la autoridad de un rey. Es uno de los pasajes más clarividentes y siniestros de la Biblia:

> Así actuará quien reine sobre vosotros: tomará a vuestros hijos y los usará para tirar de sus carros y montar sus caballos. Los utilizará en su ejército como jefes de centuria y oficiales. Los obligará a sembrar y segar sus campos, a fabricar sus armas y sus carros. A vuestras hijas las usará para preparar bálsamos y las hará trabajar de panaderas y cocineras. Tomará vuestros campos, vuestras viñas y vuestros mejores olivares y se los entregará a sus sirvientes. Os exigirá un diezmo de vuestras cosechas y vuestras vendimias para dárselo a sus cortesanos y servidores. Tomará a vuestros siervos y siervas, a vuestros mejores bueyes y asnos, y los empleará en sus labores. Os

exigirá diezmos hasta de vuestros rebaños, y vosotros mismos seréis sus siervos.*

Con los primeros asentamientos fijos y la invención de la propiedad privada empezó una nueva era en la historia de la humanidad. Un 1 por ciento de la población empezó a oprimir al 99 por ciento restante. Los charlatanes se repartieron los puestos de capitanes y generales, patriarcas y reyes. La era de la libertad, igualdad y fraternidad había llegado a su fin.

4

Mientras profundizaba en los descubrimientos arqueológicos más recientes, volví a acordarme de Jean-Jacques Rousseau. Muchos escritores autodenominados «realistas» lo han descalificado muchas veces con adjetivos como idealista o ingenuo. Pero cada vez había más indicios de que tal vez fuera Rousseau el auténtico realista.

El filósofo francés rechazaba el dogma de que la aparición de la civilización solo había tenido consecuencias positivas. No aceptaba la idea –divulgada hasta el día de hoy en colegios y universidades– de que antes éramos primitivos hombres de las cavernas que se abrían la cabeza unos a otros, que la paz, la seguridad y la prosperidad solo eran posibles gracias a la invención de la propiedad privada, la agricultura y el Estado, y que nuestros antepasados recibieron esos regalos como una bendición caída del cielo, pues estaban hartos de pasar hambre y vivir en continuo estado de guerra.

* Para todas las citas bíblicas he utilizado como referencia principal –aunque no exclusiva– la edición de la Sagrada Biblia de la facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Ediciones Universidad de Navarra, S. A. (EUNSA), Pamplona, 1997-2016. *(N. del T.)*

Nada más lejos de la realidad, pensaba Rousseau. Para él, la guerra había surgido precisamente cuando nos asentamos en un lugar fijo, tal y como confirma ahora la arqueología, y la invención de la agricultura había sido un gran fiasco, idea para la que también hay abundantes evidencias científicas.

Los antropólogos han descubierto, por ejemplo, que los cazadores-recolectores tenían una vida muy tranquila. Nuestros antepasados trabajaban como máximo veinte o treinta horas a la semana. La naturaleza suministraba todo lo que necesitaban y disponían de gran cantidad de tiempo para jugar, relajarse, socializar y entregarse a los placeres del amor.[28]

Los agricultores, sin embargo, tenían que romperse los cuernos en el campo y disponían de menos tiempo para la vida social. Algunos teólogos sospechan incluso que el relato bíblico del diluvio universal remite a la invención de la agricultura. «Te ganarás el pan con el sudor de tu frente», leemos en el capítulo 3 del Génesis.[29]

Las mujeres fueron tal vez quienes pagaron un precio más alto con el paso de una vida nómada a una vida sedentaria. Con la invención de la propiedad privada y la agricultura, la era del protofeminismo llegó a su fin. Los hijos permanecían ahora en casa con sus padres, para trabajar la tierra y cuidar el ganado, lo cual significaba que había que traer a sus novias a la granja familiar. En el curso de los siglos, las hijas quedaron reducidas a mercancías con las que se comerciaba como si fueran vacas u ovejas.[30]

En sus nuevas familias, las mujeres eran vistas con recelo. Hasta que no habían dado a luz a un hijo, no podían estar un poco más tranquilas (siempre y cuando el hijo fuera legítimo). No es de extrañar, por tanto, que la virginidad de las hijas se convirtiera en una obsesión. En la prehistoria, las mujeres eran libres para ir y venir a su antojo. Ahora, vivían encadenadas al hogar, con la cabeza cubierta por un velo.

Así fue como nació el patriarcado.

Y las cosas no hicieron más que empeorar. Rousseau también tenía razón cuando escribió que los agricultores tenían peor salud que los cazadores-recolectores. Los nómadas hacían suficiente ejercicio y tenían una dieta variada, rica en fibras y vitaminas. Con la agricultura, sin embargo, la dieta se volvió monótona, con cereales o arroz en el desayuno, la comida y la cena.[31]

Además, grupos cada vez más grandes vivían ahora en espacios reducidos, junto a sus propios excrementos. El hombre domesticó animales como la vaca y la oveja y empezó a beber su leche. Como consecuencia de ello, las ciudades se convirtieron en enormes cajas de Petri donde todo tipo de virus y bacterias podían mutar alegremente.[32] O, como escribió Rousseau: «al narrar la historia de la sociedad civil, narramos también la historia de las enfermedades humanas».

Sarampión, viruela, tuberculosis, sífilis, malaria, cólera, peste... Todas esas plagas aparecieron cuando abandonamos nuestro estilo de vida nómada. Nos las traspasaron nuestros animales domésticos. O, para ser más exacto, sus microbios. El sarampión, por ejemplo, viene de la vaca, y la gripe es el resultado de un *ménage à trois* entre el hombre, el cerdo y el pato que, además, presenta cada vez una nueva variante.

Y no olvidemos las infecciones de transmisión sexual (ITS), que entre los cazadores-recolectores eran extremadamente raras, pero entre los agricultores y ganaderos empezaron a propagarse rápidamente. ¿Por qué? La razón es un poco embarazosa. Con la invención de la ganadería, se inventó también la zoofilia. Dicho crudamente: el sexo con animales. En un mundo cada vez más remilgado y reprimido, de vez en cuando había un campesino que se aliviaba a escondidas con uno de sus cuadrúpedos.[33]

Lo cual es, además, una segunda razón para la obsesión del hombre con la virginidad de la mujer. Además de evitar la procreación de bastardos, era una cuestión de prevención de

infecciones. Sobre todo los reyes y los emperadores, que tenían todo un harén a su disposición, hacían lo posible y lo imposible por conservar la «pureza» de sus concubinas. De ahí viene también la idea, arraigada hasta el día de hoy en millones de personas, de que el sexo antes del matrimonio es pecado.

Hambrunas, inundaciones, epidemias... Desde el momento en que nos asentamos en un lugar fijo, las catástrofes empezaron a sucederse a gran velocidad. Bastaba con que se perdiera una cosecha o se propagara un virus para que murieran pueblos enteros. Para el *Homo cachorrito* tenían que ser experiencias desconcertantes. ¿Por qué ocurrían esas cosas? ¿Quién era el responsable?

El hombre siempre había creído en dioses y espíritus,[34] pero lo interesante es que a los dioses de los cazadores-recolectores no les interesaba mucho la vida de las personas ni se molestaban en castigar a los pecadores. Un antropólogo americano que vivió durante años entre los hadza de Tanzania, cuyo estilo de vida sigue siendo nómada, escribió lo siguiente sobre su religión:

> En mi opinión se puede decir que los hadza tienen una religión –o, al menos, una cosmología–, pero lo suyo tiene muy poco que ver con lo que entendemos por una religión en las sociedades complejas (el cristianismo, el islam, el hinduismo, etcétera). No tienen iglesias, predicadores, sacerdotes o líderes espirituales, ni ídolos, imágenes de dioses, servicios regulares o moral religiosa, y tampoco creen en la vida después de la muerte. Su religión no se parece en absoluto a las grandes religiones.[35]

Con la aparición del primer asentamiento humano empezó a cambiar radicalmente la vida religiosa de las personas. El hombre empezó a creer en la existencia de dioses poderosos y vengadores. Tenía que haber alguna fuerza detrás de todas

las catástrofes que sufrían y les atribuían la responsabilidad a dioses que, por algún motivo, estaban furiosos con ellos.

Los líderes espirituales, que constituían un nuevo estamento en la comunidad, tenían la tarea de determinar por qué estaban enfadados los dioses. ¿Habíamos comido algo prohibido? ¿Habíamos dicho, o tal vez pensado, algo inmoral?[36] De esa forma apareció, por primera vez en la historia, la idea del pecado. Los sacerdotes determinaban cómo debíamos pagar por nuestras faltas. A veces bastaba con rezar o cumplir ciertos rituales muy estrictos. Pero en muchos casos había que hacer algún tipo de ofrenda a los dioses: alimentos, animales o incluso personas.

En Tenochtitlán, la capital del pueblo azteca, apareció una inmensa industria de ofrendas humanas. Los conquistadores españoles que entraron en la ciudad en 1519 encontraron miles de calaveras colocadas meticulosamente en enormes torres y estantes.

Hoy en día, los investigadores creen que los sacrificios humanos de los aztecas no servían solo para agradar a los dioses. «La ejecución de presos, incluso en un contexto ritual», escribe una arqueóloga, «es una poderosa declaración de intenciones políticas (...), una forma de mantener a la población bajo control.»[37]

A la vista de tantas desgracias –el hambre, las enfermedades, la opresión–, uno se pregunta por qué decidimos asentarnos en un lugar fijo y cambiar una vida tranquila y sana como cazadores-recolectores por una existencia dura y peligrosa como agricultores.

Los investigadores contemporáneos ya tienen una idea bastante clara de cuáles fueron los motivos. En cuanto al primer asentamiento, no es difícil de entender. Sencillamente, era demasiado tentador. Había que estar loco para no establecerse de forma permanente en el jardín del Edén, donde las ramas

de los árboles estaban cargadas de fruta y adonde todos los años iban a pastar hordas de gacelas y renos.

Y con la agricultura ocurrió algo similar. No fue algo que se le ocurriera a alguien así de repente. A nadie se le encendió una bombilla y exclamó: «¡Eureka! ¡Vamos a cultivar la tierra!» Nuestros ancestros ya sabían desde hacía decenas de miles de años que se podía sembrar y cosechar, pero durante mucho tiempo fueron lo bastante inteligentes como para no esclavizarse con esas tareas. «¿Por qué habríamos de sembrar, si ya hay tantos mongongos en el mundo?», le dijo un miembro de los !kang en una ocasión a un antropólogo.[38]

La explicación más lógica es que caímos en una trampa. Entre el Tigris y el Éufrates se crearon las circunstancias ideales para una forma de cultivo que no requería mucho trabajo. Había tierras que todos los años se inundaban y, cuando bajaban las aguas, quedaba un fértil sedimento de fango en el que bastaba con echar semillas. Hasta una criatura tan perezosa como el *Homo cachorrito* debió de pensar que merecía la pena intentarlo.[39] A fin de cuentas, la naturaleza hacía la mayor parte del trabajo.

Lo que no previeron nuestros antepasados era que la población empezaría a crecer. Y a medida que aumentaba el tamaño de las aldeas y crecía la densidad de la población, descendía el número de animales salvajes disponibles. Para dar de comer a todo el mundo, hubo que empezar a trabajar tierras sin un fértil sedimento de fango, lo cual hacía la vida del agricultor mucho más dura. A partir de entonces había que arar y sembrar desde el amanecer hasta la puesta de sol. Nuestro cuerpo resultó inadecuado para tareas tan duras y empezamos a padecer todo tipo de achaques. El ser humano está hecho para recolectar arándanos y vaguear debajo de un árbol, no para cavar zanjas y tirar de carros.

Entonces, ¿por qué no volvimos a nuestro anterior estilo de vida? Pues porque, sencillamente, ya era demasiado tarde.

Había demasiadas bocas que alimentar. Además, se habían perdido la mayor parte de los conocimientos necesarios para vivir como cazador-recolector, y emigrar a tierras más fértiles era cada vez más complicado, porque los pueblos adyacentes no permitían la entrada de intrusos en su territorio.

La puerta de la trampa se había cerrado definitivamente.

En poco tiempo, los cazadores-recolectores se vieron superados en número por los agricultores, que eran capaces de producir más cantidad de alimentos por hectárea y, por tanto, disponían de ejércitos más grandes. Los nómadas que insistieron en conservar su estilo de vida acabaron doblando la rodilla ante el avance de los colonizadores y sus enfermedades infecciosas. Las tribus que no se sometían a la autoridad de un déspota estaban condenadas a desaparecer.[40]

Con el estallido de los primeros conflictos armados empezó una frenética carrera que determinaría el curso de la historia. Las aldeas buscaron la protección de las ciudades, y las ciudades se agruparon en provincias. Las constantes demandas de la guerra obligaban a las sociedades a adoptar formas de organización cada vez más complejas, proceso que culminó con la catástrofe definitiva, sobre la que también escribiría Rousseau: la aparición de los Estados.

5

Volvamos ahora a la imagen que tenía Thomas Hobbes del hombre primitivo. Según el filósofo británico, la libertad de nuestros ancestros derivaba necesariamente en «una guerra de todos contra todos». Lógico, entonces, que nos sometiéramos voluntariamente a la autoridad de aquellos primeros leviatanes (los primeros patriarcas y reyes), porque necesitábamos a alguien que nos protegiera. Eso era lo que decía Hobbes.

Pero nada más lejos de la realidad.

Hoy sabemos que infinidad de cazadores-recolectores huían de aquellos déspotas como de la peste. Los primeros Estados, como Uruk en Mesopotamia o el Egipto de los faraones, basaban su éxito, sin excepción, en el uso masivo de esclavos.[41] La gente no se aglomeraba voluntariamente en las ciudades. Más bien los conducían allí con mano dura. Los gobernantes estaban siempre buscando nuevos súbditos, porque sus esclavos caían como moscas a causa de enfermedades como la viruela o la peste. (No es casual que las ciudades tengan tan mala reputación en el Antiguo Testamento. La Torre de Babel, la destrucción de Sodoma y Gomorra... Es evidente cuál era el juicio divino sobre las ciudades pecaminosas.)

Lo más irónico es que lo que hoy llamamos «hitos de la civilización» –como la invención del dinero, la escritura o el poder judicial– fueron en primera instancia sobre todo hitos de la opresión. Las primeras monedas no se inventaron porque alguien pensara que podían ser prácticas, sino para recaudar impuestos.[42] Y en cuanto a la escritura, no pienses que los primeros libros estaban dedicados a la poesía lírica. Los textos más antiguos son largas listas de deudas pendientes de cobro.[43]

¿Y el poder judicial? El famoso Código de Hammurabi (uno de los códigos legales más antiguos de la historia) estaba lleno de castigos para aquellos que ayudaran a escapar a un esclavo.[44] Dos terceras partes de la población de la Atenas clásica, cuna de nuestra civilización y democracia, eran esclavos. Grandes filósofos como Platón y Aristóteles ni siquiera consideraban posible una civilización sin esclavitud.

Pero tal vez la Gran Muralla china sea el mejor ejemplo del verdadero carácter del Estado como forma de organización sociopolítica. Esa maravilla del mundo no se construyó únicamente para proteger a la población contra los «bárbaros», sino también para encerrar a los súbditos. El Imperio chino era la mayor prisión al aire libre del mundo.[45]

Y también hay un doloroso tabú en la historia de Estados Unidos, una cuestión sobre la que no dicen nada la mayoría de los libros de texto. Benjamin Franklin, uno de los padres fundadores, fue de los pocos que se mostró dispuesto a aceptarlo, precisamente en torno a los mismos años en que Rousseau escribió sus tratados. «Ningún europeo que haya saboreado la vida salvaje», escribió Franklin, «puede soportar luego la vida en nuestras civilizaciones.»[46] Cuando los nativos americanos secuestraban temporalmente a blancos «civilizados» y después los liberaban, estos «escapaban de nuevo a los bosques tan pronto como tenían una oportunidad», decía Franklin. Cientos de colonizadores volvieron a la vida salvaje en la naturaleza, lo cual no ocurría a la inversa, o solo de manera excepcional.[47] La vida en el bosque, sencillamente, ofrecía más libertad que la vida de campesino obligado a pagar impuestos. Las mujeres eran las que más ganaban con el cambio de vida.

«Podíamos trabajar con toda la calma que queríamos», dijo una joven mujer que se escondió cuando sus compatriotas fueron a «rescatarla».[48] «Aquí no tengo jefes», le dijo otra a un diplomático francés. «Solo me caso si yo quiero, y luego puedo separarme si así lo decido. ¿Acaso hay en vuestras ciudades una sola mujer con tanta independencia como yo?»[49]

A lo largo de los últimos siglos se han escrito bibliotecas enteras sobre el ascenso y la caída de todo tipo de civilizaciones. Basta pensar en las pirámides de los mayas o los templos de los griegos.[50] Ese tipo de libros parten siempre de la idea de que todo es siempre peor después de «la caída». El periodo subsiguiente es una «era de oscuridad».

Hoy en día, sin embargo, muchos investigadores empiezan a sospechar que esas supuestas «eras de oscuridad» eran más bien un gran alivio. Los esclavos recuperaban su libertad, las enfermedades infecciosas desaparecían y la dieta de las personas mejoraba. Además, la cultura también florecía. En su revolucionario

libro *Against the Grain* (En contra del grano), de 2007, el antropólogo James C. Scott explica que obras maestras como la *Ilíada* y la *Odisea* se compusieron en «la Edad Media de la Grecia antigua» (entre 1100 y 700 a. C.), cuando la civilización micénica acababa de derrumbarse. Luego, mucho tiempo después, Homero puso por escrito los famosos poemas épicos.[51]

Entonces, ¿por qué hemos tenido una imagen tan negativa de los «bárbaros» durante tanto tiempo? ¿Por qué tendemos a considerar los periodos sin «civilización» automáticamente como periodos oscuros?

No olvidemos que la historia la escriben los ganadores. Los libros y los textos más antiguos están llenos de propaganda de los Estados y sus gobernantes. Están escritos por déspotas que se elogian a sí mismos y miran con desdén a todos los demás. La palabra «bárbaro» la inventaron los griegos para referirse a aquellos que no hablaban griego.

Así es como nos hemos formado una imagen de la historia completamente opuesta a la realidad. La civilización se ha convertido en sinónimo de paz y progreso, mientras que la vida salvaje se asocia a la guerra y la decadencia. Pero lo cierto es que, durante la mayor parte de nuestra historia, era justo al contrario.

6

Thomas Hobbes, el viejo filósofo británico, no podía haber estado más equivocado. Según él, la vida de nuestros antepasados era «sucia, salvaje y breve», cuando en realidad era más bien armoniosa, pacífica y sana.

Lo irónico es que el propio Hobbes sufrió durante toda su vida la maldición de la civilización. Su patrón murió en 1628 a causa de la peste, y el propio Hobbes tuvo que emigrar en 1640 a París a causa de la entonces inminente guerra civil inglesa.

La imagen que se formó Hobbes del ser humano estaba basada en su propia experiencia con catástrofes modernas, como la guerra y la peste, prácticamente desconocidas durante el 95 por ciento de la historia de la humanidad. Hobbes pasó a la historia como el «padre del realismo», cuando lo cierto es que su visión del hombre no podía haber sido menos realista.

Pero ¿tan mala es entonces la civilización? Además de la guerra y la codicia, ¿no nos ha traído también muchas cosas buenas por las que deberíamos estar agradecidos?

Sí, por supuesto. Pero es fácil olvidar que el auténtico progreso es un fenómeno muy reciente. Hasta la Revolución francesa (1789), casi todos los Estados del mundo funcionaban de acuerdo con un sistema basado en el trabajo forzoso. Hasta el año 1800, al menos tres cuartas partes de la población mundial eran siervos de un hombre poderoso.[52] Más del 90 por ciento de la población trabajaba en el campo y más del 80 por ciento vivía en condiciones de extrema pobreza.[53] «El hombre nace libre, pero en todas partes vive encadenado», escribió Rousseau.[54]

Durante mucho tiempo, la civilización fue un desastre. La aparición de las ciudades, los Estados, la agricultura y la escritura trajo más sufrimiento que prosperidad a la gran mayoría de la gente. En los últimos dos siglos, que en términos históricos es un suspiro, hemos alcanzado tal nivel de progreso que se nos ha olvidado lo terrible que era la vida antes. Si la historia de la civilización durara 24 horas, las primeras 23 horas y 45 minutos habrían sido un martirio, y solo en el último cuarto de hora habría empezado a parecer una buena idea la sociedad civil.

En esos quince minutos hemos acabado con la mayoría de las enfermedades infecciosas. Hoy en día, las vacunas salvan anualmente más vidas de las que se habrían salvado en el siglo XX si no hubiera habido ninguna guerra.[55] En segundo lugar, somos más ricos que nunca. La cantidad de personas

que viven en condiciones de extrema pobreza en el mundo entero ha descendido por debajo del 10 por ciento.[56]

En tercer lugar, hemos abolido la esclavitud. En 1842, el cónsul general británico escribió al sultán de Marruecos para preguntarle qué medidas estaba tomando para reducir el comercio de esclavos. Al sultán le sorprendió mucho semejante pregunta. «La trata de esclavos es una cuestión sobre la que están de acuerdo todos los pueblos y todas las naciones del mundo desde los tiempos de los hijos de Adán.»[57] Lo que no imaginaba el sultán era que ciento cincuenta años más tarde la esclavitud quedaría oficialmente abolida en el mundo entero.[58]

La buena noticia, para terminar, es que vivimos en el periodo más pacífico de la historia.[59] En la Edad Media, un 12 por ciento de la población de Europa y Asia moría de forma violenta. En los últimos cien años, sin embargo, ese dato ha descendido al 1,3 por ciento en todo el mundo, y eso incluyendo dos guerras mundiales.[60] (En la actualidad, en Estados Unidos es el 0,7 por ciento, y en un país como Holanda, que puede ser representativo para Europa, esa cifra está en un mero 0,1 por ciento anual.)[61]

No hay motivos, por tanto, para ser tan fatalistas como Rousseau sobre la civilización. La maldición se puede conjurar. Es posible organizar la agricultura, la ganadería, las ciudades y los Estados de forma que traigan prosperidad para todo el mundo. Pero la cuestión es si seremos capaces de hacerlo. ¿Podemos sobrevivir y seguir prosperando como especie a largo plazo? Nadie lo sabe. El progreso de las últimas décadas es incuestionable, pero, al mismo tiempo, estamos ante una crisis ecológica con consecuencias de alcance existencial. El planeta se está calentando, muchas especies se están extinguiendo y, por tanto, tenemos la responsabilidad de preguntarnos hasta qué punto es sostenible nuestra civilización.

A menudo recuerdo lo que dijo un político chino en los años 70 cuando le preguntaron cuál había sido el efecto de la

Revolución francesa de 1789. «Es demasiado pronto para saberlo», dicen que respondió.[62]

Tal vez se pueda decir lo mismo de la civilización. ¿Es una buena idea?

Aún es demasiado pronto para saberlo.

6. EL MISTERIO DE LA ISLA DE PASCUA

A estas alturas, mi idea de la historia de la humanidad había cambiado por completo. Los investigadores modernos han desmontado la teoría de la capa de barniz. En las dos últimas décadas han aparecido y siguen apareciendo pruebas cada vez más convincentes de lo contrario.

No obstante, debo admitir que en todo lo relativo a la prehistoria nunca sabremos la verdad absoluta. La vida de nuestros ancestros estará siempre envuelta de interrogantes. Tenemos cada vez más piezas del puzle arqueológico, pero con ellas solo podemos elaborar hipótesis. Y en cuanto a los hallazgos antropológicos, siempre cabrá preguntarse hasta qué punto podemos proyectarlos hacia el pasado.

En este capítulo, por tanto, quiero investigar una vez más cómo se comportan los grupos humanos cuando viven sin influencias exteriores. ¿Qué habría pasado si Mano y los otros náufragos de la isla de 'Ata –los chicos que vivieron la aventura de *El señor de las moscas* en el mundo real– hubieran tenido compañía femenina y se hubieran reproducido? ¿Qué tipo de sociedad habría surgido en aquella isla si hubieran tardado varios siglos en encontrarlos?

Con todo lo que hemos visto hasta ahora, podemos formarnos una idea. Pero no hace falta especular, porque dispo-

nemos de un caso real. En una isla remota cuyos misterios fascinan al hombre desde hace siglos, confluyen todos los hallazgos de los anteriores capítulos.

1

Siendo joven, Jacob Roggeveen le prometió a su padre que encontraría la mítica *Terra Australis Incognita.* Con su gesta, pasaría a la historia como uno de los grandes descubridores de todos los tiempos y le daría gloria eterna a la familia.

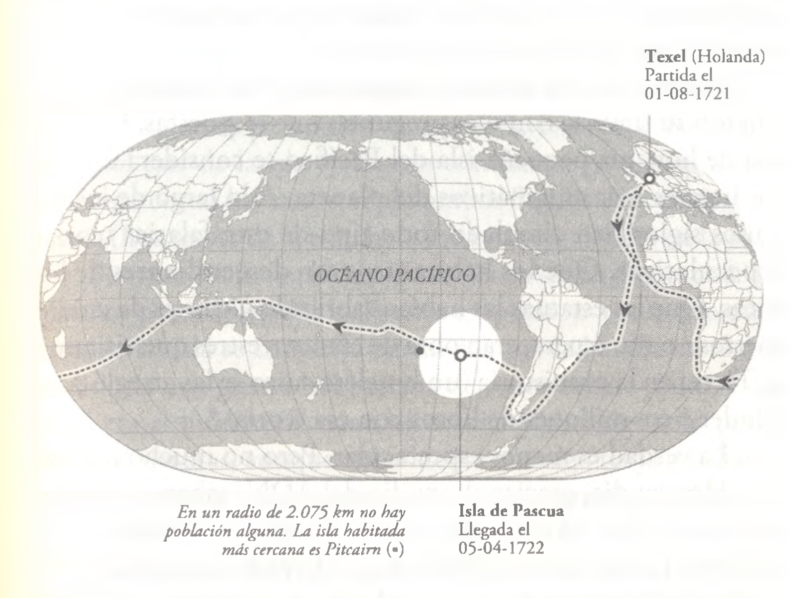
Su padre, el cartógrafo Arent Roggeveen, estaba convencido de que el legendario continente meridional tenía que existir como contrapeso de las grandes masas terrestres del hemisferio norte, y lo situaba en el océano Pacífico. Había crónicas de expediciones en busca del continente, como la del portugués Pedro Fernandes de Queirós, que lo había descrito como el paraíso en la tierra, con habitantes pacíficos que estaban deseando cristianizarse. Había agua dulce en abundancia, tierras fértiles y –no del todo irrelevante– montañas de oro, plata y perlas.

El 1 de agosto de 1721, cuarenta años después de la muerte de su padre, el ambicioso explorador subió a bordo de su buque insignia, el *Den Arend* (El Águila), y partió de Texel, Holanda, con tres barcos, setenta cañones y 244 hombres. Destino: *Terra Australis Incognita.* Jacob Roggeveen, que para entonces ya tenía sesenta y dos años, iba a hacer historia, en efecto, pero no como él imaginaba. Porque no iba a fundar una nueva civilización. Iba a encontrar una muy antigua.[1]

Lo que ocurrió ocho meses después no deja de sorprenderme. El 5 de abril de 1722, Domingo de Pascua, uno de los barcos de Roggeveen izó la bandera. El *Den Arend* se acercó a preguntar qué habían visto. La respuesta: una pequeña isla a estribor.

En busca de *Terra Australis Incognita*

El viaje de Jacob Roggeveen



Era una isla formada hacía cientos de miles años por sucesivas erupciones de tres volcanes. Los holandeses la llamaron *Paasch Eyland* –la Isla de Pascua– por alusión al día en que se produjo el hallazgo. Con sus 163 kilómetros cuadrados, era un punto minúsculo en medio de un inmenso océano. Las probabilidades de que Roggeveen y su expedición tropezaran con ella eran mínimas.

Pero lo más sorprendente es que la isla estaba habitada.

Al acercarse, vieron que había un montón de indígenas esperándolos en la playa. Roggeveen no entendía nada. ¿Cómo había llegado hasta allí esa gente? Por ningún lugar se veían barcos. Y más enigmáticas aún eran las enormes estatuas de gigantescas cabezas sobre imponentes torsos. Algunos de aquellos moáis –como llamaban los indígenas a las esculturas– medían nueve metros. «No podíamos comprender», escribió

Roggeveen en su diario, «cómo era posible que aquella gente hubiera podido erigir semejantes estatuas, si allí no había madera gruesa y maciza con la que fabricar máquinas y no disponían de cuerdas lo bastante fuertes.»[2]

Al cabo de una semana, Roggeveen y sus hombres continuaron su travesía con más preguntas que respuestas. Hasta el día de hoy, esa pequeña isla del Pacífico se considera uno de los lugares más enigmáticos del planeta. A lo largo de los últimos siglos han circulado todo tipo de estrafalarias teorías especulativas. Que los habitantes eran descendientes de los incas. Que las estatuas las habían fabricado gigantes de cuatro metros,[3] o no, espera, eran obra de extraterrestres que visitaron la Tierra en la prehistoria (un hotelero suizo se las arregló para vender siete millones de libros con esa teoría).[4]

La verdad es menos espectacular. Pero no mucho menos.

Hoy en día, gracias al estudio del ADN, sabemos que los polinesios –los vikingos del océano Pacífico– ya habían descubierto la isla varios siglos antes.[5] El valor de aquella gente rayaba en la locura. Lo más probable es que partieran desde las islas Gambier, a más de 2.500 kilómetros de distancia. En canoa. Y con el viento en contra. Nunca sabremos cuántas expediciones fracasaron, pero bastó con que una tuviera éxito.

¿Y qué hay de aquellas colosales estatuas, los moáis? Cuando la joven antropóloga Katherine Routledge fue a la Isla de Pascua en 1914 a conducir uno de los primeros estudios europeos sobre las enigmáticas esculturas, no quedaba ni una en pie. Algunas estaban rotas en varios trozos, de otras no quedaban más que malas hierbas en el lugar que habían ocupado.

¿Cómo había podido fabricar unas esculturas tan imponentes un pueblo tan pequeño y con tan pocos medios? Aquella gente vivía en una isla sin árboles y ni siquiera habían inventado la rueda, por no hablar de grúas o máquinas complejas. ¿Sería que en un tiempo remoto había vivido mucha más gente en la isla? Routledge decidió entrevistar a los habi-

tantes más viejos, y las historias centenarias que le contaron le provocaron escalofríos.[6]

Hacía mucho tiempo, anotó Routledge, había dos tribus que convivían en armonía en la Isla de Pascua: los orejas largas y los orejas cortas. Pero algo sembró la cizaña entre ellos y, tras muchos siglos de paz, estalló una guerra. Los orejas largas huyeron al este de la isla y cavaron trincheras. Al día siguiente, los orejas cortas los atacaron por ambos flancos y los quemaron vivos. (Los restos de la trinchera todavía son visibles en la isla.)

Pero eso no fue más que el comienzo de las desgracias. En los años posteriores, los indígenas empezaron a comerse unos a otros. La isla se convirtió en un campo de batalla en el que se dirimía una guerra hobbesiana de todos contra todos. Pero ¿cuál era el motivo de tanta discordia? Routledge solo podía hacer conjeturas, aunque era evidente que algo tenía que haber pasado, algo que había supuesto el ocaso de aquella civilización.

Varias décadas después, en 1955, el aventurero noruego Thor Heyerdahl organizó una nueva expedición a la isla. Heyerdahl era famoso en el mundo entero. Unos años antes había construido una balsa y había navegado nada menos que siete mil kilómetros con cinco amigos, desde Perú hasta la isla polinesia de Raroia, donde finalmente naufragaron. Para Heyerdahl, aquella épica travesía demostraba su teoría de que eran los incas quienes habían poblado la Polinesia haciendo uso de balsas. Una teoría a la que los expertos no veían mucho fundamento, pero con la que él consiguió vender cincuenta millones de libros.[7]

Sea como fuere, lo cierto es que Heyerdahl se hizo inmensamente rico con su libro y disponía de medios financieros para organizar su expedición a la Isla de Pascua. En su equipo había dos eminentes científicos. Uno de ellos era el americano William Mulloy, que dedicaría su vida entera a la Isla de Pascua («No creo ni una palabra de lo que has publicado», le dijo a Heyerdahl antes de partir).[8]

Pero el científico y el audaz aventurero resultaron formar un buen equipo, y poco después de llegar a la Isla de Pascua hicieron un descubrimiento espectacular. En el fondo de un pantano, los colaboradores de Heyerdahl encontraron polen de un tipo de árbol desconocido. Heyerdahl lo envió a Estocolmo para que lo analizaran, y las muestras fueron a parar al microscopio de un importante paleobotánico sueco que no tardó en llegar a la conclusión de que en el pasado tuvo que haber un gran bosque en la isla.

Poco a poco, iban apareciendo las piezas del puzle. En 1974, pocos años antes de su muerte, William Mulloy publicó la auténtica historia de la Isla de Pascua, en la que explicaba cuál había sido el destino de sus habitantes.[9]

Aviso a los navegantes: no es una historia feliz.

2

Todo empezó con los enigmáticos moáis.

Por algún motivo, escribió Mulloy, los isleños no se cansaban de fabricar las famosas estatuas de piedra. Una detrás de otra, las tallaban y las trasladaban a su lugar definitivo. Los patriarcas de las tribus, celosos unos de otros, querían superar a los demás y ordenaban la construcción de moáis cada vez más grandes. Para ello, destinaban cada vez más alimentos a los trabajadores de las canteras y talaban cada vez más árboles para trasladar las estatuas.

Pero en una isla, los recursos tienen un límite.

Llegó un día en que no quedaba un solo árbol. Como consecuencia de ello, el suelo empezó a erosionarse y la tierra daba menos alimentos. Sin madera para hacer canoas, no podían pescar. La producción de moáis se paralizó y empezaron a surgir tensiones entre la población, hasta que estalló la guerra entre dos tribus (los orejas largas y los orejas cortas de los

que ya había escrito Katherine Routledge). Alrededor de 1680 hubo una gran batalla que supuso el exterminio casi absoluto de los orejas largas.

Los supervivientes empezaron a derribar los moáis, escribió Mulloy. Y no solo eso. También empezaron a comerse unos a otros. Hasta el día de hoy, los habitantes de la isla cuentan historias sobre el canibalismo de sus antepasados, y cuando quieren ofender a alguien le dicen que todavía tienen carne de su madre entre los dientes.[10] Los arqueólogos, además, han encontrado infinidad de puntas de flecha de obsidiana (cristal volcánico), las llamadas *mata'a,* lo cual constituye la prueba definitiva de las grandes carnicerías humanas que tuvieron lugar en la isla.

Por eso, cuando Jacob Roggeveen desembarcó en 1722, encontró a una población disminuida y hambrienta de pocos miles de habitantes. Rano Raraku, la cantera donde se tallaban los moáis, causa hasta el día de hoy la impresión de ser un taller abandonado apresuradamente. Todavía hay cinceles tirados en el suelo y cientos de moáis a medio tallar.

El artículo de William Mulloy supuso un paso adelante en las investigaciones sobre el pasado de la Isla de Pascua. Numerosos científicos confirmaron su teoría. En 1984, por ejemplo, dos geólogos británicos anunciaron que habían encontrado fósiles de granos de polen en los tres volcanes: más pruebas de que la isla estuvo llena de árboles en el pasado.[11]

Al final fue Jared Diamond, tal vez el geógrafo más famoso del mundo, quien grabó en nuestra memoria para siempre la triste historia de la Isla de Pascua.[12] En *Colapso,* su famoso bestseller de 2005, Diamond recapitula los hechos punto por punto:

- Los polinesios poblaron la Isla de Pascua en torno al año 900.

- Un análisis de las casas aparecidas en excavaciones permite determinar que, en su punto álgido, la población alcanzó la cifra de 15.000 personas.
- Los moáis eran cada vez más grandes, por lo que la producción y el transporte requería cada vez más brazos, alimentos y madera.
- Las estatuas se transportaban en posición horizontal, sobre troncos de árboles. Ese método requería mucha fuerza humana, muchos árboles y un líder con autoridad para supervisar la operación.
- Al final no quedó un solo árbol, por lo que la tierra se erosionó, la producción agrícola se estancó y la población empezó a pasar hambre.
- En torno a 1680 estalló una guerra.
- Cuando llegó Jacob Roggeveen, en 1722, solo quedaban unos miles de habitantes que se comían unos a otros, y los moáis estaban derribados y rotos.

¿Cuál es la moraleja de esta historia?

Porque todo eso dice algo de nosotros. Las similitudes entre la Isla de Pascua y el planeta Tierra son escalofriantes. La Isla de Pascua es un punto en el océano; la Tierra es un punto en el cosmos. Los indígenas no tenían barcos para abandonar la isla; nosotros no tenemos naves espaciales capaces de llevarnos a otro lugar habitable. La Isla de Pascua se quedó sin recursos naturales y sufrió las consecuencias de la superpoblación; nuestro mundo está cada vez más contaminado y las temperaturas medias aumentan a causa del cambio climático.

Lo cual nos lleva a una conclusión desconcertante y radicalmente opuesta a todo lo que hemos visto en los anteriores capítulos. «La codicia del hombre no conoce límites», escriben los arqueólogos Paul Bahn y John Flenley en su libro *Easter Island, Earth Island* (Isla de Pascua, isla la Tierra). «Su egoísmo parece estar determinado genéticamente.»[13]

Y, así, cuando por fin creíamos habernos librado de ella, la teoría hobbesiana de la capa de barniz vuelve a nosotros como un bumerán.

La historia de la civilización *rapa nui* –como se conoce a los habitantes originales de la isla– parece la prueba definitiva de la imagen cínica de la humanidad. Ahora que el planeta se calienta y no dejamos de consumir y contaminar, la Isla de Pascua parece la metáfora perfecta del futuro que nos espera. Nada de *Homo cachorrito,* nada de noble salvaje... más bien somos un virus, una plaga que se multiplica y lo arrasa todo hasta que no queda nada. Hasta que ya es demasiado tarde.

Esa es, por tanto, la gran lección de la Isla de Pascua. Esa es la historia que cuentan documentales y novelas, enciclopedias e informes, artículos académicos y libros para el gran público. Yo mismo escribí sobre el tema. Durante mucho tiempo pensé que William Mulloy, Jared Diamond y sus muchos colegas habían resuelto para siempre el misterio de la Isla de Pascua. Si tantos científicos de primera categoría habían llegado a la misma deprimente conclusión, ¿qué se podía añadir al respecto?

Pero entonces descubrí el trabajo del investigador holandés Jan Boersema.

3

En su despacho en la Universidad de Leiden suena una cantata de Bach. Llamo a la puerta. Una voz me dice que entre. Oculto entre pilas de libros, encuentro a un hombre con una camisa de flores.

Boersema es biólogo medioambiental, pero su biblioteca está llena de volúmenes de filosofía e historia. En su trabajo combina la perspectiva de las ciencias y las letras. En 2002, esa mirada le permitió hacer un sencillo descubrimiento que con-

tradecía todo lo que creíamos saber sobre la Isla de Pascua. Otros muchos investigadores no lo habían visto. O no lo habían querido ver.

Boersema estaba buscando información sobre la caída de la civilización *rapa nui* para su discurso inaugural como catedrático, y se preguntó si se habría conservado el diario de Roggeveen. Buscó en el catálogo de la biblioteca universitaria y, ¡bingo!, media hora después tenía encima del escritorio un ejemplar del *Dagverhaal der ontdekkings-reis van Mr. Jacob Roggeveen.* (Diario de la expedición de don Jacob Roggeveen).

Se puso a leer y la sorpresa que se llevó fue mayúscula.

«Al principio no podía creer lo que estaba leyendo.» Boersema pensaba que iba a encontrar terribles historias de guerra y canibalismo, pero aquello era una alegre crónica de viaje. «El diario no decía nada en absoluto sobre una civilización en decadencia.»

Jacob Roggeveen describía a los indígenas de la Isla de Pascua como tipos simpáticos y accesibles. Tenían aspecto sano, cuerpos musculosos y dientes blancos como la leche. Y no solo no mendigaban comida, sino que la ofrecían. Su tierra era «extraordinariamente fértil». Roggeveen tampoco hablaba de esculturas derribadas y mucho menos de armas o indicios de canibalismo. Según él, la isla era «el paraíso terrenal».

Boersema se preguntó qué significaba todo aquello.

En 2002, fue el primer académico que puso seriamente en duda el relato generalmente aceptado de la decadencia de la civilización *rapa nui.* Cuando leí su discurso inaugural, llegué a la conclusión de que el misterio de la Isla de Pascua es una especie de novela de detectives, un thriller científico.

Sigamos pues el razonamiento de Boersema y desentrañemos el misterio paso a paso. Tenemos que proceder como un inspector de policía. En primer lugar, hay que volver a leer las declaraciones de los testigos, revisar las coartadas de los indígenas, determinar de la forma más precisa posible el orden

cronológico de los hechos y volver a examinar las armas con lupa. Para ello, vamos a necesitar muchas disciplinas, tanto de ciencias como de letras, desde la historia hasta la geología, desde la antropología hasta la arqueología.[14]

Empecemos por la escena más importante del crimen: la trinchera en la que supuestamente exterminaron a los orejas largas en 1680. ¿De dónde salió esa espeluznante historia?

Todo empezó con los recuerdos de los viejos indígenas que entrevistó Katherine Routledge en 1914. Pero el buen detective sabe que la memoria del hombre es poco fiable y, en este caso, además, se trataba de leyendas trasmitidas oralmente de una generación a otra a través de los siglos. Es como si nos preguntara alguien qué se traían entre manos nuestros antepasados hace doscientos cincuenta años y, a falta de libros de historia, tuviéramos que basarnos en el recuerdo del recuerdo de un recuerdo.

En definitiva: que las entrevistas de Routledge tal vez no sean la mejor fuente posible de información.

Pero había otras pruebas de las matanzas. En 1955, uno de los miembros del equipo de investigación de Thor Heyerdahl, el arqueólogo Carlyle Smith, empezó a hacer excavaciones en la trinchera donde supuestamente habían exterminado a los orejas largas y analizó dos muestras de carbón. Una de ellas se dató en 1676, fecha que se podía redondear a 1680. Smith lo consideró prueba suficiente del relato de la exterminación de los orejas largas, pues la fecha coincidía con el momento en que, según los recuerdos de los indígenas, los habían quemado vivos en su trinchera.[15]

Y aunque Smith luego matizó su conclusión, aunque otros investigadores concluyeron que la muestra de carbón debía datarse entre 1460 y 1817, aunque no aparecieron restos humanos en el lugar del crimen y aunque diversos geólogos demostraron que la «trinchera» se había formado de manera natural, el mito de la matanza de 1680 estaba ya tan arraigado

que no había forma de erradicarlo.[16] Tanto Heyerdahl como Mulloy y Diamond siguieron insistiendo en él.

Pero la leyenda de la guerra entre tribus no parece sostenerse si observamos las pruebas forenses. La teoría era que los indígenas de la Isla de Pascua habían degenerado hacia el canibalismo porque tenían hambre. Mucha hambre. Los arqueólogos, sin embargo, han analizado cientos de viejos esqueletos de indígenas y han llegado a la conclusión de que Roggeveen tenía razón: a principios del siglo XVII, los habitantes de la isla estaban sanos y rebosaban vitalidad.[17] No hay el menor indicio de que estuvieran desnutridos.

¿Y qué hay de las pruebas de violencia masiva? Hace unos años, un antropólogo americano analizó detenidamente 469 cráneos y llegó a la conclusión de que no hay ninguna prueba de conflictos violentos a gran escala entre los habitantes de la isla. Solo dos cráneos mostraban heridas que, en teoría, se pueden atribuir a las famosas *mata'a* (las puntas de flecha de cristal volcánico).[18]

Hoy en día hay incluso investigadores que ni siquiera creen que las *mata'a* fueran armas. Parece más plausible que fueran cuchillos domésticos para tareas de cocina o jardinería. Uno de los capitanes de Roggeveen ya escribió sobre un indígena que pelaba los plátanos con un trozo de obsidiana. En 2016, un equipo de investigadores americano analizó cuatrocientas *mata'a* y concluyó que sus filos eran demasiado romos para servir como armas.[19]

Si hubieran querido, los indígenas de la Isla de Pascua podrían haber fabricado armas letales, pero «optaron por no hacerlo», según afirma secamente el director del equipo de investigación.[20]

El misterio, por tanto, no hace más que crecer. Porque, si los habitantes de la isla no se masacraron unos a otros, ¿qué fue de ellos? Roggeveen escribió en su diario que solo encontraron unos

pocos miles de indígenas, mientras que, según Jared Diamond, en el auge de su prosperidad llegaron a ser 15.000. ¿Qué coartada tenían para la desaparición de tantos miembros de sus tribus?

Veamos primero el método utilizado por Diamond para llegar a esa cifra de 15.000 habitantes. Lo que hizo fue estimar el número de casas basándose en los restos arqueológicos encontrados, aventurar una media de habitantes por vivienda y redondear el resultado al alza. El resultado, por tanto, no puede ser muy fiable.

Para realizar una estimación más aproximada, lo primero es establecer el orden cronológico de los hechos de la forma más precisa posible. Al principio se creía que la Isla de Pascua estuvo habitada desde muy pronto. Unos investigadores hablan del año 900, otros incluso del 300. Las últimas dataciones realizadas con la tecnología más avanzada, sin embargo, apuntan a unos siglos después y establecen el año 1100 como fecha en torno a la cual se establecieron los primeros habitantes.[21]

Partiendo de ese dato, Jan Boersema realiza a continuación una simple operación aritmética. Supongamos que en el año 1100 llegaron unos cien navegantes polinesios a la isla, y pongamos que la población creció un 0,5 por ciento anual (la velocidad máxima de crecimiento de las sociedades preindustriales). En tal caso, cuando Roggeveen descubrió la isla habría 2.200 habitantes, cifra que coincide con las estimaciones realizadas por los exploradores europeos que visitaron la Isla de Pascua a lo largo del siglo XVIII.

En resumen, que los indígenas tenían una coartada excelente para la desaparición de los miles de miembros de la comunidad que en teoría habían torturado y asesinado y a los que supuestamente se habían comido.

Nunca habían existido.

El siguiente enigma es la desaparición de los árboles en la Isla de Pascua. Según Jared Diamond, William Mulloy y otros

muchos investigadores, la cuestión estaba clara: los habían talado los propios habitantes, cegados por el afán de transportar la mayor cantidad de moáis para mayor gloria de su tribu. Un historiador canadiense habla incluso de una «obsesión» y una «patología ideológica».[22]

Pero basta hacer un sencillo cálculo para comprender que esa conclusión es un tanto precipitada. Boersema estima que, como máximo, fueron necesarios 15.000 árboles para transportar los aproximadamente mil moáis. Unos quince árboles por estatua, suponiendo que cada tronco se usara una sola vez. Ahora lo que necesitamos saber es cuántos árboles había en la isla. La respuesta, según diversos estudios ecológicos, es que había millones. ¡Tal vez dieciséis millones![23]

La mayoría de las estatuas nunca llegaron a salir de Rano Raraku, la cantera donde se tallaban. Pero el hecho de que «abandonaran» allí tantos moáis no se debe a que estallara de repente una guerra civil. Los investigadores sospechan ahora que los dejaban allí intencionadamente como «guardianes» de la cantera.[24]

En total, los *rapa nui* transportaron 493 estatuas. Tal vez parezcan muchas, pero, por término medio, son uno o dos moáis al año. ¿Y por qué no se dieron por satisfechos con diez o quince moáis ubicados en los mejores sitios de la isla? Boersema cree que la explicación es muy sencilla: por aburrimiento. Piensa que los indígenas de la Isla de Pascua estuvieron muchos siglos solos en el mundo. «En una isla como aquella sobraba mucho tiempo todos los días», dice el catedrático holandés con una sonrisa. «Las tareas de tallado y transporte de las esculturas daban cierta estructura a la jornada.»[25]

Yo creo que el transporte de las estatuas debe entenderse como un «esfuerzo de trabajo colectivo», al igual que la construcción del complejo de Göbekli Tepe, en la actual Turquía, hace más de diez mil años, como hemos visto en el capítulo anterior. También hay crónicas de la isla de Nías, al oeste de

Sumatra, donde, a principios del siglo XX, 525 hombres arrastraron una enorme escultura de piedra sobre un trineo de madera.[26]

Este tipo de proyectos se podían haber ejecutado sin duda de forma más eficiente, pero ese no era el objetivo. No se trataba de proyectos de prestigio para alimentar el ego de un caudillo megalómano. Eran rituales cuya principal función consistía en estrechar lazos entre los miembros de la comunidad.

Todo lo cual no quita que los indígenas de la Isla de Pascua talaran, en efecto, muchos árboles. Pero no solo para transportar moáis, sino también para extraer el jugo, para realizar labores de agricultura y construir canoas. Sin embargo, hay un sospechoso más importante de la desaparición de un bosque de millones de árboles. Su nombre científico es *Rattus exulans*. La rata de Polinesia.

Lo más probable es que estos roedores llegaran a la isla como polizones de los primeros habitantes. Dado que en su nuevo hogar no tenían enemigos naturales, podían entregarse con toda tranquilidad a cebarse y procrearse. En un laboratorio, las ratas son capaces de duplicar su población en 47 días. Eso quiere decir que una sola pareja puede tener, potencialmente, diecisiete millones de descendientes en tres años.

Esa fue la auténtica catástrofe ecológica de la Isla de Pascua. Los biólogos sospechan que las ratas se comieron las semillas de los árboles, por lo que el bosque dejó de crecer.[27]

Sin embargo, la desaparición del bosque no era un problema tan grave. Con cada árbol que caía había más espacio para tierras de cultivo. La arqueóloga Mara Mulrooney demostró en 2013 que la producción de alimentos aumentó en la Isla de Pascua después de la deforestación.[28] Los indígenas eran agricultores muy inteligentes. Levantaban muros de pequeñas piedras en torno a sus cultivos para protegerlos del viento y retener la humedad y el calor.

Incluso en el caso de que la población hubiera llegado a los 15.000 habitantes, habría habido comida más que suficiente para todos. Según Mulrooney, tal vez debamos empezar a considerar a la Isla de Pascua «el ejemplo paradigmático del triunfo del ingenio humano, en vez del fracaso».[29]

4

Pero aquel éxito fue de corta duración.

La auténtica plaga que acabó con la civilización de la Isla de Pascua no vino de dentro, sino de fuera. Esta trágica historia comienza el 7 de abril de 1722, cuando Jacob Roggeveen y sus hombres se disponían a desembarcar en la isla. Un indígena desnudo se acercó a ellos en una rudimentaria balsa. Era un hombre de complexión robusta, con piel oscura cubierta de tatuajes y una barba de chivo. No podía tener mucho más de cincuenta años.

Una vez a bordo se mostró muy agitado, escribiría Roggeveen más tarde. El indígena se asombró «de la altura de los mástiles, el grosor de las cuerdas, las velas, el cañón –el cual palpó con mucho detenimiento– y, en general, de todo lo que veía».[30] El buen hombre se llevó un susto de muerte cuando se vio en un espejo, cuando oyó la campana de a bordo y cuando se echó en los ojos el aguardiente que le ofrecieron.

Pero lo que más impresionó a Roggeveen era la alegría del indígena. No dejaba de bailar, cantar y reír, y repetía una y otra vez: «*¡O dorroga! ¡O dorroga!*» Muchos años después, investigadores europeos descubrirían el probable significado de esas palabras: «Bienvenidos.»

Pero fue una bienvenida amarga. Roggeveen desembarcó con 134 hombres en tres barcas y dos chalupas. Los indígenas no podían reprimir su estado de excitación. Los holandeses formaron filas y, de pronto, sonaron cuatro o tal vez cinco

disparos. «¡Abran fuego! ¡Ahora!», gritó alguien. Siguieron otros treinta o cuarenta disparos. Los indígenas huyeron hacia el interior de la isla y en la playa quedaron tirados diez o doce cadáveres. Uno de ellos era el amistoso nativo que los había recibido exclamando *«¡O dorroga!»*.

Roggeveen estalló de furia, pero en su crónica no dice nada de posibles castigos. Los responsables se justificaron diciendo que había sido un accidente. Al caer la tarde, Roggeveen ya quería reanudar el viaje. Tenía una misión. Tenía que encontrar *Terra Australis Incognita,* el misterioso y esquivo continente del hemisferio sur, para pasar a la historia como un gran descubridor.

Al final permanecieron allí siete días.

Después de la visita de Roggeveen pasaron cuarenta y ocho años hasta que la Isla de Pascua recibió una nueva visita de marineros europeos. La tripulación del explorador don Felipe González clavó en la isla tres cruces de madera, izó la bandera española y tomó propiedad de la isla en nombre de la Virgen María. A los indígenas no pareció que les importara lo más mínimo.

«No dieron la más mínima muestra de hostilidad», escribieron los conquistadores en su diario.[31] Los españoles obsequiaron a los pacíficos indígenas con arcos y flechas, pero los buenos hombres no tenían ni la más remota idea de para qué servían. Al final se colgaron los arcos del cuello como si fueran joyas.

Cuatro años después, en 1774, llegaron los siguientes visitantes: una expedición inglesa al mando de James Cook, el hombre que, tras tres largos viajes por el océano Pacífico acabó demostrando que el misterioso continente *Terra Australis Incognita* nunca había existido. Para entonces, Roggeveen ya había caído en el olvido, y Cook ocupó un lugar de honor entre los grandes descubridores de la historia.



Esta ilustración es obra de Gaspard Duché de Vancy, que visitó la Isla de Pascua el 9 de abril de 1786. La imagen probablemente dice más de la perspectiva colonialista del artista francés que de los indígenas de la isla. El hecho de que se haya conservado su ilustración es, por cierto, un pequeño milagro, pues De Vancy formaba parte de la expedición de Jean-François de La Pérouse, que tuvo un trágico final. En 1787, los franceses llegaron a la península de Kamchatka, en el extremo oriental de Rusia. La Pérouse, como medida de precaución, decidió enviar a casa su crónica del viaje, incluida esta ilustración. Un año después, la expedición desapareció sin dejar rastro en algún lugar de Oceanía. Nadie sabe qué ocurrió con La Pérouse, el artista De Vancy y el resto de la tripulación, y el misterio sigue intrigando a la comunidad científica hasta el día de hoy. Fuente: Hulton Archive.

Tal vez sea la estatura de ese marinero inglés el motivo por el que casi todos los pesimistas y agoreros otorgan tanto valor a la crónica de su visita a la Isla de Pascua. Cook fue el primero que habló de moáis derribados. Y, más importante aún, describió a los indígenas como «bajitos, flacos, apocados y de

espíritu alicaído». Al menos, esas son las palabras que se le atribuyen.

Pero hay algo que no cuadra con ese resumen de la crónica de Cook. Un investigador de la Universidad de Toronto estudió con detalle los escritos del capitán Cook y en ningún sitio encontró esa cita sobre indígenas «bajitos, flacos, apocados y de espíritu alicaído».[32] Más bien todo lo contrario. Cook describía a los habitantes de la Isla de Pascua como «activos y llenos de vitalidad, bien proporcionados, de facciones nada desagradables y amistosos y hospitalarios con los extraños».[33]

Entonces, ¿de dónde sale ese juicio tan desfavorable atribuido a Cook? ¿De dónde procede esa cita que tan bien encaja en la hipótesis de la decadencia y fue a parar incluso a las páginas de una publicación tan prestigiosa como *Nature*?[34] Jared Diamond remite a Paul Bahn y John Flenley (los autores de *Easter Island, Earth Island)*, pero estos últimos no citan ninguna fuente, de modo que me puse a buscar por mi cuenta.

Tras un día encerrado en la biblioteca encontré por fin la cita en un volumen polvoriento publicado en 1961 para el ámbito académico.[35] Tema: la expedición noruega a la Isla de Pascua. Autor: el ínclito Thor Heyerdahl.

En efecto, la «cita» de Cook procedía de la cocina del famoso aventurero noruego, el hombre de las hipótesis estrambóticas que manejaba los datos con poco sentido del rigor. El mismo Heyerdahl que, por aquel entonces, acababa de publicar un bestseller en el que exponía su fantasía de que los primeros habitantes de la isla fueron incas de orejas largas exterminados más tarde por caníbales polinesios de orejas cortas.[36] Y el mismo Heyerdahl que hablaba en aquel volumen polvoriento para el ámbito académico de «un pueblo belicoso», cuando Cook se había referido a ellos como «inofensivos y amistosos».

Así es como nacen los mitos.

Sin embargo, sigue habiendo un misterio: ¿por qué destruyeron los *rapa nui* aquellas esculturas tan fabulosas?

Para encontrar la respuesta a esa pregunta tenemos que volver a los diarios de Jacob Roggeveen. Durante muchos siglos, los habitantes de la Isla de Pascua vivieron con la idea de que estaban solos en el mundo. No en vano, los moáis estaban colocados con la cara vuelta hacia el interior de la isla, en vez de hacia el mar.

Y, de pronto, tras muchas décadas de paz y tranquilidad, aparecieron unos barcos enormes en el horizonte. ¿Qué pensarían los indígenas de los holandeses? ¿Los verían como profetas? ¿Tal vez como dioses? En cualquier caso, su aparición y el subsiguiente tiroteo en la playa tuvo que suponer un tremendo shock para ellos. «Hasta los hijos de sus hijos seguirán contando esa historia en el futuro», escribió uno de los miembros de la tripulación de Roggeveen.[37]

Varias décadas después llegaron los españoles y desembarcaron con mucha fanfarria. La ceremonia consistió en una solemne procesión con tambores y banderas que concluyó con tres cañonazos de honor.

¿Es demasiado arriesgado afirmar que aquellos sucesos pusieron patas arriba la imagen que tenían los isleños del mundo? Roggeveen habla en su crónica de indígenas arrodillados ante los moáis, pero Cook, más de medio siglo después, escribió que los habitantes de la isla ya no miraban a sus esculturas como ídolos, «independientemente de lo que hubieran significado para ellos cuando llegaron los holandeses». Es más, «ya no realizaban tareas de mantenimiento», por lo que algunas esculturas empezaban a correr el riesgo de venirse abajo.[38]

En 1804, un marinero ruso escribió que ya solo quedaban unos cuantos moáis en pie. Los demás tal vez se hubieran caído, o a lo mejor los habían tirado. O tal vez una combinación de ambas cosas.[39]

Sea como fuere, lo cierto es que las tradiciones en torno a los moáis se fueron perdiendo y nunca sabremos exactamen-

te por qué. Hay dos hipótesis que no se excluyen. En primer lugar, puede ser que después de la deforestación resultara mucho más difícil transportar las estatuas, por lo que surgió la necesidad de encontrar otra forma de pasar el tiempo.[40]

Y, en segundo lugar, hay indicios de que apareciera lo que los investigadores llaman un «culto al cargamento de los barcos».[41] Es decir, una obsesión con los europeos y sus fruslerías. Por algún motivo, los indígenas de la Isla de Pascua tenían una fijación con los sombreros. La tripulación de una expedición francesa perdió todos sus sombreros en menos de un día, lo cual fue motivo de gran hilaridad entre los indígenas.

Por aquellos años, los habitantes de la isla construyeron una casa en forma de barco europeo, dispusieron montículos de piedras en forma de barcas y empezaron a celebrar rituales imitando a los marineros europeos. Los investigadores creen que, de esa forma, trataban de invocar de nuevo la aparición de los dioses extranjeros con sus extravagantes regalos.

Y no tardaron en volver a aparecer. Pero esta vez los dioses no traían nada de regalo. Esta vez venían a por ellos.

5

Un oscuro día de 1862 apareció en el horizonte el primer barco de esclavos.

La Isla de Pascua era un destino ideal para los traficantes peruanos: estaba en un lugar apartado, tenía una población sana y fuerte y aún no la había ocupado ninguna de las grandes potencias. «En resumen», escribe un historiador, «a nadie le importaba lo que ocurriera con aquella gente.»[42]

Al final, un total de dieciséis barcos se llevaron a nada menos que 1.407 indígenas, un tercio de la población. Los embaucaban con alguna triquiñuela o, simplemente, los subían a los barcos haciendo uso de la fuerza. Se trataba, curiosamente, de los mismos

traficantes de esclavos que se llevaron a los habitantes de la isla de 'Ata (donde un siglo después se darían las circunstancias descritas en *El señor de las moscas,* pero con un resultado muy distinto).

Una vez en Perú, los esclavos caían como moscas. Morían en las minas donde los explotaban o perecían a causa de alguna enfermedad infecciosa. En 1863, bajo presión internacional, el gobierno peruano decidió enviar de vuelta a la isla a los supervivientes y empezó a reunirlos en la ciudad portuaria de Callao. Pero no había suficiente comida para todos y, para colmo, un marinero de un ballenero americano atracado en el puerto tenía la viruela. Se declaró una epidemia entre los indígenas y durante la travesía hasta la Isla de Pascua tenían que tirar cadáveres por la borda todos los días. Al final, solo quince de los 470 esclavos liberados volvieron a casa con vida.

Pero habría sido mejor que ellos tampoco hubieran sobrevivido, porque uno llevó el virus y lo transmitió por toda la isla, sembrando la muerte y la desgracia. Aquello supuso el fin definitivo de los *rapa nui.* Por primera vez, los visitantes europeos vieron a indígenas enfrentados entre ellos. Un capitán francés escribió sobre montañas de huesos y cráneos. Los habitantes de la isla, enfermos de muerte, estaban desesperados. Decenas de ellos se suicidaron arrojándose al vacío desde un acantilado.

Cuando por fin terminó la epidemia, en 1877, solo quedaban 110 habitantes originales, más o menos los mismos que llegaron ochocientos años antes desde Polinesia. Las tradiciones se habían perdido, los rituales habían caído en el olvido y toda una cultura había desaparecido. Los traficantes de esclavos y sus enfermedades habían conseguido en poco tiempo lo que no fueron capaces de hacer las ratas ni los propios indígenas: acabaron con la Isla de Pascua.

¿Qué queda en pie, por tanto, de la historia original sobre indígenas egoístas que destruyeron su propia civilización en una guerra fratricida?

Prácticamente nada. Ni hubo guerra, ni hubo hambruna, ni hubo canibalismo. La deforestación, gracias al ingenio de los habitantes, no hizo la isla más árida, sino más productiva. La matanza de 1680 no tuvo nunca lugar. La auténtica decadencia empezó en 1860. Los europeos no encontraron una civilización en ruinas. Fueron ellos quienes la arruinaron.

Lo cual no quita que los indígenas tuvieran un impacto negativo en su entorno. Los primeros colonizadores de la isla llevaron consigo accidentalmente ratas, y la subsiguiente plaga acabó con diversos tipos de plantas y animales. Pero, más allá de ese contratiempo, lo que llama la atención, sobre todo, es la capacidad de adaptación de los indígenas y la solidez de su civilización. Aquellos hombres y mujeres eran mucho más inteligentes y sociales de lo que han admitido los investigadores durante mucho tiempo.

Queda preguntarse si la Isla de Pascua sigue siendo una buena metáfora de nuestro propio futuro. Pocos días después de mi encuentro con el profesor Boersema, encontré el siguiente titular en un periódico: EL CAMBIO CLIMÁTICO AMENAZA LAS ESCULTURAS DE LA ISLA DE PASCUA. Los científicos han llegado a esa conclusión analizando la subida del nivel del mar y la erosión de la costa.[43]

En todo lo relativo al cambio climático, soy cualquier cosa menos escéptico. Lo considero el mayor reto de nuestro tiempo y nuestra generación, y cada vez nos queda menos tiempo para actuar. Lo que sí suscita mi escepticismo es la retórica apocalíptica. Soy escéptico cuando oigo que somos profundamente egoístas por naturaleza, o peor aún, que somos una plaga. Soy escéptico cuando tratan de venderme como «realista» esa imagen del hombre. Y soy escéptico cuando alguien afirma que nuestra decadencia es inevitable.

Hay demasiados activistas climáticos que subestiman la capacidad de adaptación del ser humano, y me temo que su cinismo podría ser una profecía que se acabe cumpliendo sola,

un nocebo que podría acabar desanimando a todo el mundo y acelerando el calentamiento global. El movimiento climático también necesita un nuevo realismo.

«Hay una incapacidad generalizada para admitir que, además de los problemas, las soluciones también pueden crecer exponencialmente», me dijo el profesor Boersema en su despacho. «No hay ninguna garantía de ello, pero es posible.»

Eso es exactamente lo que ocurrió en la Isla de Pascua. Cuando los árboles desaparecieron, los habitantes desarrollaron nuevas técnicas agrícolas más productivas. La auténtica historia de la Isla de Pascua es, en definitiva, una historia de capacidad de adaptación e ingenio humano. No es una advertencia de futuras desgracias, sino una fuente de esperanza.

Segunda parte

Después de Auschwitz

Es un milagro que no haya abandonado mis ideales. Parecen tan absurdos e inalcanzables... Pero me aferro a ellos porque, a pesar de todo, sigo creyendo que las personas son buenas en el fondo de su corazón.

ANA FRANK (1929-1945)

Si es cierto que el ser humano tiene carácter amistoso por naturaleza, ha llegado la hora de plantearnos la pregunta inevitable. La pregunta por la que diversos editores alemanes rechazaron mi libro. La cuestión que no deja de rondarme la cabeza mientras escribo.

¿Cómo se explica Auschwitz?

O, dicho de otra forma, ¿cómo se explican las razias y los pogromos, los genocidios y los campos de exterminio? ¿Quiénes eran los voluntariosos verdugos de Adolf Hitler, Stalin, Mao o Pol Pot?

Después de la Segunda Guerra Mundial, tras el asesinato sistemático de más de seis millones de judíos, la ciencia y la literatura cayeron bajo el hechizo de una única cuestión: ¿cómo podía ser tan cruel el ser humano? En primera instancia, era tentador pensar que los alemanes pertenecían a otra especie y que todo se debía a sus mentes retorcidas y su cultura barbárica. Todo aquello, en cualquier caso, no tenía nada que ver con nosotros, la gente «normal».

Pero había un problema: el mayor crimen de la historia de la humanidad no se había cometido en un país atrasado de costumbres primitivas, sino en uno de los países más ricos del mundo, el país de Kant, Goethe, Bach y Beethoven.

Tal vez la civilización no fuera una capa protectora de barniz. Tal vez fuera un veneno, como decía Rousseau. Apareció entonces una nueva disciplina científica, muy joven todavía, que aportó inquietantes pruebas de que, en efecto, hay algo esencial que no funciona en el hombre moderno.

Me refiero a la psicología social.

En los años 50 y 60 del siglo anterior, los psicólogos trataron de determinar qué hacía falta para transformar a un ser humano en un monstruo. Un experimento tras otro mostraba que cualquier persona corriente era capaz de hacer cosas terribles. Bastaba con crear unas circunstancias determinadas y, *voilà,* salía a la superficie el nazi que todos llevamos dentro.

En la época en que *El señor de las moscas* aparecía en todas las listas de superventas, un joven investigador llamado Stanley Milgram demostró que la gente sigue a ciegas las órdenes de cualquier autoridad, aunque tengan consecuencias negativas para otros (capítulo 8), y el asesinato de una joven en Nueva York formó la base de cientos de estudios sobre la indiferencia del ser humano en el mundo moderno (capítulo 9). Pero primero veamos los experimentos de los profesores Muzafer Sherif y Philip Zimbardo, dos psicólogos que demostraron lo fácil que es convertir a un buen chico en el verdugo de un campo de concentración o un violento carcelero.

Lo más fascinante es que todos esos estudios tuvieron lugar en un periodo de tiempo muy corto y se sucedían unos a otros con gran rapidez. En aquellos años, todavía imperaba la ley del Oeste en la psicología social. Cualquier joven ambicioso podía hacerse un nombre rápidamente divulgando los espeluznantes resultados de experimentos con un alto grado de sensacionalismo.

Ahora, cincuenta años después, muchos de aquellos investigadores han muerto. Otros siguen exprimiendo su fama y ofrecen conferencias por todo el mundo. Sus experimentos

son célebres y se siguen estudiando en las universidades. La gran novedad, sin embargo, es que por fin se han desclasificado los archivos de todos aquellos estudios y, por primera vez, podemos echar un vistazo en la cocina de los investigadores.

7. EN EL SÓTANO DE LA UNIVERSIDAD DE STANFORD

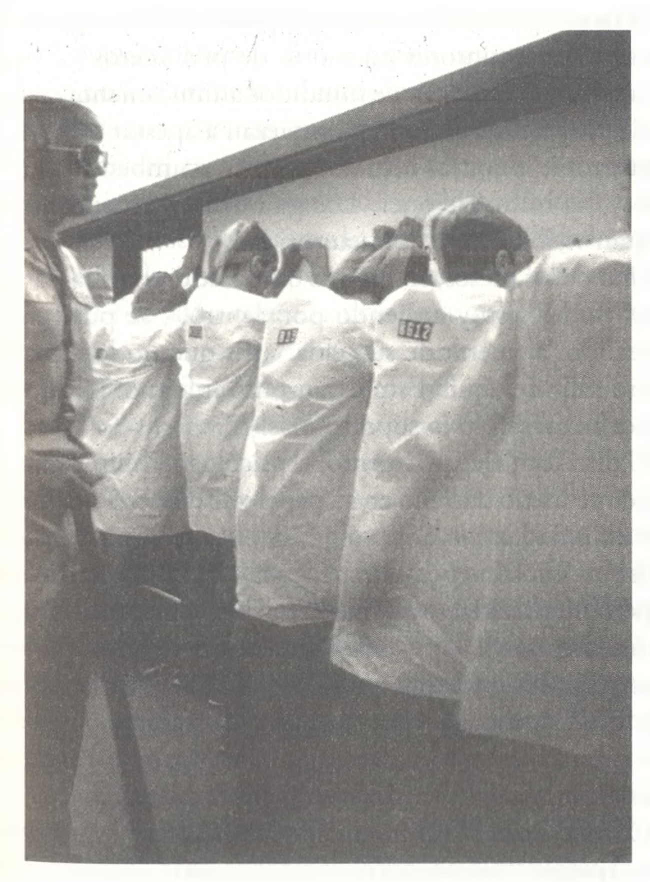
1

15 de agosto de 1971. Poco antes de las diez de la mañana, la policía de Palo Alto, California, despliega una gran operación y arresta en sus domicilios a nueve jóvenes criminales. Algunos todavía están en la cama. Cinco de ellos tienen cargos por robo con allanamiento de morada, cuatro por atraco a mano armada. Los vecinos contemplan atónitos cómo los cachean, les ponen las esposas y se los llevan. Lo que no saben es que se trata de un experimento.

Un experimento que pasará a la historia como uno de los más controvertidos de todos los tiempos, será noticia de portada en los periódicos más importantes y se analizará en los libros de texto de millones de universitarios.

Poco después del mediodía, los jóvenes arrestados –en realidad estudiantes inocentes– bajan al sótano del edificio 420 de la Universidad de Stanford, donde están los despachos del departamento de Psicología. En el pasillo hay un gran letrero: PRISIÓN DEL CONDADO DE STANFORD. Allí los esperan otros nueve estudiantes vestidos de uniforme, con la mirada oculta tras gafas de sol reflectantes. Ellos también forman parte de aquel experimento en el que todos participan para ganar un dinerillo durante los meses de verano. A unos les han asignado el papel de presos, y a otros el de guardianes.

Lo primero que hacen es desnudar a los presos uno a uno y dejarlos esperando en el pasillo. A continuación les atan los tobillos con cadenas, les ponen una capucha de nailon y una especie de camisón con un número. A partir de ese momento, dejan de tener nombre. Los guardianes se dirigen a ellos exclusivamente por su número, y los presos también tienen que referirse a sí mismos o a otros presos por su número. Por último, los encierran de tres en tres en despachos acondicionados como celdas.



El sótano de la Universidad de Stanford, agosto de 1971. Fuente: Philip G. Zimbardo.

Lo que ocurre a continuación cae como una bomba en la comunidad científica y la onda expansiva alcanza todos los rincones del mundo. En pocos días queda demostrado cuál es la cruda realidad de la naturaleza humana. El experimento de la prisión de Stanford descarrila por completo.

Todo empezó con un grupo de jóvenes corrientes, sanos y bien educados. Algunos se habían definido como pacifistas durante la entrevista de selección.

Pero el segundo día las cosas se ponen feas. Los guardianes reprimen con extintores un motín de prisioneros y, durante los días siguientes, tratan de hundirlos anímicamente con todo tipo de estrategias. Las celdas empiezan a apestar a excrementos humanos. Uno tras otro, los presos sucumben a la falta de sueño y las humillaciones. Los guardianes, mientras tanto, disfrutan visiblemente de su autoridad.

Uno de los presos, el número 8.612, se derrumba por completo. «¡Joder, estoy ardiendo por dentro!», se puso a gritar aporreando la puerta de su celda. «¿Es que no lo entendéis? ¡Quiero salir de aquí! ¡Esto es un puto infierno! ¡No soporto una noche más! ¡No lo soporto más!»[1]

El director del experimento, el psicólogo Philip Zimbardo, también se metió de lleno en su papel y se empezó a comportar como un alcaide cuyo único objetivo es conservar el control en su prisión. Inicialmente, el experimento iba a durar dos semanas, pero no pasó del sexto día. Zimbardo puso fin a la pesadilla cuando su novia –una estudiante de doctorado– vio lo que estaba ocurriendo y le preguntó horrorizada qué diablos significaba aquello. En aquel breve espacio de tiempo, cinco de los nueve presos habían mostrado signos de «depresión emocional extrema, llorera, furia y cuadros de ansiedad aguda».[2]

Cuando todo había terminado, Zimbardo y los miembros de su equipo, consternados, se enfrentaron a una dolorosa pregunta: ¿qué había ocurrido? Hoy en día puedes encontrar la respuesta en casi todos los libros de psicología, en películas

de Hollywood, documentales de Netflix o best sellers internacionales como *El punto clave,* de Malcolm Gladwell. Y, si no, ya se lo oirás contar a alguien en la barra del bar o junto a la máquina de café de la oficina.

La respuesta oficial es la siguiente: el 15 de agosto de 1971, un grupo de estudiantes bien educados se convirtieron en monstruos. No porque fueran malas personas, sino porque se vieron en unas circunstancias determinadas. «Basta cambiar unos cuantos detalles en la situación de personas normales de buenos colegios y buenas familias para ejercer una poderosa influencia en su comportamiento», escribió Gladwell.[3]

Philip Zimbardo juró que nadie había podido sospechar que los sujetos del experimento fueran a llegar a esos extremos, pero que, a la vista de los resultados, solo podía concluir que todos somos capaces de cometer las mayores atrocidades. Según escribió luego, lo que ocurrió en el sótano de la Universidad de Stanford fue «una consecuencia "natural" de ponerse un uniforme».[4]

2

Lo que poca gente sabe es que, diecisiete años antes del experimento de la prisión de Stanford, ya se había realizado un experimento similar con resultados parecidos. El experimento de Robbers Cave ha caído en el olvido para el gran público, pero fue una fuente de inspiración crucial para los psicólogos sociales de los 50 y los 60. Y en aquella ocasión los sujetos no eran estudiantes, sino niños.

19 de junio de 1954. Doce niños de unos once años esperan en una parada de autobús de Oklahoma City. Todavía no se conocen, pero todos proceden de ejemplares familias protestantes, tienen un cociente intelectual representativo de la media y sacan notas parecidas en el colegio. Ninguno de ellos

sufre forma alguna de acoso escolar, y ninguno tiene fama de rebelde. Son, en definitiva, niños de lo más corriente.

Y ese día no caben en sí de felicidad, porque se van de campamento al parque estatal de Robbers Cave, en el sudeste de Oklahoma, un espacio natural de 80 hectáreas con bosques, lagos y cuevas donde se escondieron los legendarios ladrones Belle Starr y Jesse James. De ahí el nombre del parque. (Robbers Cave significa «la cueva de los ladrones».)

Lo que los niños no saben es que van a participar en un experimento científico. Y lo que tampoco saben es que al día siguiente va a llegar al parque otro grupo de niños. El director del estudio es Muzafer Sherif, un psicólogo americano de origen turco interesado desde hace años en la forma en que surgen los conflictos entre grupos. Todo está planificado hasta el último detalle. Las instrucciones a los monitores del campamento son claras y sencillas: dejad que los niños hagan lo que quieran. Todo está permitido. No hay ninguna restricción.

En la primera fase del estudio, los dos grupos de niños creen que están solos en el parque. Cada grupo ocupa un edificio distinto del campamento. Pero, durante la segunda semana, descubrirán poco a poco la existencia del otro grupo. ¿Qué ocurrirá? ¿Se harán amigos o se desatará el infierno?

El experimento de Robbers Cave es una historia de niños buenos –«la *crème de la crème*», escribiría más tarde Sherif– que en pocos días degeneraron en «jóvenes perversos, trastornados y crueles».[5] El experimento tuvo lugar el mismo año en que William Golding publicó *El señor de las moscas.* Pero, mientras que Golding pensaba que los niños eran malos por naturaleza, Sherif creía que todo dependía del contexto.

Todo empezó muy bien. Durante la primera semana, cuando los dos grupos pensaban que estaban solos en el parque, los niños de cada grupo jugaron juntos y colaboraron en perfecta armonía. Construyeron un puente colgante y un trampolín.

Comieron hamburguesas y montaron una tienda de campaña. Se pasaban todo el día corriendo y saltando, y se hicieron amigos del alma.

La segunda semana, sin embargo, las cosas fueron muy distintas. Los dos grupos, que se habían denominado a sí mismos los Rattlers y los Eagles, descubrieron que había otro grupo en el parque, y entonces estalló la guerra. Todo empezó cuando los Rattlers oyeron a los Eagles jugando en «su» campo de béisbol y los retaron a un partido. Aquello fue el escopetazo de salida de una competición que duraría toda la semana. La rivalidad estaba garantizada desde el principio.

El segundo día, los Eagles, tras perder al juego de la cuerda, quemaron la bandera de los Rattlers. Estos se vengaron con un asalto nocturno al edificio de los Eagles, durante el cual robaron cómics y rompieron cortinas. Los Eagles decidieron atacar a los Rattlers con calcetines llenos de piedras a modo de armas, pero los monitores intervinieron justo a tiempo.

Al final de la semana, los Eagles resultaron ser los ganadores del torneo y se llevaron los deseados premios (navajas nuevas). Los Rattlers, entonces, prepararon otro asalto y les robaron las navajas. Los Eagles se pusieron furiosos y fueron a pedir explicaciones, pero lo único que consiguieron fue que los Rattlers se burlaran de ellos. «¡Venga, gallinas!», los retó uno de ellos amenazando una navaja en ristre.[6]

La cosa llegó a las manos. Mientras los chicos se peleaban, Sherif, en su papel de conserje del campamento, no paraba de tomar notas en su cuaderno. Sabía que aquel experimento iba a ser una mina de oro.

Durante los últimos años, el experimento de Robbers Cave ha vuelto a estar de actualidad. Desde la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos, no sé cuántas veces lo he oído ya en boca de analistas sociales y políticos como metáfora del tiempo en que vivimos. ¿No simbolizan

los Rattlers y los Eagles la polarización que vemos en todo el mundo entre derecha e izquierda, conservadores y progresistas?

Se han hecho hasta series de televisión. Una productora holandesa repitió el experimento en un programa titulado *Dat wordt oorlog!* (¡Va a ser la guerra!). Las grabaciones se tuvieron que suspender antes de tiempo porque, efectivamente, aquello era la guerra.

Razones de sobra, pensé, para buscar el informe original de Muzafer Sherif, de 1961. Es un texto bastante farragoso. Digamos que he leído cosas mejores. En una de las primeras páginas dice: «Se generarán situacionalmente actitudes negativas frente a grupos externos.» Léase: va a ser la guerra.

No obstante, entre la maraña de frases y formulaciones crípticas, hubo un par de cosas que me llamaron la atención. Para empezar, no fueron los niños quienes concibieron y organizaron el torneo de varios días. Fue todo cosa de los monitores. Los Eagles, al principio, no tenían ningún interés en competir. «¿Y por qué no nos hacemos todos amigos?», sugirió uno de ellos. «Así nadie tiene que enfadarse ni cogerle manía a nadie.»[7]

A continuación, forzados por los investigadores, los dos grupos empezaron a jugar exclusivamente a juegos en los que siempre había un ganador y un perdedor, como el béisbol o el juego de la cuerda. Y no había premios de consolación. Los investigadores llegaron a manipular incluso los resultados para estimular la rivalidad manteniendo a los dos equipos lo más igualados posible en la puntuación.

Y esas manipulaciones no eran más que la punta del iceberg.

3

En el verano de 2017, unos meses antes de que apareciera su libro sobre el experimento de Robbers Cave, tuve el gusto de conocer a Gina Perry en Melbourne. Perry es una prestigiosa

psicóloga australiana, y fue la primera en sumergirse en los archivos del famoso experimento. Entre las montañas de notas y grabaciones de audio, encontró una historia muy distinta de la que cuentan los libros de texto desde hace más de cincuenta años.

Perry descubrió que ya antes, en 1953, Sherif había intentado demostrar su «teoría realista de conflictos entre grupos». La idea era la misma, pero en aquella ocasión el campamento tuvo lugar en la pequeña localidad de Middle Grove, en el estado de Nueva York. También entonces había intentado estimular la rivalidad entre los dos grupos con todo tipo de estratagemas. La único que revelaría más tarde Sherif sobre aquel experimento, en una nota a pie de página, es que hubo que cancelar el experimento «a causa de diversas dificultades y condiciones desfavorables».[8]

En Melbourne, Perry me contó lo que había descubierto en los archivos y lo que ocurrió de verdad durante aquel primer campamento. Los niños se hicieron amigos de inmediato. Los dos primeros días jugaron juntos, corrieron por el bosque, dispararon con arco y cantaron a pleno pulmón.

El tercer día, los investigadores dividieron a los chicos en dos grupos, los Panters y los Pythons. Durante los días siguientes, hicieron todo lo posible por enemistarlos. Los Panters querían utilizar una rama de olivo –el símbolo de la paz– como logotipo para sus camisetas, pero los monitores se lo impidieron.

Unos días después, uno de los investigadores derribó la tienda de campaña de los Pythons con la esperanza de que acusaran a los Panters. Para su enorme frustración, los dos grupos ayudaron a montar la tienda de nuevo. A continuación, los monitores saquearon el campamento de los Panters para que echaran la culpa a los Pythons. Pero, una vez más, los dos grupos mostraron una actitud colaborativa. Un niño cuyo ukelele se había roto durante el falso saqueo, llegó a pedirles explicaciones a los monitores: «A lo mejor queríais ver cómo reaccionábamos», los acusó.[9]

Entretanto, los investigadores empezaron a amargarse y a tener rencillas entre ellos. Aquel experimento costaba un dineral y todo estaba saliendo al revés. Los chicos no se peleaban entre ellos, como predecía la «teoría realista de conflictos entre grupos» de Sherif, sino que cada vez eran más amigos. Sherif iba y venía inquieto por su cuarto de trabajo hasta las dos de la mañana, como pudo oír Perry en las grabaciones. Culpaba a todo el mundo del fracaso sin hacer ningún tipo de autocrítica, y cada vez bebía más.

Durante una de las últimas noches, Sherif perdió los papeles. Mientras los niños dormían plácidamente, amenazó a un asistente con partirle la cara porque, según él, no se esforzaba lo suficiente para sembrar la cizaña entre los dos grupos. El asistente agarró un leño para defenderse. «¡Mr. Sherif!», gritó en el silencio de la noche, «¡si se atreve a tocarme, le arreo un golpe con esto!»[10]

Al final, los niños descubrieron que los estaban manipulando. Uno de ellos encontró un cuaderno de notas con observaciones detalladas y Sherif tuvo que cancelar el estudio.

Si algo había demostrado aquel experimento, era lo difícil que resulta enemistar a dos grupos de niños una vez que se han hecho amigos. «No comprendían la naturaleza humana», diría uno de los niños más tarde sobre los psicólogos. «Y, desde luego, no comprendían a los niños.»[11]

4

Si las manipulaciones del profesor Muzafer Sherif te parecen escandalosas, prepárate, porque no son nada comparadas con las que tendrían lugar diecisiete años después. A primera vista, el experimento de la prisión de Stanford se parecía mucho al de Robbers Cave. En ambos casos participaban como sujetos de estudio veinticuatro varones blancos,[12] y los dos

tenían como objetivo demostrar que es fácil transformar a una persona de buen corazón en un monstruo.

Pero el experimento de la prisión de Stanford iba un paso más allá. El estudio de Philip Zimbardo no es que fuera poco riguroso desde un punto de vista científico. Es que fue una farsa.

Mis dudas surgieron cuando leí *El efecto Lucifer,* el libro que publicó Zimbardo en 2007. Yo siempre había supuesto que los guardianes se habían convertido en sádicos de manera espontánea, sin condicionamientos de ningún tipo. Eso era lo que había repetido Zimbardo una y otra vez en infinidad de entrevistas. Durante una sesión del Congreso norteamericano, por ejemplo, dijo que los guardianes «establecían sus propias reglas para conservar la ley, el orden y el respeto».[13]

Sin embargo, en la página 55 de su libro, Zimbardo habla de pronto de una reunión que tuvo lugar el sábado anterior al inicio del experimento. Aquella mañana les dio a los guardianes una serie de instrucciones que hablan por sí solas:

> Podemos hacer que se sientan frustrados. Podemos infundirles miedo (...). Vamos a arrebatarles su individualidad de diversas maneras, y nadie los llamará nunca por su nombre; cada uno tendrá un número, y habrá que dirigirse a ellos por su número. En general, eso generará en ellos una sensación de impotencia.[14]

Cuando leí eso me quedé con la boca abierta. Esas eran las palabras del supuesto investigador independiente. Zimbardo les dio instrucciones muy claras a los guardianes. No fueron ellos quienes inventaron el sistema de números ni quienes decidieron ponerse gafas de sol oscuras. No fueron ellos quienes decidieron hostigar a los prisioneros con jueguecitos sádicos. Eso fue lo que les encargaron.

Es más, desde aquel sábado previo al comienzo del experimento, Zimbardo habló en todo momento en primera per-

sona del plural («nosotros»), creando así la impresión de que los guardianes y él formaban parte del mismo equipo. Luego diría que fue en el curso del experimento cuando se dejó llevar por su papel de alcaide, pero eso no entronca con la realidad. Zimbardo ejerció en todo momento de director de su prisión ficticia.

Para comprender las consecuencias que tiene eso para la objetividad de un estudio científico, es importante conocer el significado del concepto «características de la demanda», utilizado en psicología. Con ello se alude a elementos que permiten a los participantes intuir cuál es la intención del experimento, por lo que adaptan su comportamiento a lo que consideran deseable de conformidad con esa interpretación. Cuando ocurre eso, lo que estamos haciendo ya no es un experimento científico, sino una obra de teatro. Y en el experimento de la prisión de Stanford, según un catedrático de Psicología, «había "características de la demanda" por todas partes».[15]

¿Qué pensarían los guardianes que esperaban los investigadores de ellos? ¿Que se sentaran a jugar a las cartas y a hablar de deportes y mujeres? Uno de los estudiantes no se mordió la lengua: «Yo empecé con un plan concreto en la cabeza para forzar algo. Quería provocar situaciones que pudieran servir de material de estudio a los investigadores. Porque, ¿qué iban a aprender si no de unos cuantos tipos charlando despreocupados, como si estuvieran en un club de campo?»[16]

Un comentario como ese bastaría por sí solo para borrar el experimento de la prisión de Stanford de los libros de texto, pero esa no es ni siquiera la mitad de la historia. En junio de 2013, el sociólogo y documentalista francés Thibault Le Texier vio una charla TED de Zimbardo de 2009, y las imágenes que mostró el psicólogo americano despertaron de inmediato su curiosidad. Aquel material tan crudo de estudiantes gritando desesperados le parecieron un material ideal de partida para

un documental apasionante, de modo que decidió sumergirse en los archivos.

Le Texier consiguió una subvención del Fondo Cinematográfico de Francia, se fue a la Universidad de Stanford y, para su enorme sorpresa, descubrió que era el primero. Pero mayor aún fue su incredulidad cuando empezó a estudiar el contenido del archivo. El entusiasmo de Le Texier dio paso enseguida a la confusión y, poco a poco, se fue transformando en estupor. Al igual que Gina Perry, el investigador francés encontró infinidad de documentos y grabaciones que ofrecían una imagen completamente distinta del experimento.

«Tardé bastante tiempo en darme cuenta de que aquello era una patraña», me comenta Le Texier en el otoño de 2018, un año antes de la publicación de su demoledor análisis del experimento en *American Psychologist,* la revista de psicología más importante del mundo.[17] «Al principio no me lo quería creer. "No", me decía, "esto es el trabajo de un respetado catedrático de la Universidad de Stanford." Tengo que estar equivocado.»

Pero las pruebas eran concluyentes.

El experimento ni siquiera fue idea de Zimbardo. La idea se le ocurrió a uno de sus estudiantes, David Jaffe, un chico que aún no había cumplido veinte años. Para unas prácticas del curso de Zimbardo, Jaffe y cuatro compañeros suyos pensaron que sería emocionante transformar el sótano de su edificio de estudiantes en una cárcel. Los cinco estudiantes convencieron a un grupo de amigos y, en mayo de 1971, pusieron en marcha el experimento, con seis guardianes y seis prisioneros. El propio Jaffe ejercía de alcaide.

Los guardianes inventaron normas como «Los prisioneros tienen que dirigirse unos a otros siempre por su número» y «Los prisioneros tienen que dirigirse siempre al jefe de los guardianes como "señor guardián jefe"». El lunes siguiente, en la clase de Zimbardo, Jaffe contó con todo detalle el «experimento» que habían hecho y explicó las intensas reacciones de

los participantes. Zimbardo quedó deslumbrado y se propuso probar aquello por sí mismo.

Pero había una cuestión que preocupaba al psicólogo: ¿sería posible encontrar guardianes lo bastante sádicos? ¿Quién podía ayudarle a sacar lo peor de ellos? Zimbardo decidió contratar a Jaffe. «Me pidió que propusiera tácticas basadas en mi experiencia anterior como maestro de ceremonias sádicas.»[18]

Durante cuarenta años, Philip Zimbardo afirmó en cientos de entrevistas y artículos que los guardianes no habían recibido ninguna instrucción y que se les había ocurrido todo a ellos solos: las reglas, los castigos y las humillaciones. Zimbardo hacía como si Jaffe fuera uno de los guardianes que se dejaron llevar por el experimento sin influencia externa.

Pero nada más lejos de la realidad. Once de las diecisiete reglas procedían de la cocina del propio Jaffe. Fue él también quien diseñó el extenso protocolo de recepción de los prisioneros. ¿Las cadenas en los tobillos? Idea suya. ¿Desnudar a los prisioneros? Idea suya. ¿Dejarlos quince minutos desnudos? También idea suya.

Y la cosa va más allá, porque, el sábado anterior al experimento, Jaffe pasó seis horas con los guardianes y les explicó cómo tenían que utilizar las cadenas y las porras. «Tengo aquí una lista de cosas», les dijo, «una serie de cosas que hay que hacer.»[19] Cuando terminó el experimento, los guardianes felicitaron a Jaffe por «la creatividad de sus ideas sádicas».[20]

Pero Zimbardo también aportó su granito de arena al sádico sainete. El profesor estableció un rígido horario para que los prisioneros durmieran lo menos posible. A las 2:30 y las 6:00 de la mañana, por ejemplo, tenían que despertarlos para un recuento. También fue Zimbardo quien propuso que castigaran a los prisioneros con flexiones o con espinas entre sus sábanas. Una celda de aislamiento también le pareció una buena idea.

¿Por qué quería controlar Zimbardo el curso del experimento? La explicación es muy sencilla. Inicialmente, los sujetos que más le interesaban eran los prisioneros, no los guardianes. Quería ver cómo reaccionaban sometidos a un nivel de presión tan alto. Quería ver su desesperación, su angustia y su frustración.

Los guardianes no se veían como sujetos del estudio, sino como asistentes del profesor, lo cual no tiene nada de raro, porque así era como los trataban. La sorpresa de Zimbardo por el sadismo de sus guardianes llegó luego, y solo después decidió que ese era el verdadero mensaje de su estudio. Durante el «experimento», Jaffe y él no hacían más que instigar a los guardianes a ser cada vez más despiadados. Quien no hacía lo que esperaban de él, podía contar con una reprimenda.

Ya el segundo día, Jaffe empezó a presionar a John Markus, un guardián que se mostraba demasiado blando con los prisioneros. En las grabaciones se puede oír la siguiente conversación:

> Jaffe: «Esta mañana nos ha llamado la atención que... eh... te quedabas en segundo plano, y nos preguntamos si es que ocurre algo. (...) Queremos que participes de forma más activa y te involucres más, porque los guardianes tienen que poder contar con que todos sus compañeros son lo bastante duros...»
>
> Markus: «Es que no yo no soy muy duro...»
>
> Jaffe: «Ya, bueno... Pues tendrás que empezar a intentarlo.»
>
> Markus: «No sé si voy a ser capaz.»
>
> Jaffe: «Mira, lo que quiero decir con "duro" es que... ya sabes... que tienes que ser estricto... es muy importante para que el experimento salga bien.»
>
> Markus: «Discúlpame, lo siento. (...) si por mí fuera, no haría nada. Más bien dejaría que se calmaran los ánimos.»[21]

Lo fascinante es que la mayoría de los guardianes del experimento de la prisión de Stanford no cedieron a las presiones

de actuar con mano dura. Dos tercios no participaron en los juegos sádicos y un tercio no dejó de mostrarse amable con los prisioneros, para gran frustración de Zimbardo y su equipo de investigadores. Uno de los guardianes renunció incluso la víspera del experimento, porque no estaba de acuerdo con las instrucciones.

Para la mayoría de los participantes, sin embargo, el experimento suponía unos buenos ingresos que no querían dejar escapar. Zimbardo pagaba quince dólares al día –que hoy equivaldrían a cien dólares aproximadamente–, pero nadie recibía nada hasta el final. Tanto los guardianes como los prisioneros temían perder sus ingresos si no cumplían con su papel en la obra de teatro de Zimbardo.

A pesar de ello, uno de los prisioneros no soportó la presión. Me refiero al prisionero número 8.612, Douglas Korpi, de veintidós años, que se derrumbó por completo el segundo día. «¡Joder, estoy ardiendo por dentro! (...) ¡No lo soporto más!» Ese es uno de los fragmentos de audio más conocidos del experimento de la prisión de Stanford. Sale en todos los documentales.

En el verano de 2017, un periodista americano entrevistó a Korpi, y resultó que su derrumbe también era una farsa.[22] Puro teatro. Después del experimento, Korpi lo dijo en repetidas ocasiones. Se lo dijo a Zimbardo, que no le quiso hacer caso, y más tarde se lo dijo al director de un documental, que excluyó su confesión del montaje.

Douglas Korpi, hoy en día doctor en psicología, cuenta que al principio el experimento le parecía divertido. «El primer día fue la risa», recuerda. «Podía gritar, chillar y comportarme como un histérico. Me metí en mi papel de prisionero. Hice lo que me correspondía, como un buen empleado. Me lo pasé muy bien.»[23]

Pero luego se le pasaron las ganas. Korpi se había apuntado al proyecto con la idea de que en la cárcel podría dedicarse

a preparar los exámenes mientras ganaba un dinero. Pero, una vez entre rejas, Zimbardo y su equipo le quitaron los libros y, al día siguiente, Korpi decidió que quería salir de allí.

Pero entonces llegó la gran sorpresa: Zimbardo no le dejaba irse. Korpi solo podía abandonar la prisión en caso de sufrir problemas físicos o mentales graves, de modo que el estudiante decidió fingir. Primero hizo como si tuviera problemas de estómago, sin resultado. Y a continuación lo intentó con un ataque de ansiedad («¡Joder, estoy ardiendo por dentro! ¿Es que no lo entendéis? ¡Quiero salir de aquí! ¡Esto es un puto infierno! ¡No soporto una noche más! ¡No lo soporto más!»)

Y sus gritos dieron la vuelta al mundo entero.

En las últimas décadas, millones de personas se han tragado el teatro de Philip Zimbardo. «Lo peor», dijo uno de los prisioneros en 2011, «es que durante cuarenta años [Zimbardo] ha recibido mucha atención como recompensa.»[24]

Antes incluso de analizar los datos, Zimbardo envió las imágenes del experimento a la televisión. En pocos años, se convirtió en el psicólogo más famoso de su época. Llegó a presidir incluso la Asociación Norteamericana de Psicología.[25]

En un documental de los años 90 sobre el experimento de la prisión de Stanford, el estudiante Dave Eshelman, que había ejercido de guardián, se preguntaba qué habría hecho si los investigadores no los hubieran forzado. «Nunca lo sabremos», resopló con resignación.[26]

Pero lo que Eshelman no sabía era que dos psicólogos británicos estaban preparando en aquel momento un segundo experimento. Un experimento que había de dar respuesta definitiva a lo que todo el mundo quería saber: ¿qué ocurre cuando unos hombres corrientes y mentalmente sanos se ponen un uniforme y entran en una prisión?

5

La llamada de la BBC llegó en 2001.

Eran los primeros tiempos de la telerrealidad. Acababa de empezarse a emitir el *Gran Hermano* y productores televisivos de todo el mundo andaban como locos buscando la siguiente fórmula de éxito. La pregunta del productor de la BBC, por tanto, no los pilló desprevenidos del todo. ¿Estaríais dispuestos a repetir ese escalofriante experimento de guardianes y prisioneros, pero en la televisión y en horario de máxima audiencia?

Para Alexander Haslam y Stephen Reicher, dos doctores en psicología, aquello era un regalo caído del cielo. El problema del experimento de la prisión de Stanford era que atentaba contra todos los principios de la ética, por lo que nadie se había atrevido nunca a repetirlo. A causa de ello, Zimbardo siempre había tenido la última palabra y nadie había podido contradecirlo.

Ahora, estos dos psicólogos británicos tenían la oportunidad de replicar el experimento ante las cámaras, a la vista de todo el mundo. Haslam y Reicher aceptaron la propuesta de la BBC. Pero con dos condiciones. Uno: que se les garantizara el control absoluto sobre el experimento. Y dos: que hubiera una comisión ética con competencia para cancelar el experimento en cualquier momento si la cosa se ponía fea.

En los meses previos al estreno aparecieron en la prensa británica todo tipo de especulaciones sobre las atrocidades que se iban a cometer. *«Is this reality TV gone mad?»,* se preguntó *The Guardian.*[27] ¿Se han vuelto locos los productores de telerrealidad? Hasta el propio Philip Zimbardo manifestó su repulsa: «Es obvio que van a hacer el estudio con la esperanza de que se produzca un gran drama...»[28]

El 1 de mayo de 2002, cuando se emitió el primer episodio de *The Experiment,* millones de británicos se sentaron frente a la televisión con el aliento contenido. Lo que ocurrió a continuación cayó como una bomba cuya onda expansiva...

O no, más bien no.

Porque no ocurrió absolutamente nada. Yo tuve que hacer un auténtico esfuerzo para ver los cuatro episodios de una hora cada uno. Nunca había visto un programa de televisión tan aburrido.

¿Qué fue lo que falló en el gran proyecto de la BBC? Sencillamente, que Haslam y Reicher no les dieron ninguna instrucción a los guardianes. Lo único que hicieron los psicólogos fue observar. Y lo que vieron fue a un grupo de personas corrientes y mentalmente sanas charlando amistosamente mientras se tomaban un té.

Enseguida se vio que aquello iba a ser muy poco espectacular. El primer día, un guardián dijo que él en realidad no quería ser guardián. El segundo día, otro guardián propuso compartir la comida con los presos para crear un ambiente más agradable. El cuarto día, cuando por fin parecía que se iba a producir el primer pequeño conflicto, uno de los guardianes le dijo a un prisionero: «Si conservamos la calma, cuando termine esto nos vamos todos al pub a tomar juntos una cerveza.» Otro guardián rebajó inmediatamente la tensión: «Vamos a hablar como seres humanos.»

El quinto día, un prisionero propuso instaurar un sistema democrático. El sexto día, varios prisioneros escaparon de su celda y se sentaron a fumar en la cantina de los guardianes, que no tardaron en unirse a su tertulia. El séptimo día decidieron entre todos montar una comuna.

Algunos guardianes trataron de volver al antiguo régimen, pero nadie los tomó en serio. En vista de que aquello no iba a ningún sitio, los psicólogos decidieron poner fin al experimento. El último capítulo es una sucesión de planos de hombres vagueando en un sofá. Al final se ve una almibarada escena en la que los participantes se despiden con fuertes abrazos. Uno de los guardianes le regala su chaqueta a un prisionero.

Para el espectador es una experiencia muy frustrante. No se cumple ninguna de las expectativas. Ni tobillos encadenados, ni bolsas de papel en la cabeza, ni jueguecitos sádicos. La BBC emitió cuatro horas de imágenes de hombres fumando, charlando y aburriéndose. O, como escribió *The Sunday Herald*: «¿Qué ocurre cuando pones a un grupo de hombres buenos en un lugar abominable y lo filmas todo para la televisión? Eh, no gran cosa, la verdad.»[29]

Para los productores de televisión, el experimento puso de manifiesto una dolorosa realidad: si dejas a la gente corriente en paz, no ocurre nada. O peor aún, montan una comuna pacifista.

Desde un punto de vista científico, el experimento fue un éxito. Haslam y Reicher, al contrario que Zimbardo, publicaron más de diez artículos en prominentes revistas académicas. Pero, por lo demás, se puede decir que fue un fracaso absoluto. El experimento de la BBC cayó en el olvido, mientras que todo el mundo sigue hablando del experimento de la prisión de Stanford.

¿Y Philip Zimbardo? En 2018, cuando un periodista americano le preguntó si las recientes revelaciones sobre el alto grado de manipulación de los participantes tendrían algún efecto en cómo percibe la gente su experimento, el psicólogo contestó que le traía sin cuidado.

«La gente puede decir lo que quiera, pero se trata del experimento más famoso de la historia de la psicología. No hay ningún otro experimento del que la gente siga hablando cincuenta años después. Todo el mundo ha oído hablar de él. (...) Ahora tiene vida propia (...). Yo no lo voy a seguir defendiendo. Su longevidad es la mejor defensa.»[30]

8. STANLEY MILGRAM Y LA MÁQUINA DE DESCARGAS ELÉCTRICAS

1

A pesar de lo que afirma Philip Zimbardo, hay un experimento psicológico más conocido aún que el de la prisión de Stanford y un psicólogo que alcanzó mucha más fama que él. Cuando empecé a hacer planes para este libro, sabía que tendría que escribir sobre él.

Stanley Milgram.

El experimento de este joven catedrático empezó el 18 de junio de 1961. Aquel día apareció un anuncio de una página entera en *The New Haven Register:* «Pagamos 4 dólares por una hora de tu tiempo.»[1] El anuncio buscaba a quinientos hombres corrientes –albañiles y peluqueros, comerciantes y funcionarios– para un estudio sobre la memoria humana.

Durante los siguientes meses, cientos de participantes visitaron el laboratorio de Milgram en la Universidad de Yale. Cuando entraban, se echaba a suertes quién iba a ser el «profesor» y quién el «alumno». A continuación, el profesor se sentaba en una silla delante de un enorme aparato: la máquina de descargas eléctricas. Su cometido consistía en poner a prueba la memoria del alumno, que estaba sentado en una cabina (fuera de la vista del profesor) conectado con electrodos a la máquina. Cada vez que el alumno ofrecía una respuesta incorrecta, el profesor tenía que pulsar un interruptor para suministrarle una descarga eléctrica.

En realidad, el alumno era un empleado de Milgram y no recibía ninguna descarga eléctrica. Pero eso los profesores no lo sabían. Ellos pensaban que se trataba de un estudio sobre el efecto del castigo en la memoria humana y no podían sospechar que los auténticos sujetos del experimento eran ellos mismos.

La cosa empezaba con una insignificante descarga de 15 voltios. Cada vez que el alumno cometía un error, un investigador con una bata gris le pedía al profesor que aumentara el voltaje. De 15 voltios se pasaba a 30, de 30 a 45 y así sucesivamente, hasta llegar a la sección de la máquina con interruptores sobre los que ponía: PELIGRO, DESCARGA SEVERA. Al principio, el alumno emitía gritos de dolor. Luego empezaba a golpear la pared. Y a partir de 315 voltios, no se oía nada en la cabina.

Antes de empezar con el experimento, Milgram les preguntó a casi cuarenta colegas psicólogos hasta dónde creían que llegarían los sujetos del estudio. Los expertos se mostraron unánimes: solo los auténticos psicópatas –como mucho un 1 o un 2 por ciento– llegarían a los 450 voltios.[2]

Y entonces llegó el shock que daría la vuelta al mundo: nada menos que el 65 por ciento de los participantes iban hasta el límite y suministraban al alumno el máximo de 450 voltios. Dos tercios de todos aquellos padres de familia, amigos fieles y trabajadores honestos estaban dispuestos a electrocutar a un completo desconocido.[3]

¿Y por qué? Porque se lo habían ordenado.

Stanley Milgram se hizo famoso al instante. En aquel momento tenía veintiocho años.

No hubo periódico, emisora de radio o canal de televisión que no dedicara atención a su experimento. EL 65 POR CIENTO DE LAS PERSONAS OBEDECE CIEGAMENTE ÓRDENES DE INFLIGIR DOLOR, escribió el *New York Times* en un gran titular.[4] ¿Qué clase de personas –se preguntaba el periódico– son ca-

paces de enviar a millones de semejantes a las cámaras de gas? Milgram tenía la respuesta: todos nosotros.



Stanley Milgram y su máquina de descargas eléctricas. Fuente: *The Chronicle of Higher Education.*

El psicólogo –nacido en el seno de una de las muchas familias de judíos que habían llegado a Estados Unidos huyendo del terror nazi– presentó su estudio desde el primer momento como la explicación definitiva del Holocausto. Si Muzafer Sherif afirmaba que las guerras estallan de forma espontánea en cuanto dos grupos de personas se encuentran frente a frente y Zimbardo (antiguo compañero de Milgram) aseguraba que en cuanto nos ponemos un uniforme nos convertimos en unos monstruos, la explicación de Milgram era mucho más refinada e inteligente. Y, sobre todo, mucho más inquietante.

Para Milgram, la clave estaba en el instinto de obediencia a la autoridad. El ser humano era, según él, un animal que cumple órdenes ciegamente. En su laboratorio de la Universidad de Yale, hombres adultos con criterio propio se transformaban

en niños obedientes o en perritos labradores que hacen cuanto les pide su amo: siéntate, dame la patita, tírate al barranco. Recordaban a todos aquellos nazis que, después de la guerra, justificaban sus actos repitiendo una y otra vez las mismas tres palabras: *Befehl ist Befehl.* Una orden es una orden.

A la vista de los resultados, solo había una conclusión posible: hay un error de programación fatídico en la naturaleza humana. Un defecto de fabricación que nos hace obedecer como perritos, aunque las órdenes tengan consecuencias terribles.[5] «Si creáramos un sistema de campos de concentración en Estados Unidos», dijo Milgram en una ocasión, «encontraríamos personal de sobra para ellos en cualquier ciudad americana.»[6]

El experimento, además, llegó en un momento perfecto.

El mismo día que entró el primer sujeto de estudio en el laboratorio de Milgram, empezó la última semana de un juicio crucial en la historia. Adolf Eichmann, criminal de guerra alemán, se enfrentaba a la justicia en Jerusalén ante la atenta mirada de un contingente de setecientos periodistas. Una de las corresponsales era la filósofa judía Hannah Arendt, que cubría el juicio para la revista *The New Yorker.*

Antes del juicio, seis psicólogos habían evaluado la condición mental de Eichmann. Ninguno de ellos encontró síntoma alguno de trastornos del comportamiento. Lo único raro de Eichmann, dijo uno de los doctores, era que parecía un hombre más normal de lo normal.[7]

Eichmann, escribió Arendt, no era ningún psicópata, tampoco era un monstruo. Era un hombre tan corriente como todos esos albañiles, peluqueros, comerciantes y funcionarios del laboratorio de Milgram. En la última frase de su libro sobre Eichmann, Arendt define su constatación con una formulación concisa pero contundente. Lo llamó «la banalidad del mal».[8]

El experimento de Milgram y el análisis de Arendt pasaron juntos a la historia. Hannah Arendt se convirtió en una de las

filósofas más importantes del siglo XX y el experimento de Stanley Milgram ofreció la prueba científica de su teoría. Desde entonces, se han dedicado infinidad de documentales, novelas, obras de teatro y series de televisión a la famosa máquina de descargas eléctricas. Hay un capítulo de los Simpsons sobre el tema, un concurso de televisión francés y una película de John Travolta.

«Los experimentos sobre obediencia constituyen la mayor aportación de la psicología social al conocimiento del ser humano», escribió Muzafer Sherif sobre su colega Milgram. «Y tal vez de la psicología en general.»[9]

Voy a ser sincero.

Mi intención inicial era destrozar por completo el experimento de Milgram. No iba a quedar una piedra sobre otra. Cuando te propones escribir un libro en defensa del ser humano, sabes que vas a tener que enfrentarte a una serie de grandes nombres de la historia. William Golding y su oscura fantasía. Richard Dawkins y su gen egoísta. Jared Diamond y su dramática historia de la Isla de Pascua. Y, por supuesto Philip Zimbardo, el psicólogo vivo más famoso.

Pero en lo más alto de mi lista estaba Stanley Milgram. No conocía ningún otro experimento tan cínico, tan deprimente y, al mismo tiempo, tan famoso como el de la máquina de descargas eléctricas. Tras unos meses documentándome sobre el tema, consideré que ya tenía suficiente munición para hacerlo papilla. Los archivos de Milgram también se habían desclasificado y, en efecto, contenían mucha ropa sucia.

«Cuando me enteré de que el material del archivo estaba disponible, supe que tenía que echar un vistazo», me dijo Gina Perry en Melbourne (la misma psicóloga que destapó la verdad sobre el experimento de Robbers Cave, véase el capítulo 7). En pocos años, Perry pasó de ser una admiradora de Milgram a criticar con dureza su trabajo en un libro que desmonta el

mito del experimento de la máquina de descargas eléctricas. «Fue un proceso de desengaño», dijo.

Voy a empezar por los hallazgos de Perry. Es la enésima historia de un psicólogo dispuesto a cualquier cosa por alcanzar la fama. Un investigador que manipuló y engañó todo lo que hizo falta para obtener los resultados que buscaba. Un científico que causó graves daños de forma intencionada a personas serviciales que confiaban en él.

2

25 de mayo de 1962. Quedan tres días para que termine el experimento. Casi mil personas se han sentado ante la máquina de descargas eléctricas de Milgram, pero el psicólogo se da cuenta de que le falta algo esencial. Imágenes.

El equipo instala apresuradamente una cámara oculta para registrar las reacciones de los participantes. Uno de ellos, conocido bajo el seudónimo de Fred Prozi, se convertirá en el símbolo por antonomasia de la banalidad del mal. Si alguna vez has visto alguna escena del experimento de Milgram, en uno de los cientos de documentales o en un vídeo de YouTube, lo más probable es que hayas visto a Prozi en acción. Prozi es para Milgram lo que el prisionero 8.612 es para Zimbardo.

Las imágenes muestran a un hombre de unos cincuenta años robusto y de aspecto afable que hace a regañadientes lo que le ordenan. «¡Podría estar muerto!», exclama Prozi desesperado, para pulsar a continuación el siguiente interruptor en cuanto el investigador insiste en que tiene que hacerlo.[10] La escena absorbe por completo al espectador, que se pregunta entre horrorizado y fascinado hasta dónde será capaz de llegar aquel hombre.

Ahí estaban, en definitiva, todos los ingredientes del programa de televisión perfecto, y Milgram lo sabía. «Fantástica», dijo de la actuación de Prozi. El psicólogo habló de «entrega

absoluta y extraordinario suspense», y decidió que Prozi sería el protagonista de su película.[11] Si estás pensando que Milgram suena aquí más como un director de teatro que como un investigador, no andas muy desencaminado, porque Milgram tenía más de dramaturgo que de investigador.

Si alguien se desviaba del guión, lo presionaban para que hiciera lo que esperaban de él. El hombre de la bata gris, el profesor de biología John Williams –contratado por Milgram para instruir a los participantes y dirigir el experimento–, insistía en algunos casos ocho o nueve veces para conseguir que el sujeto de estudio pulsara el siguiente interruptor. Una mujer de cuarenta y seis años se enfadó tanto con él que apagó la máquina. Williams la volvió a encender y exigió que siguiera.[12]

«Escuchando las grabaciones», escribe Gina Perry, «una diría que se trata más bien de un estudio sobre acoso y coerción, no sobre obediencia.»[13]

La gran incógnita es si los sujetos de estudio creían de verdad que las descargas eléctricas eran auténticas. El archivo de Milgram está lleno de declaraciones de participantes que manifiestan sus dudas. Hay que ponerse en la insólita situación en la que habían ido a parar. ¿De verdad iban a creer que estaban torturando e incluso matando a alguien bajo la atenta mirada de los investigadores de la respetada Universidad de Yale?

Después de cada sesión, Milgram enviaba un cuestionario a los participantes. Una de las preguntas era esta: ¿En qué medida le parecía verosímil la situación? Hasta diez años después, cuando publicó su trabajo sobre el experimento, Milgram no comentó nada sobre las respuestas. En el último capítulo de su libro aparecen las estadísticas y, por lo visto, solo el 56 por ciento de los sujetos creían que le estaban causando daño al alumno. Es más, según un análisis nunca publicado de uno de los ayudantes de Milgram, la mayoría de los participantes dejaban el experimento si creían que las descargas eran reales.[14]

Pero la cuestión es que, si casi la mitad de los sujetos no creían que las descargas fueran de verdad, ¿qué valor tiene el experimento? De puertas afuera, Milgram describió sus hallazgos como «inquietantes y profundas verdades sobre la naturaleza humana». De puertas adentro dudaba. «La cuestión de si toda esta fanfarria es ciencia relevante o únicamente teatro es una pregunta abierta», escribió en junio de 1962 en su diario. «Yo me inclino a dar por buena la última interpretación.»[15]

Cuando publicó los resultados de su experimento, en 1963, la opinión pública mostró su repulsa. «Maltrato con los ojos abiertos», «repugnante» o «comparable con los experimentos de los nazis» fueron algunos de los juicios que emitieron los periódicos.[16] A causa del revuelo se revisaron y endurecieron las normas éticas para experimentos científicos.

Y durante todo aquel tiempo, Milgram llevaba un secreto consigo. Después del experimento, no les había dicho a los seiscientos participantes que las descargas eran falsas, por miedo a que se corriera la voz por New Haven y no pudiera encontrar nuevos sujetos de estudio.

Como consecuencia de ello, hubo cientos de personas que vivieron durante meses con la idea de que habían electrocutado a alguien. «Durante al menos dos semanas», escribió más tarde una de ellas, «estuve mirando todos los días las esquelas de *The New Haven Register* para ver si había estado implicada en la muerte del hombre que hacía de alumno en el experimento.»[17]

3

En la primera versión de este capítulo dejaba la cosa ahí. El experimento de Milgram me parecía una farsa de la misma magnitud que el teatro sádico de Philip Zimbardo.

Pero en el curso de los meses posteriores a mi encuentro con Gina Perry empecé a dudar. Tal vez tenía demasiado afán por depositar la máquina de las descargas eléctricas en el vertedero de la ciencia, porque eso era lo que me convenía. Volví a pensar en la encuesta que hizo Milgram entre cuarenta de sus colegas psicólogos. Antes del experimento les preguntó cuántas personas creían que llegarían hasta los 450 voltios, el máximo de la máquina. Todos los académicos pronosticaron que solo los locos y los psicópatas llegarían hasta el último interruptor.

Una cosa es segura: estaban todos equivocados. Aun teniendo en cuenta el punto de vista sesgado de Milgram, la insistencia de su asistente de la bata gris y las dudas de los participantes, lo cierto es que había muchos sujetos de estudio llamativamente obedientes, muchas personas corrientes que creían que las descargas eran reales y, a pesar de ello, siguieron pulsando los interruptores. Se mire como se mire, no se puede negar que Milgram descubrió algo profundamente inquietante.

Además, el experimento de las descargas eléctricas se ha repetido en diversas ocasiones. Psicólogos de todo el mundo han encontrado formas de que las comisiones éticas de sus universidades aprueben una variante del experimento (por ejemplo, acortando la duración de las sesiones). A esos estudios también se les pueden poner todo tipo de objeciones de metodología científica, pero la verdad, por incómoda que sea, es que los resultados son siempre los mismos.

El experimento de Milgram es difícil de derribar. Muy difícil. Su estudio es un zombi que sale de su tumba una y otra vez, por mucho que tratemos de aniquilarlo. «Mucha gente ha intentado tumbarlo», comenta un psicólogo americano, «pero siempre se vuelve a poner en pie.»[18] El hecho incontrovertible es que la gente ordinaria es capaz de hacerles cosas terribles a sus semejantes.

Pero ¿por qué? ¿Por qué llega el *Homo cachorrito* hasta los 450 voltios, si es un ser afable, amistoso y dócil por naturaleza?

Esa es la cuestión que tengo que tratar de resolver ahora.

Lo primero que me pregunté fue si el experimento sobre obediencia de Milgram decía realmente algo sobre la obediencia del ser humano. Veamos, por ejemplo, el guión que había escrito Milgram para Williams, el hombre de la bata gris. Las instrucciones eran insistir en total cuatro veces en caso de que el sujeto protestara.

La primera vez tenía que decir simplemente: «Continúe, por favor.»

La segunda: «El experimento requiere que continúe.»

La tercera: «Es absolutamente esencial que continúe.»

Y la cuarta y última: «No tiene usted otra opción, tiene que continuar.»

Los psicólogos modernos han observado que, de esas cuatro frases, solo la última es una orden explícita. Y si escuchamos las grabaciones, resulta que todos los participantes, sin excepción, dejan de colaborar en cuanto Williams pronuncia esas palabras. El resultado de esa orden era la desobediencia absoluta. Así fue en 1961 y así ha sido todas las veces que se ha repetido el experimento de Milgram.[19]

Análisis detallados de cientos de sesiones ante la máquina de descargas eléctricas ponen de manifiesto que la rebeldía de los sujetos no hacía sino aumentar cuando el hombre de la bata gris se ponía pesado. Dicho de otra forma, el *Homo cachorrito* no seguía ciegamente las órdenes de la autoridad. Más bien al contrario, mostraba una clara aversión a las actitudes dominantes.

Pero, entonces, ¿cómo consiguió Milgram que los sujetos del estudio llegaran al último interruptor?

Alex Haslam y Steve Reicher, los psicólogos responsables

del intento de la BBC de replicar el experimento de la prisión de Stanford (véase el capítulo anterior), ofrecen una explicación fascinante. Según su teoría, los participantes no se sometieron a la autoridad del hombre de la bata gris, sino que decidieron unirse a él. ¿Y por qué? Porque confiaban en él.

Haslam y Reicher señalan que los participantes llegaban con una actitud colaborativa al laboratorio. Querían ayudar al señor Williams con su estudio. Eso explica por qué el porcentaje de obediencia descendió cuando Milgram ejecutó el experimento en un edificio de oficinas corriente en vez de en un laboratorio de la prestigiosa Universidad de Yale; explica por qué las formas más efectivas de insistir eran las que apelaban a los objetivos científicos[20] (por ejemplo: «El experimento requiere que continúe»), y explica por qué los participantes no se comportaban como robots inconscientes, sino que sufrían un terrible conflicto interior.

Por un lado, los profesores se identificaban con el hombre de la bata gris, que insistía en que todo era por el bien de la ciencia. Y, por otro lado, les remordía la conciencia la idea de estarle haciendo daño al alumno. «No lo soporto más» y «Lo dejo» eran dos de las frases que más repetían los profesores, aunque luego siguieran.

Uno de los participantes dijo después que lo había hecho por su hija de seis años. La niña sufría una parálisis cerebral y el hombre confiaba en que la ciencia encontrara algún día una solución. «Lo único que puedo decir es que... mire, estoy dispuesto a hacer todo lo que pueda por... o sea... por ayudar a la humanidad.»[21]

Cuando Milgram, después de la sesión, les decía a los participantes que el mal trago que habían pasado contribuía al avance de la ciencia, muchos se mostraban aliviados. «Me alegro de haber ayudado» era una de las reacciones típicas. «Siga con sus experimentos. Lo importante es que salga algo bueno de ellos. En este mundo tan desquiciado en el que vi-

vimos hace mucha falta aportar cosas buenas, por pequeñas que sean.»[22]

El psicólogo Don Mixon replicó el experimento de Milgram en los años 70 y llegó a la misma conclusión. «Las personas están dispuestas a llegar muy lejos e incluso a sufrir mucho por hacer el bien», dijo. «Los sujetos del estudio se enredan en su intento de ser buenos.»[23]

Dicho de otra forma, si empujas a la gente, si la moldeas, la atraes con algún señuelo y la manipulas, muchos serán capaces de hacer el mal. El camino al infierno está pavimentado con el asfalto de las buenas intenciones. Pero el mal no está en la superficie. Hay que hacer mucho esfuerzo para que emerja. Y lo más importante: hay que presentarlo siempre camuflado, para que la gente lo confunda con el bien.

Lo irónico es que las buenas intenciones también desempeñaron un papel fundamental en el experimento de la prisión de Stanford analizado en el anterior capítulo. Uno de los guardianes, Dave Eshelman –el que se preguntaba si habría ido tan lejos en caso de no haber recibido instrucciones–, se definía también como «científico hasta la médula».[24] Cuando terminó el experimento tenía la impresión de haber hecho algo bueno, «porque, de alguna forma, había contribuido a una mejor comprensión de la naturaleza humana».[25]

Y lo mismo se puede decir de David Jaffe, el asistente de Zimbardo a quien se le había ocurrido originalmente la idea del experimento de la prisión. Cuando Jaffe instigaba a los guardianes más pasivos a actuar con mayor dureza, apelaba a las nobles intenciones del estudio. «Lo que queremos, cuando salgamos de aquí», le dijo a uno de ellos, «es mostrarle al mundo lo que hemos hecho y decir: "Mirad, esto es lo que ocurre cuando hay guardianes que se comportan así." Pero para eso necesitamos primero guardianes que se comporten así.»[26]

David Jaffe y Philip Zimbardo querían forzar con su tra-

bajo una reforma radical del sistema penitenciario. «Lo que esperamos del experimento es que salgan unas cuantas recomendaciones muy serias de reforma», le dijo Jaffe a uno de los guardianes. «Ese es nuestro objetivo. No estamos haciendo esto por sadismo.»[27]

4

Todo lo cual nos lleva de nuevo a Adolf Eichmann. El 11 de abril de 1961 empezó el proceso contra el famoso criminal de guerra. A lo largo de catorce semanas, cientos de testigos prestaron declaración y los denunciantes trataron de demostrar que aquel hombre era un monstruo.

Pero aquello no era solo un juicio. Era también la mayor clase de historia de todos los tiempos y un espectáculo mediático seguido por millones de personas en todo el mundo. Stanley Milgram, que según su mujer era adicto a las noticias, no se perdía ningún detalle del proceso.[28]

Hannah Arendt, por su parte, lo vivió en persona en la propia sala del tribunal. «El problema que planteaba Eichmann era, precisamente, que había demasiada gente como él», escribiría después, «y que toda esa gente no era perversa ni sádica, sino que era y es terrible y aterradoramente normal.»[29] Eichmann se convirtió en el símbolo del asesino de oficina sin conciencia alguna, de la banalidad del mal que todos llevamos dentro.

En los últimos años, sin embargo, los historiadores han llegado a una conclusión muy distinta.

Los servicios secretos de Israel localizaron y secuestraron a Eichmann en Argentina en 1960. Willem Sassen, miembro holandés de las SS, lo entrevistó allí durante meses con la esperanza de que Eichmann admitiera que el Holocausto era un invento, una mentira para desprestigiar al régimen nazi. Pero no consiguió su objetivo.

«¡No me arrepiento de nada!», exclamó Eichmann.[30] O, como ya había dicho en 1945: «Iré a mi tumba con una sonrisa, porque tener en la conciencia la muerte de seis millones de enemigos del Reich es para mí una fuente de enorme satisfacción.»[31]

En las 1.300 páginas de entrevistas, llenas de ideas retorcidas y fantasías, al lector le queda claro que Eichmann, en cualquier caso, no era un burócrata inconsciente. Era un fanático que actuaba por convencimiento, no por indiferencia. Al igual que los sujetos del experimento de Milgram, hacía el mal porque pensaba que estaba haciendo el bien.

Durante el proceso contra él ya circulaban copias de las entrevistas con Sassen, pero Eichmann consiguió sembrar la duda sobre su autenticidad y puso al mundo entero sobre una pista equivocada. Las grabaciones quedaron olvidadas en el archivo federal de la ciudad alemana de Cobleza. Cincuenta años después, cuando la filósofa Bettina Stangneth las encontró y las escuchó atentamente, resultó que Sassen no se había inventado ni una sola palabra.

«Nunca hice nada, grande o pequeño, sin instrucciones explícitas de Adolf Hitler o uno de mis superiores», declaró Eichmann durante el proceso. Pero eso era una burda mentira. Una mentira que repetirían infinidad de nazis para defenderse con la coartada de que lo único que habían hecho era seguir órdenes.

Hoy en día, los historiadores saben que en el aparato burocrático del Tercer Reich las órdenes eran muy imprecisas. Apenas se dictaban órdenes formales, por lo que los adláteres de Hitler tenían que ser muy creativos. El historiador Ian Kershaw explica que no era una simple cuestión de obedecer a Hitler, sino de «aproximarse a él».[32] Lo que hacían los nazis era tratar de actuar según el espíritu del Führer, compitiendo entre ellos por ser los alumnos más aplicados. De ese modo, nazis cada vez más radicalizados inventaban

medidas cada vez más radicales con la esperanza de agradar a Hitler y conseguir su favor.

El Holocausto, en definitiva, no fue obra de un grupo de personas que se transformaron de pronto en robots inconscientes, de la misma forma que los participantes en el experimento de Milgram no pulsaban los interruptores de forma inconsciente. Los responsables de las matanzas estaban convencidos de que se encontraban en el lado bueno de la historia. Auschwitz fue la culminación de un proceso histórico en el que el mal cada vez se camuflaba mejor con la apariencia del bien. La maquinaria propagandística de los nazis –con sus escritores y poetas, filósofos y políticos– hizo su trabajo durante años y años, y acabó embotando y emponzoñando por completo la psique del pueblo alemán. Le lavaron el cerebro al *Homo cachorrito,* lo engañaron, adoctrinaron y manipularon.

Y entonces ocurrió lo impensable.

¿Se dejó engañar Hannah Arendt cuando escribió que Eichmann no era ningún monstruo? ¿Se había tragado la función de teatro que representó el criminal de guerra ante el tribunal?

Esa es, en efecto, la conclusión a la que llegan muchos historiadores.[33] Según ellos, el libro de Arendt sería una cuestión de «buena idea, pero mal ejemplo». Pero también hay filósofos que acusan a los historiadores de no haber entendido bien el libro. Durante el proceso, Arendt ya había estudiado una parte de las entrevistas de Sassens a Eichmann y en ningún sitio escribió que Eichmann se limitara a cumplir órdenes.

La filósofa, además, no quería saber nada de los experimentos de Milgram con su máquina de descargas eléctricas. El joven psicólogo era un gran admirador de Hannah Arendt, pero la admiración no era recíproca. Arendt le reprochaba a Milgram ingenuidad por creer que «tentación y coerción es lo mismo».[34] Ella no creía que todos llevemos un nazi dentro.

Entonces, ¿por qué pasaron juntos a la historia el psicólogo y la filósofa? Algunos expertos en Arendt opinan que se ha interpretado mal su pensamiento. Hannah Arendt era una filósofa que hablaba con aforismos y utilizaba formulaciones enigmáticas que se podían malinterpretar fácilmente. Cuando decía, por ejemplo, que Eichmann «no pensaba», no estaba diciendo que fuera un asesino de oficina sin conciencia alguna. Según Roger Berkowitz, experto en la obra de Arendt, lo que quería decir era que no hacía ningún esfuerzo por ponerse en la situación de personas con otro punto de vista.[35]

Es más, Hannah Arendt creía que la gran mayoría de la gente, en esencia, es buena, lo cual no se puede afirmar de muchos filósofos.[36] Según ella, nuestra necesidad de amor y amistad es más humana que nuestro afán de odio y violencia. Y cuando alguien opta por el mal, continúa Arendt, siente la necesidad de camuflarse entre mentiras y clichés que le den al mal la apariencia del bien.

Eichmann es el paradigma de esa idea. Estaba convencido –o se había convencido a sí mismo– de que había hecho algo grandioso, algo histórico por lo que sería admirado durante siglos. Y eso no hace de él un monstruo o un robot, sino un gregario. Y, en efecto, esa es exactamente la conclusión a la que llegaron los psicólogos décadas después sobre el experimento de Milgram: no era una cuestión de obediencia, sino de conformismo.

Es asombroso lo mucho que se adelantó Hannah Arendt a su tiempo cuando hizo esa misma constatación.

Por desgracia, las precipitadas conclusiones de Stanley Milgram (el ser humano se deja arrastrar por el mal sin pensar por sí mismo) han arraigado mejor en la memoria colectiva que la filosofía más sutil de Hannah Arendt (el ser humano se deja seducir por el mal cuando este se presenta disfrazado del bien). Milgram era un gran director de cine, con mucho sen-

tido del espectáculo y una antena infalible para el formato televisivo.

Sin embargo, yo creo que el joven psicólogo se hizo famoso sobre todo porque ofreció la prueba definitiva de una vieja idea. «Su experimento parecía ofrecer un sólido fundamento para una de las profecías autocumplidas más antiguas e influyentes de la historia: que somos pecadores de nacimiento», escribe el psicólogo Don Mixon. «La mayoría de la gente, incluso los ateos, considera bueno que se nos recuerde de vez en cuando nuestra naturaleza pecaminosa.»[37]

¿De dónde procede ese afán por considerarnos pecadores? ¿Por qué emerge una y otra vez la teoría de la capa de barniz, cada vez con una apariencia distinta? Yo sospecho que, ante todo, es una cuestión de comodidad. De alguna forma, creer en nuestra corrupción es una idea tranquilizadora, porque nos libera de cualquier obligación y cualquier culpa. Si la mayoría de la gente es mala, no tiene ningún sentido ofrecer resistencia ni mostrarse comprometido.

Además, la teoría de la naturaleza perversa del ser humano nos pone en bandeja una forma muy sencilla de explicar el mal. Así, cuando nos vemos confrontados con el odio o el egoísmo, podemos decir: «Qué le vamos a hacer, esa es la naturaleza del ser humano», y no hay más que hablar. Quien, por el contrario, afirma que el hombre tiene una clara inclinación hacia el bien, tiene que pensar mucho más para entender por qué existe el mal, y se obliga a sí mismo a hacer algo al respecto, porque, en tal caso, ofrecer resistencia y mostrarse comprometido sí tiene sentido.

En 2015, el psicólogo Matthew Hollander revisó las grabaciones de 117 sesiones del experimento de Milgram con la máquina de descargas eléctricas.[38] Tras un análisis detallado, descubrió una estructura. Los participantes que conseguían poner fin al experimento empleaban tres tácticas:

1. Hablar con la víctima.
2. Apelar a la responsabilidad del hombre de la bata gris.
3. Negarse con insistencia a continuar.

Comunicación y confrontación. Compasión y resistencia. Hollander descubrió que prácticamente todos los participantes usaban esas tácticas –pues prácticamente todos querían parar–, pero los que tenían éxito las aplicaban con más insistencia. La buena noticia es que ofrecer resistencia es una aptitud que se puede ejercitar. «Lo que distingue a los héroes del experimento de Milgram», concluye Hollander, «es la capacidad, en gran medida adquirible, de oponer resistencia a una autoridad cuestionable.»[39]

Si estás pensando que ofrecer resistencia es una causa perdida, te remito al último apartado de este capítulo, en el que analizo el caso de Dinamarca en la Segunda Guerra Mundial. Es una historia de gente corriente y coraje extraordinario, y demuestra que ofrecer resistencia siempre tiene sentido, incluso cuando ya se han extinguido todas las luces.

5

Copenhague, 28 de septiembre de 1943.

La cúpula del Partido Socialdemócrata se ha reunido con carácter de urgencia en Rømersgade 24, sede del sindicato de trabajadores. De pronto entra un hombre con uniforme nazi. Todos los presentes contienen el aliento.

«Está a punto de ocurrir una desgracia», advierte el nazi. «Lo han preparado todo con el máximo detalle. Los barcos van a amarrar en el puerto y la Gestapo se va a llevar con destino desconocido a todos vuestros compatriotas judíos que encuentre.»[40]

El hombre está pálido y le tiembla la voz. Se llama Georg

Ferdinand Duckwitz y pasará a la historia como «el nazi reformado». Su advertencia produjo un milagro.

Las SS lo habían dispuesto todo minuciosamente. La razia tendría lugar el viernes 1 de octubre de 1943. A las 20:00 horas en punto, cientos de soldados alemanes irían puerta por puerta para llevarse a todos los judíos. En el puerto esperaba un barco con capacidad para seis mil prisioneros.

Dinamarca no pasó de 15 voltios a 30 y de 30 a 45, sino que recibió directamente los 450 voltios. Aún no se habían introducido leyes segregacionistas, no se había impuesto a los judíos la obligación de llevar la estrella amarilla en el pecho y no les habían empezado a incautar sus posesiones. Los judíos daneses pasaron de la libertad absoluta a la deportación a un campo de concentración en Polonia.

Al menos, ese era el plan. Porque, aquella noche, decenas de miles de daneses corrientes –albañiles y peluqueros, comerciantes y funcionarios– se negaron a pulsar el último interruptor de la máquina de descargas eléctricas. Los nazis se encontraron con un país en el que los judíos estaban avisados, y la mayoría habían huido o se habían escondido. Casi el 99 por ciento de los judíos daneses sobrevivió a la guerra.

¿Cómo se explica el milagro danés? ¿Por qué fue Dinamarca una de las pocas luces en medio de un océano de oscuridad?

Después de la guerra, los historiadores han ofrecido distintas explicaciones. Un factor importante fue que, en Dinamarca, los nazis no reclamaron todo el poder para ellos. Querían ofrecer una imagen de colaboración armoniosa con el gobierno danés, por lo que la resistencia a los alemanes no era tan peligrosa como, por ejemplo, en Holanda.

Pero hay una interpretación que sobresale por encima de todas las demás. «La explicación es incontrovertible: lo que pro-

tegió a los judíos daneses fue la solidaridad firme y consecuente de sus compatriotas», escribe el historiador Bo Lidegaard.[41]

Cuando se difundió la noticia de la inminente razia, el país entero se movilizó y puso en marcha la operación de resistencia. Iglesias, universidades, organizaciones patronales, la Casa Real, la Orden de Abogados, el Sindicato Nacional de Mujeres... todos los estamentos de la sociedad protestaron enérgicamente. En pocas horas se tejió toda una red de rutas de escape. No había una organización central, nadie hizo un intento de sintonizar los cientos de iniciativas. No había tiempo para eso. Miles de daneses, ricos y pobres, jóvenes y adultos, comprendieron que había llegado su momento. Mirar hacia otro lado era traicionar a tu país.

El historiador Leni Yahil escribió en su cuaderno que «nadie negaba ninguna solicitud de ayuda».[42] Escuelas y hospitales abrieron sus puertas para dar cobijo a quien lo necesitara. Pequeños pueblos de pescadores acogieron a cientos de refugiados. La policía danesa también hizo todo lo posible por ayudar y se negó a colaborar con los nazis. «Nuestra constitución es innegociable», bufó el *Dansk Maanedspost,* un periódico de la resistencia, «especialmente en lo relativo a la igualdad de nuestros ciudadanos.»[43]

Mientras que en Alemania llevaban años marinando a la población en propaganda racista, en la pequeña Dinamarca había calado hondo el humanismo. Los líderes daneses insistían en la importancia del Estado de derecho. No se consideraba digno de la nacionalidad danesa a quien conspiraba para enfrentar entre sí a distintos sectores de la población. Ni siquiera se podía decir que hubiera una «cuestión judía». Todos eran compatriotas, sin más.

En pocos días, más de siete mil judíos cruzaron en pequeñas barcas el Øresund, el estrecho que separa Dinamarca y Suecia. La operación de salvamento de los judíos daneses fue una pequeña pero intensa luz en un periodo de profunda os-

curidad. Fue el triunfo de la hermandad y el coraje. «La excepción danesa muestra que el fomento del humanismo entre la población civil (...) no es solo una posibilidad teórica», escribe el historiador Lidegaard, «sino que puede funcionar en la práctica. Lo sabemos, porque ha ocurrido.»[44]

Al final, la resistencia danesa resultó ser tan contagiosa que hasta los colaboradores más fieles de Hitler en Dinamarca empezaron a dudar. Cada vez era más difícil para ellos hacer como si defendieran una causa justa. «Hasta la injusticia necesita tener apariencia de justicia», escribe Lidegaard. «Y eso es muy difícil cuando un pueblo entero rechaza el derecho del más fuerte.»[45]

Tan solo en Bulgaria e Italia encontraron una resistencia similar los nazis. Allí también murieron muchos menos judíos. Los historiadores hacen hincapié en el hecho de que el alcance de las deportaciones dependía en gran medida de la colaboración del país ocupado.[46] Años después, Adolf Eichmann le dijo a Willem Sassen que «Dinamarca nos causó más problemas que otros países». El resultado fue «magro» en aquel país, se quejaba. «Incluso tuve que ordenar que volvieran vacíos mis transportes. Para mí fue una enorme desgracia.»[47]

Y que nadie piense que los nazis destinados a Dinamarca eran blandos. El nazi de mayor rango, Werner Best, era conocido con el sobrenombre de «el sabueso de París». Y hasta Duckwitz, «el nazi reformado», fue un ferviente antisemita en los años 30. Lo que pasa es que luego se contagió del humanismo danés.

En *Eichmann en Jerusalén*, de Hannah Arendt, hay un pasaje fascinante sobre la resistencia danesa. «Es el único caso», escribe la filósofa, «en que los nazis encontraron resistencia manifiesta por parte de la población local, y parece ser que, como resultado de ello, quienes lo vivieron de cerca cambiaron de actitud. Por lo visto, el propósito de exterminar a un pueblo entero ya no les parecía algo tan natural. Habían encontrado resistencia basada en principios, y su "dureza" se derritió como mantequilla al sol.»[48]

9. LA MUERTE DE CATHERINE SUSAN GENOVESE

1

Y, por último, hay otro suceso de los años 60 que requiere atención en esta parte del libro. Otra historia que expone a la luz del día una dolorosa verdad sobre la naturaleza humana. Pero esta vez no se trata de lo que hacemos, sino de lo que dejamos de hacer. Es una historia que recuerda a lo que dijeron después del Holocausto infinidad de alemanes, holandeses, franceses, austriacos y tantos otros europeos.

Wir haben es nicht gewußt. No teníamos ni idea.

El 13 de marzo de 1964, a las tres y cuarto de la noche, Catherine Susan Genovese pasa con su Fiat rojo por delante del cartel de NO APARCAR y deja el coche, como siempre, junto a la estación de metro de Austin Street.

Kitty, como todo el mundo la conoce, es un torbellino. Tiene veintiocho años, le encanta bailar y tiene más amistades que tiempo libre. Kitty adora Nueva York y Nueva York adora a Kitty. Allí, en la gran ciudad, puede ser ella misma. Allí se siente libre.

Es una noche fría. El invierno todavía no se ha dado por vencido. Kitty tiene prisa, porque hace exactamente un año que empezó su relación con Mary Ann y está deseando acurrucarse con ella entre las sábanas, de modo que apaga rápida-

mente las luces del coche, cierra la puerta y se va a paso ligero hacia el piso que comparten desde que se conocieron. Desde el aparcamiento son treinta metros escasos.

Lo que no sabe es que esos van a ser los últimos minutos de su vida.

«*Oh my God!* ¡Me ha apuñalado! ¡Auxilio! ¡Auxilio!»

Son las 3:19. El grito de Kitty restalla en el silencio de la noche. Tiene que haber despertado al barrio entero. Se abren algunas ventanas. Se oyen voces. «¡Deja en paz a esa chica!», grita alguien.

Pero el asaltante vuelve a la carga y la apuñala de nuevo. Kitty da la vuelta a la esquina andando a trompicones. «¡Me estoy muriendo! ¡Me estoy muriendo!»

Nadie sale a la calle. Nadie intenta ayudarla. Nadie llama a la policía. Decenas de vecinos permanecen ocultos tras sus cortinas y contemplan la escena como si estuvieran viendo un programa de telerrealidad. Un matrimonio va a por sillas y apaga la luz de su apartamento para ver mejor.

El asaltante vuelve por tercera vez y encuentra a Kitty tirada en medio de un charco de sangre a los pies de la escalera de su complejo de apartamentos. Y la apuñala una vez más. Y otra. Mary Ann sigue arriba durmiendo. No se ha despertado.

A las 3:50, más de media hora después del primer asalto, la policía recibe la primera llamada de un vecino que ha estado un buen rato dudando. Dos minutos después, los agentes llegan al lugar de los hechos, pero es demasiado tarde. «No quería involucrarme», se disculpa el hombre que había llamado a la comisaría.[1]

Esas fueron las palabras que dieron la vuelta al mundo. «No quería involucrarme.»

En primera instancia, la muerte de Kitty no fue más que uno de los 636 asesinatos que se cometieron en Nueva York

aquel año.[2] Una vida truncada, un amor perdido, la vida sigue. Pero, dos semanas después, el suceso empieza a acaparar los periódicos. El caso de Kitty iba a pasar a la historia. No por la víctima, tampoco por el asesino, sino por los espectadores.

La tormenta mediática empezó el 27 de marzo de 1964. Viernes Santo. 37 *(sic)* PERSONAS PRESENCIAN UN ASESINATO Y NO LLAMAN A LA POLICÍA, publicó el *New York Times* en la portada. El artículo empezaba así:

> Durante más de media hora, 38 ciudadanos respetables y respetuosos de la ley vieron a un asesino acosando y apuñalando a una mujer en tres asaltos distintos en Kew Gardens, Queens.

Según se desprendía de la noticia, Kitty no tenía por qué haber muerto. Un agente de policía dijo: «Una llamada habría bastado.»[3]

El caso salió en las noticias de todo el mundo, desde Gran Bretaña hasta Rusia, desde Japón hasta Irán. Uno de los principales periódicos de la Unión Soviética, el *Izvestia,* vio en el asesinato la enésima prueba de la «jungla moral» del capitalismo.[4] Un pastor protestante de Brooklyn dijo en un sermón que la sociedad americana estaba tan enferma «como quien crucificó a Jesucristo».[5] Un columnista acusó a sus compatriotas de «insensibles, cobardes y amorales».[6]

Periodistas, fotógrafos y equipos de televisión acudieron en masa a Kew Gardens, el barrio de Queens donde estaba el apartamento de Kitty, y no se cansaban de repetir lo decente, cívica y respetable que era aquella parte de la ciudad. ¿A qué se debía, entonces, la apatía de los vecinos?

Unos afirmaban que era el efecto anestésico de la televisión. No, esto es lo que pasa con tanto feminismo, decían otros, los hombres de hoy en día son unos timoratos. ¿Será algo

propio de la gran ciudad?, se preguntaban los de más allá. ¿O era algo parecido a lo que pasó en Alemania después del Holocausto, cuando los ciudadanos aseguraban que ellos no sabían nada?

Pero el diagnóstico más repetido fue el que hizo Abe Rosenthal, redactor jefe del *New York Times* y uno de los periodistas más influyentes de su generación. «Lo que ocurrió en los apartamentos de Austin Street», escribió, «fue un síntoma de una terrible verdad sobre la condición humana.»[7]

A la hora de la verdad, estamos solos.



Esta es la foto más conocida de Kitty Genovese. Procede del archivo de la policía de Nueva York. En 1961 arrestaron a Kitty por un delito leve. En el bar donde trabajaba, actuaba como intermediaria de apuestas ilegales en carreras de caballos. Le pusieron una multa de cincuenta dólares. El *New York Times* recortó la foto para que no se viera el letrero con los datos policiales y el retrato dio la vuelta al mundo. Fuente: Wikimedia.

2

La primera vez que leí algo sobre el caso de Kitty Genovese estaba todavía en la universidad. Al igual que millones de lectores de todo el mundo, devoré *El punto clave,* en el que el periodista Malcolm Gladwell cuenta lo de los 38 testigos.[8]

La historia me causó una gran impresión, como ya me había ocurrido antes con la máquina de descargas eléctricas de Milgram y la prisión de Zimbardo. «Sigo recibiendo cartas sobre el caso», dijo Rosenthal años después. «La gente está obsesionada con esa historia. Es como una joya. No puedes dejar de mirarla, y cada vez te llama la atención algo distinto.»[9]

Los hechos de aquel viernes 13 inspiraron obras de teatro y canciones. Series como *Seinfeld, Girls* y *Ley y orden* dedicaron capítulos al caso. En 1994, el entonces presidente Bill Clinton ofreció un discurso en Kew Gardens sobre el «escalofriante mensaje» que nos había enviado a todos la muerte de Kitty. Paul Wolfowitz, vicesecretario de Defensa, llegó incluso a justificar la invasión de Irak con una alusión a Kitty (los americanos que estaban en contra de la guerra eran tan apáticos como los 38 testigos de su muerte).[10]

Para mí también estaba claro cuál era la moraleja de aquella historia. ¿Por qué no ayudó nadie a Kitty? Pues porque la gente es indiferente. Kitty Genovese se hizo famosa en los años en que *El señor de las moscas* copaba las listas de libros más vendidos, cuando se celebró el juicio a Adolf Eichmann, Stanley Milgram hizo furor con su máquina de descargas eléctricas y Philip Zimbardo inició su carrera hacia el estrellato de la psicología social.

Pero entonces me sumergí en la investigación que tuvo lugar después del asesinato de Kitty y descubrí que las pistas conducen a una historia muy distinta. Sí, también en este caso.

Bibb Latané y John Darley, dos jóvenes psicólogos, sospechaban desde hacía tiempo que había algo extraño en la actitud de las personas que presencian casualmente una situación de emergencia. Poco después del asesinato de Kitty hicieron un experimento muy sencillo. El sujeto de estudio, un estudiante, se sentaba en una cabina a charlar a través de un intercomunicador con otros estudiantes.

Pero en realidad no había otros estudiantes. Los investigadores ponían una grabación. Al cabo de un rato se oía: «Necesito... eh... ayuda. Si alguien pudiera venir a a... aj... ayu... aj, aj, ayudarme, por favor, ¿hay alguien que pueda ayu... aj... ayudarme? aj, aj, uj, uj [ruidos de asfixia]... ¡Me muero!»[11]

El resultado fue concluyente: todos los participantes que pensaban que eran los únicos en oír los gritos de auxilio, subían corriendo a ayudar. Todos. El cien por cien. Pero si creían que había al lado otros cinco estudiantes en otras cabinas, solo el 62 por ciento decidía actuar.[12]

Es lo que se conoce como «el efecto espectador».

Con ese experimento, Latané y Darley hicieron uno de los descubrimientos más importantes de la psicología social. Durante las dos décadas posteriores se escribieron más de mil artículos y se publicaron infinidad de libros sobre el comportamiento de los espectadores casuales en situaciones de emergencia.[13] Eso explicaba la apatía de los 38 testigos de Kew Gardens. La conclusión era que si Kitty había muerto era precisamente porque se había despertado todo el barrio.

Si el ataque se hubiera producido en un callejón con un único espectador, podría ser que aún estuviera viva. Una de las vecinas le dijo a un periodista que desanimó a su marido cuando este hizo intención de llamar a la policía. «Le dije que ya habrían llamado por lo menos treinta veces.»[14]

A causa de ello, Kitty se hizo más famosa todavía. Su caso fue a parar a las páginas de los diez libros de texto más vendidos entre estudiantes de psicología, y lo siguen citando todo

tipo de periodistas y personajes públicos.[15] El destino de Kitty Genovese se ha convertido en una parábola moderna, una advertencia sobre la anonimidad de la gran ciudad.

3

Durante muchos años, yo también pensaba que el efecto espectador formaba parte de la vida de las grandes metrópolis. Pero entonces ocurrió lo siguiente en la ciudad donde yo mismo trabajaba.

Ámsterdam, 9 de febrero de 2016. Cuatro y cuarto de la tarde. Sanne aparca su Alfa Romeo blanco junto al canal de Sloterkade.[16] Cuando se baja y está dando la vuelta al coche para sacar a su bebé por el otro lado, se da cuenta de que no ha puesto el freno de mano. El coche empieza a moverse. Sanne vuelve a toda prisa sobre sus pasos y consigue meterse a tiempo en el asiento del conductor, pero es demasiado tarde para frenar. El coche se vence hacia delante, cae al canal y empieza a hundirse.

La mala noticia es que decenas de personas lo han visto, y muchas más han oído los gritos de Sanne. Al igual que en Kew Gardens, hay infinidad de ventanas que dan al lugar de los hechos. Y también se trata de un barrio decente con gente cívica de clase media alta.

Pero entonces ocurre algo extraño. «Fue un acto reflejo», dijo luego en el canal de televisión local Ruben Abrahams, un agente inmobiliario que trabajaba enfrente. «Un coche en el agua no es síntoma de nada bueno.»[17] Inmediatamente, se fue corriendo a la caja de herramientas de su oficina, sacó un martillo y se tiró al agua sin pensarlo. En pleno invierno.

Ruben es un tipo alto y de aspecto deportivo con una barba gris de tres días. Un día frío de enero me muestra el lugar donde tuvo lugar el accidente. «Fue una tremenda ca-

sualidad», me dice, «uno de esos momentos en que todo encaja milagrosamente en cuestión de segundos.»

Cuando Ruben salta al canal, Rienk Kentie (otro espectador) ya ha llegado nadando hasta el coche y Reinier Bosch (un espectador más) también está en el agua con un adoquín que le ha dado una mujer en el último momento, lo cual resultará crucial para el éxito del rescate. Wietse Mol (espectador número cuatro) saca primero un martillo de emergencia de su coche y también se tira al agua.

«Nos pusimos a aporrear los cristales como locos», recuerda Ruben.[18] Reinier golpea una ventanilla, pero no consigue romperla. El coche se inclina y está a punto de hundirse del todo. Entonces, Reinier golpea con el adoquín la ventanilla de atrás y por fin se rompe el cristal.

A partir de ese momento todo ocurre muy rápido. «La madre nos entregó al bebé a través del cristal roto», me cuenta Ruben. Al principio, el bebé se queda enganchado en el cristal, pero, tras unos segundos de tensión, Ruben y Reinier consiguen soltarlo y Reiner lo pone a salvo. En ese momento, ya solo asoman unos centímetros de coche por encima del agua, y la madre sigue dentro. Entre Ruben, Rienk y Wietse, consiguen ayudarla a salir *in extremis.*

Dos segundos después, el coche desaparece en las aguas oscuras del canal y va a parar al fondo, a seis metros de profundidad.

Al borde del canal se ha reunido entre tanto una gran muchedumbre. Entre todos ayudan a salir del agua a la mujer, al bebé y a los cuatro hombres. En total, la operación no ha durado ni dos minutos. En todo ese tiempo, los hombres, que no se conocen de nada, no han intercambiado ni una sola palabra. Se han limitado a actuar.

Si hubieran dudado unos segundos más, habría sido demasiado tarde. Si no se hubieran tirado los cuatro al agua, es posible que el rescate no hubiera tenido éxito. Y si aquella desconocida no le hubiera dado un adoquín en el último mo-

mento a Reinier, no habrían podido romper el cristal y tampoco habrían podido salvar a la madre y al bebé.

En este caso, si Sanne y su bebé salieron con vida fue precisamente por el hecho de que había muchos espectadores.

4

Habrá quien esté pensando: buena historia, pero seguro que es la excepción que confirma el efecto espectador. ¿No podría ser que hubiera algo especial en la cultura holandesa, en ese barrio de Ámsterdam o en el carácter de los cuatro hombres que se tiraron al canal? ¿Algo que explique la excepción?

En absoluto.

Por muchos libros en que aparezca el efecto espectador, en 2011 se publicó un metaanálisis que arroja una luz muy distinta sobre el comportamiento de los espectadores casuales de una situación crítica. Un metaanálisis es un estudio de un estudio. Consiste en analizar los resultados de distintos estudios realizados sobre una misma cuestión, para evaluar la consistencia de los resultados. En este caso no solo se analizó el primer estudio de Latané y Darley (el de los estudiantes en cabinas con un intercomunicador), sino los 105 mejores estudios del efecto espectador realizados en los últimos cincuenta años.[19]

Los investigadores sacaron dos conclusiones. La primera es que el efecto espectador existe de verdad. A veces pensamos que no hace falta intervenir en una situación de emergencia porque hay otros que también pueden asumir la responsabilidad. A veces tememos hacer algo inadecuado y no intervenimos por miedo a hacer el ridículo. Y a veces pensamos que no ocurre nada grave, porque vemos que los demás tampoco hacen nada.

Pero la segunda conclusión es que, cuando se trata de una situación en la que alguien corre peligro de muerte (alguien se ahoga o corre el riesgo de morir apuñalado) y los espectadores

pueden comunicarse entre sí (es decir, no están aislados en cabinas independientes), se produce un efecto espectador inverso. «Un número elevado de espectadores», escriben los investigadores, «conduce a más ayuda, en vez de a menos.»[20]

Y eso no es todo. Unos meses después de hablar con Ruben sobre el espectacular rescate en el canal me reuní con Marie Lindegaard en un café de Ámsterdam. Lindegaard es una psicóloga social danesa. Todavía mojada de la lluvia, abre su portátil, me pone una pila de papeles delante y empieza a impartir una clase magistral.

Lindegaard fue una de las primeras psicólogas en preguntarse por qué nos volvemos locos haciendo experimentos, encuestas y entrevistas, en vez de observar imágenes reales de personas reales en situaciones reales. Las ciudades modernas están llenas de cámaras.

La reacción de sus colegas fue esta: buena idea, Marie, pero olvídate de conseguir esas imágenes. Ya veremos, dijo ella. Entretanto, Lindegaard tiene una base de datos con más de mil grabaciones de peleas, violaciones e intentos de asesinato de Copenhague, Ciudad del Cabo, Londres y Ámsterdam. Con su estudio ha provocado una pequeña revolución en las ciencias sociales.

«Mira», dice girando la pantalla de su portátil hacia mí, «este artículo lo vamos a enviar mañana a una revista muy importante de psicología.»[21]

El título provisional dice *«Almost Everything You Think You Know About the Bystander Effect is Wrong»*. (Casi todo lo que crees saber sobre el efecto espectador es incorrecto).

Lindegaard empieza a navegar por el documento, se detiene en una página y señala una tabla.

«Y mira, lo que se observa es que la gente ayuda en el 90 por ciento de los casos.»

90 por ciento.

5

El auténtico misterio no es por qué saltaron a las gélidas aguas del canal Ruben, Rienk, Reinier y Wietse. Eso fue una reacción natural. La cuestión sigue siendo qué ocurrió exactamente el 13 de marzo de 1964, cuando un hombre armado con un cuchillo atacó a Kitty.

¿Qué hay de cierto en la versión original de esa historia?

Uno de los primeros que empezó a dudar de la supuesta apatía de los testigos fue un nuevo residente de Kew Gardens. Diez años después de la muerte de Kitty, Joseph De May se mudó al barrio. Como historiador aficionado, sentía fascinación por las circunstancias del asesinato, el suceso por el cual su nuevo barrio era famoso en el mundo entero.

De May empezó a buscar en los archivos. Fotos amarillentas, periódicos viejos, informes de policía: poco a poco, empezó a formarse una idea de lo que había ocurrido. Veamos de nuevo los hechos, por tanto, de la noche del 13 de marzo de 1964, pero esta vez basándonos en la meticulosa reconstrucción de De May y los investigadores que siguieron sus pasos.[22]

A las 3:19 de la noche, el eco de un grito escalofriante resuena en Austin Street. Pero hace frío, y casi todo el mundo tiene las ventanas cerradas a cal y canto. La calle, además, está mal iluminada. La mayoría de los vecinos que se asoman no ven nada. Algunos ven la silueta de una mujer que va andando a trompicones y suponen que está borracha, lo cual no tiene nada de raro, teniendo en cuenta que en la esquina de la calle hay un bar del que sale habitualmente gente con varias copas de más en el cuerpo.

A pesar de todo, al menos dos vecinos agarran el teléfono. Uno de ellos es el padre de Michael Hoffman, que más tarde se uniría al cuerpo de policía. Hattie Grund, una vecina de otro edificio, también llama a la policía esa noche. «Me dijeron que ya estaban avisados», cuenta años después.[23]

Pero la policía no aparece.

¿Cómo? ¿Por qué no enviaron inmediatamente a alguien? Partiendo de la información que les dieron en aquellas dos primeras llamadas, lo más probable es que el responsable de la centralita pensara que se trataba de una disputa conyugal. ¿Un marido que pega a su mujer? Bah, esas cosas ocurren. En los años 60, la violación dentro del matrimonio ni siquiera estaba penada. Eran otros tiempos.

Pero ¿qué hay de los 38 testigos?

Esa cifra, que aparecería luego en canciones, obras de teatro, películas y novelas, resultó proceder de una lista de personas interrogadas por los inspectores de policía. Pero la gran mayoría de los nombres de esa lista no habían sido testigos en absoluto. Algunos ni siquiera se habían despertado, y otros, como mucho, habían oído algo.

Hay dos posibles excepciones. Joseph Fink, que estaba despierto, vio el primer ataque a Kitty y no hizo nada. Fink era un hombre raro y retraído que le tenía manía a los judíos. Los niños del barrio lo llamaban «Adolf».

Y el otro que falló fue Karl Ross, un vecino que no solo conocía a Kitty y a Mary Ann, sino que tenía amistad con ellas. Ross vio el segundo ataque al pie de la escalera (en realidad hubo dos ataques, no tres) y se quedó bloqueado por el pánico. Fue Ross quien le dijo luego a la policía que «no quería involucrarse». Pero lo que quería decir, en realidad, era que le horrorizaba la idea de que saliera a la luz su homosexualidad, que en aquellos días estaba tipificada como delito. Ross tenía un miedo atávico a la policía y a periódicos como el *New York Times,* que veían la homosexualidad como una enfermedad peligrosa.[24] En 1964, la policía todavía hacía redadas en puntos de encuentro de homosexuales y ejercía la autoridad con fuerza bruta. En el periódico aparecían continuamente artículos en los que se hablaba de la homosexualidad como una

plaga. (Abe Rosenthal, el redactor jefe que hizo famosa a Kitty era un homófobo muy notorio. Poco antes del asesinato de Kitty publicó un artículo con el siguiente titular: GRAN PREOCUPACIÓN POR EL AUMENTO DE LA HOMOSEXUALIDAD EN ESPACIOS PÚBLICOS.)[25]

Obviamente, todo ello no es excusa para la falta de acción por parte de Karl Ross. Aunque estuviera borracho y tuviera miedo, tenía que haber hecho algo por su amiga. Aquella misma noche llamó a un conocido que lo instó a que llamara a la policía. Pero Ross no se atrevía a usar el teléfono de su propio apartamento, de modo que subió al tejado para avisar a una vecina, y esta, a su vez, despertó a otra vecina.

Esta última era Sophie Farrar. Cuando Sophie oyó que Kitty estaba tirada en la escalera en medio de un charco de sangre, no dudó ni un instante y bajó corriendo, mientras su marido, que aún se estaba poniendo el pantalón, le decía que esperara. El asesino podía estar todavía abajo. Pero eso Sophie no lo sabía y, además, nada iba a impedir que bajara. «Fui corriendo a ayudar», dijo más tarde. «Me pareció una reacción natural.»[26]

Cuando abrió la puerta de la escalera donde estaba tirada Kitty, el asesino se acababa de dar a la fuga. Sophie tomó en sus brazos a Kitty, que se distendió brevemente y se apretó contra ella antes de exhalar el último aliento. Así terminó la vida de Catherine Susan Genovese. En el regazo de su vecina.

«Para mi familia habría supuesto una gran diferencia saber que Kitty murió en brazos de una amiga», diría su hermano Bill años después.[27]

¿Por qué no hablaban las crónicas de Sophie?

¿Por qué no habían escrito los periódicos sobre ella?

La verdad es bastante deprimente. «Mi madre habló con una mujer de un periódico», explicaría su hijo más tarde. Al día siguiente, en el artículo, ponía que la vecina no se había querido

implicar. Sophie se puso tan furiosa cuando leyó eso que decidió no volver a hablar con la prensa.

Y no fue la única. Decenas de vecinos de Kew Gardens se quejaron repetidas veces de que la prensa tergiversaba una y otra vez sus palabras. Muchos se mudaron a otro barrio.

Pero los periodistas seguían yendo por allí. Poco antes del primer aniversario del asesinato, el 11 de marzo de 1965, a una periodista se le ocurrió que sería muy gracioso ponerse a gritar en plena noche como si la estuvieran atacando, mientras los fotógrafos esperaban para registrar la reacción de los vecinos.

Era el mundo al revés. Justo en aquellos días de activismo creciente en Nueva York, el mismo año en que Martin Luther King recibió el Premio Nobel de la Paz, millones de americanos salieron a la calle y Queens contaba ya con más de doscientas agrupaciones vecinales, justo entonces, la prensa parecía cautiva de su obsesión con una supuesta «epidemia de indiferencia».

Hubo un periodista radiofónico, Danny Meenan, que puso en duda desde el principio la historia oficial de los vecinos apáticos. Cuando estudió los hechos, llegó a la conclusión de que la mayoría de los testigos estaban convencidos de haber visto a una mujer borracha. Meenan le preguntó al reportero del *New York Times* que por qué no había puesto eso en su crónica. Y el periodista le respondió que ese dato «habría arruinado la noticia».[28]

¿Y por qué no hizo nada Meenan por contradecir al *New York Times?* Muy sencillo. En aquella época, si querías conservar tu trabajo en la industria del periodismo, más valía que no le plantaras cara al periódico más poderoso del mundo.

Unos años después, cuando otro periodista expresó ciertas críticas sobre la forma en que se había difundido la noticia, Abe Rosenthal, el redactor jefe del *New York Times,* lo llamó hecho una furia. «¿¡No te das cuenta de que esa historia se ha convertido en emblemática de una cuestión [social] en Estados

Unidos!?», le gritó a través del teléfono. «¿¡No sabes que es tema de cursos, libros y artículos de sociología!?»[29]

Es asombroso lo poco que queda en pie de la historia oficial. Quienes fallaron aquella noche no fueron los neoyorquinos corrientes, sino las autoridades. Kitty no murió sola ante la indiferencia de sus vecinos, sino en brazos de una amiga. Y el efecto espectador tiene un efecto inverso cuando los presentes pueden comunicarse entre sí. En la gran ciudad, en el metro o en una plaza concurrida, no estamos solos. Podemos contar con los demás.

Y la historia de Kitty no termina ahí. Aún me falta por contar un último y sorprendente giro en la trama.

Cinco días después del asesinato, Raoul Cleary, un vecino de Queens, vio a un extraño saliendo con una televisión de la casa de sus vecinos. A plena luz del día. Cuando Raoul le preguntó qué estaba haciendo, el extraño contestó con toda calma que estaba ayudando a hacer una mudanza.

Pero a Raoul aquello le pareció muy raro y llamó a Jack Brown, otro vecino.

«¿Tú sabes si se van a mudar los Bannister?», le preguntó.

«No, para nada», contestó Brown.

Los dos vecinos intervinieron de inmediato. Mientras Raoul llamaba a la policía, Jack inutilizó el coche del extraño y, cuando este volvió, la policía ya había llegado y lo arrestó. Pocas horas después, el ladrón no solo confesó el robo con allanamiento de morada, sino también el asesinato de una joven en Kew Gardens.[30]

Sí, en efecto. El asesino de Kitty fue capturado con ayuda de dos espectadores casuales, otro hecho del que no escribió ningún periódico.

Esa es la verdadera historia de Kitty Genovese. Y no solo debería aparecer en los libros de texto de psicología, sino tam-

bién en los de periodismo. Porque su historia nos enseña dos cosas. Una: hasta qué punto tenemos muchas veces una imagen retorcida del ser humano y cómo se aprovechan de ello los medios de comunicación con fines sensacionalistas. Y dos: que es precisamente en las situaciones de emergencia cuando más podemos contar con los demás.

Cuando me terminó de contar la historia del rescate en Ámsterdam, Ruben Abrahams y yo nos quedamos mirando el canal de Sloterkade y le pregunté si se sentía un héroe. «No, qué va», contestó encogiéndose de hombros. «En esta vida hay que ayudar a los demás.»